



© Marion Ettlinger

A
L
E
R
T
A
O
R
U
J
A

Franky Pierson tiene 14 años y pronto va a descubrir que detrás de una sonrisa, de un abrazo un poco más fuerte de lo normal o de unos ojos verdes, puede ocultarse el más terrible de los monstruos, capaz de pensar, de decir y de hacer cualquier cosa. Pero los monstruos, cuando las cosas no son como ellos querían, despiertan de su letargo.

Monstruo de ojos verdes es una **novela realista**, con toques de misterio, que muestra el resquebrajamiento de una familia por culpa de los malos tratos.

71

Monstruo de ojos verdes

Joyce Carol Oates

sm

Fotografía de cubierta:
K. Verin
AGE PHOTOSTOCK

ISBN 84-675-0585-0



9 788467 505856

1 0 4 7 5 7

sm



Nuevamente, para Tara

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño de la colección: Estudio SM
"Alerta Abierta" realizada por Marisa Fresno

© Joyce Carol Oates, 2003
© Ediciones SM, 2005
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

CENTRO INTEGRAL DE ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23
Fax: 902 24 12 22
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 84-675-0585-0
Depósito legal: M-39283-2005
Impreso en España / Printed in Spain
Gohegraf Industrias Gráficas, SL - Casarrubuelos (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual [arts. 270 y ss. del Código Penal]. El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

I

CRUZAR A LA OTRA ORILLA

1

Cómo adquirió su nombre el monstruo de ojos verdes

Más tarde, lo consideraría como haber cruzado a la otra orilla. Quizá también era lo que estaba haciendo mi madre. *Cruzar a la otra orilla*. Desde un territorio conocido hasta uno desconocido. Desde un lugar donde las personas te conocen hasta otro donde solo creen que te conocen.

Como cuando hay un río de verdad que atraviesas a nado, un río imprevisible y traicionero; si consigues llegar a la otra orilla, eres una persona diferente de la que eras cuando empezaste.

En julio pasado se cumplió un año del comienzo de todo. A las pocas semanas de cumplir catorce años. Cuando el Monstruo de Ojos Verdes entró en mí.

El asunto entre mis padres no había comenzado aún. Bueno, probablemente sí había empezado, pero yo no estaba captando las señales. No quería captarlas.

Yo había ligado con un chico mayor en una fiesta y hubo mal rollo, o lo habría habido si no hubiera sido por el Monstruo.

No tengo ni idea de dónde salió el Monstruo. Nunca le he contado esto a nadie, ni siquiera a Twyla, que es mi mejor amiga y que ejerce sobre mí lo que podría llamarse una influencia tranquilizadora. Nunca se lo conté a mamá, aunque era una época en la que todavía estábamos bastante unidas. Y ahora que lo pienso, debí contárselo.

La fiesta era en la casa de unas personas ricas en Puget Sound, al norte de Seattle. Mi familia, excepto mi hermano mayor, Todd, que no había venido con nosotros, pasaba unos días en casa de unos amigos que eran vecinos suyos; también eran muy ricos y tenían una casa espectacular. Los invitados a la fiesta eran personas que yo no conocía, casi todos en edad universitaria. Una chica que iba a Forrester Academy, mi instituto en Seattle, me había invitado con varias amigas suyas. Cuando llegamos, resultó desagradablemente obvio que yo era la persona más joven de la fiesta. Mi piel blanca como la leche y llena de pecas, mi pelo rojo zanahoria recogido en una coleta que acababa en un estallido de puntas encrespadas y electricidad estática en mitad de la espalda, mi expresión asustada, además de mi top ceñido rosa, mis chanclas y mi cara sin maquillar, todo delataba que yo era la más joven.

Las chicas con las que había ido me dejaron tirada en un tiempo récord.

La casa donde estaba mi familia quedaba a casi dos kilómetros por una carretera costera con mucho tráfico y sin aceras. Aun así, a los pocos segundos de haber llegado a la fiesta yo ya quería dar media vuelta y echar a correr.

Franky Pierson asciende hasta el trampolín más alto. Se prepara para saltar... y se queda petrificada.

Pero no era una competición de salto. Podía haber sido invisible, nadie se molestó en mirarme.

La música estaba tan fuerte que casi no la podía oír. ¿*Heavy metal* a todo volumen? En seguida el corazón empezó a latirme deprisa al ritmo de la música, como me suele pasar en cualquier situación de nervios. Mi padre dice que soy como él, aunque físicamente me parezco a mi madre: él era deportista, jugador profesional de fútbol americano, y dice que respondemos muy intensamente a nuestro entorno, como las aves y otros animales. Si hay peligro, LUCHAS o HUYES.

Definitivamente no estaba como para LUCRAR, pero HUIR tampoco me hacía mucha gracia.

Después de unos minutos me pasó algo muy extraño: empezó a gustarme la música. Lo que quiero decir es que seguí odiándola, pero empezó a gustarme el estado de alerta nerviosa que me provocaba.

La gente estaba apretujada en un salón alargado con muros de cristal y vistas a la bahía. A mediados del verano, el Sol se pone muy tarde en el Pacífico norte-occidental y ahora casi se había ocultado tras el horizonte, manchando el agua de llamas rojas en continuo movimiento. Pero en la fiesta nadie prestaba atención al paisaje.

Fui migrando hasta el borde de la fiesta, intentando evitar los empujones de desconocidos que amenazaban con salpicarme con sus bebidas. Por el olor del ambiente estaba claro que bebían cerveza. Como si me llevaran las olas, fui empujada poco a poco hasta que me encontré en otro salón alargado, también con muros de cristal, mayor que el anterior, con vistas a un muelle en el que estaban amarrados un barco de vela, alto y estilizado y un gran yate. En todas partes había gente que no conocía, chicos guapos, chicas arregladísimas, mayores que yo, que enseñaban grandes zonas de piel. Era como si hubiera un cristal opaco entre todos ellos y yo: estaban en una dimensión en la que no podía entrar. Pero yo era testaruda; no salí huyendo.

Pensé en mi madre. Solía quejarse de que era muy duro para ella estar casi siempre con gente que solo quería conocer a papá, el famoso Reid Pierson. Decía que la ignoraban casi por completo o le hablaban en tono condescendiente («Esto... y usted, ¿a qué se dedica?»). Decía que se sentía como si no existiera. Así era como yo me sentía ahora. Estaba abochornada pero, a la vez, emocionada y esperanzada; miraba a mi alrededor con una sonrisita patética de expectación, como si de un momento a otro alguien fuera a darme un abrazo.

Algún chico guapísimo del último curso de Forrester se abriría camino a través de la multitud y me diría:

—¿Francesca? ¡Hola!

Pero no fue eso lo que pasó. No exactamente.

Localicé un baño con azulejos blancos que relucían como perlas y un *jacuzzi* lujoso con grifería de bronce. En el espejo vi mi cara con las mejillas enrojecidas y los ojos verdes, con una expresión desconcertada/dolido/estóica. Me dio vergüenza verme, aunque ¿a quién más esperaba ver?

Hacía apenas un año desde que empecé con la regla («empecé con la regla», que expresión más estúpida). Antes de eso era una niña activa y aguerrida; ahora no sabía exactamente lo que era. Una chica, eso está claro. Pero no una chica híper-femenina.

O a lo mejor sí. Francesca Pierson y no Franky. Aunque luchó contra ello.

Lo llaman negación.

Mamá me contó que cuando tenía mi edad estaba «obsesionada» por su aspecto. Y por los chicos. Me dijo que había hecho algunas cosas bastante imprudentes que podían haber arruinado su vida para siempre, aunque tuvo suerte («Fui más afortunada que lista, Francesca»). Así que a veces me preocupaba el que pudiera parecerme a mi

madre más de lo que me hubiera gustado. Que en el instituto acabara «obsesionada» por mi aspecto como casi toda la gente que conozco.

—Francesca, hola.

Me guiño un ojo en el espejo. Sacudo la coleta. Decido que estoy estupenda. No híper-guapa, pero sí estupenda.

—Hola.

No me preguntes cómo o por qué: de entre la multitud sale un chico que choca conmigo por accidente, decide detenerse un momento, me inspecciona y sonríe. Yo le dedico una enorme sonrisa como de calabaza de Halloween. Es un misterio cómo desaparece mi estado de nervios; estoy interpretando el papel de una chica que no está emocionada/asustada/entusiasmada a reventar. Se diría que es una escena de una fiesta en una película y que yo ya había interpretado ese papel antes.

Este chico que me sonríe, al que parece que en realidad le gusta, me grita al oído que su nombre es Cameron; no logro entender su apellido. Está en primero de carrera en USC. Me siento estúpida al tener que preguntar qué es «USC» (Universidad del Sur de California). Me pregunta cómo me llamo y le digo que Francesca —de repente Franky suena demasiado infantil— y le digo entre dientes y bajito dónde estudio. Cameron dice que su familia vive en la isla Vashon de Seattle, su padre es ejecutivo de la Boeing, tienen una casa de verano en la península y a él le vuelve loco navegar. ¿Y yo? Puedo oler la cerveza en su aliento, de tan juntos como estamos. La gente nos apretuja y eso nos junta todavía más. Me oigo decirle, prácticamente gritándole al oído, que mi familia vive en Yarrow Heights y que nos estamos quedando unos días con unos amigos en la bahía. No le doy detalles sobre cosas como

quién es mi padre o quiénes son nuestros amigos, porque el amigo de mi padre es bastante famoso (no por los deportes o la tele, como mi padre, sino por sus patentes de alta tecnología informática). A Cameron le da igual, de todas formas no me puede oír o, si me oye, nada de esto le impresiona demasiado. Está ambientadísimo y aceleradísimo, muy pegado a mí, con una gran sonrisa.

—Te traigo una cerveza, Fran... ¿has dicho «Francesca»? Qué nombre más bonito.

No le digo que odio la cerveza, que no aguento ni su olor ni su sabor penetrante que me da ganas de estornudar. Por supuesto, tampoco le digo que mis padres se enfadarían muchísimo si supieran que me encontraba en una fiesta donde «se bebe». Aunque les prometí firmemente que no iba a beber «nada con alcohol» o «experimentar» con drogas de ningún tipo, forma o condición, de repente estoy en una fiesta con personas que no conozco, que me llevan años, y todo lo que les prometí es como si se esfumara rápidamente.

Cameron me toma la mano y me guía no sé a dónde. La música suena tan fuerte ahora que es como estar en medio de un tornado. Es salvaje. Nunca había estado en una fiesta tan guay. Cameron me está hablando y yo sonrío y le digo que sí. No sé de lo que estamos hablando pero me hace reír. Aquí estoy, en una fiesta con un tío de unos 18 años que no conozco, pero que me cae muy bien; la gente está bailando muerta de risa, con pasos extraños, fáciles de seguir, simplemente te contoneas como una serpiente. Es como si Franky Pierson se hubiera transformado. Como si me hubiera convertido en una chica totalmente distinta gracias a Cameron. Como si él hubiera chasqueado los dedos y me hubiera hecho guapa y sexy, mientras que antes era torpe y tímida. Hasta puedo bailar, tengo las articulaciones flexibles y soy ágil como una gim-

nasta. Sacudo las caderas, los brazos, muevo la coleta de lado a lado. Cameron me mira atentamente, está impresionado. Le gusta que otros chicos mayores me estén mirando y estén impresionados también.

Echo un vistazo a las chicas que me trajeron a la fiesta y están boquiabiertas, como si no pudieran dar crédito a lo que ven. La pequeña Franky Pierson es *po-pu-lar*.

A lo mejor ya estoy borracha, pero da igual. Solo estoy flotando y pasándolo bien y quiero que nunca se acaben la música y el baile.

—Fran... cesca. Qué nombre más bonito.

Cameron me ha traído a otro sitio. No puedo dejar de reírme. Mi cabeza es un globo que crece cada vez más y está a punto de estallar, pero tiene gracia, como las burbujas de la cerveza que se me meten en la nariz y me hacen estornudar... —¡Achís! —¡Achís! —¡Achís! La música ya no está tan fuerte. La oigo y siento sus vibraciones, pero de lejos.

Cameron farfulla palabras que no puedo descifrar. Estamos en una habitación con una ventana que llega del suelo al techo, con vistas a la bahía, y ya es de noche. Puedo oler el agua y puedo oír su movimiento, pero no la puedo ver. Me siento como si estuviera en un trampolín con los ojos cerrados y tuviera miedo de saltar. Tengo miedo de caerme. Los dedos de Cameron son fuertes y me hacen daño al apretarme el tórax y medio levantarme. Se inclina hacia mí y empieza a besarme. Pero no es como un primer beso, nuevecito, sino como un beso que ya había empezado desde antes, que es duro, que presiona. Su lengua empuja contra mis labios apretados. Todo va muy deprisa. Yo pienso: *¿Quiero esto o no? ¿Verdad que sí, que quiero ser besada?* Porque no puedo recordar dónde estoy,

o quién es Cameron. Pero sí sé que tengo que devolverle los besos. Eso es lo que tienes que hacer, devolver los besos. Me da risa y estoy tiritando y tengo la extraña sensación de tener entumecidas distintas partes de mi cuerpo. Los dedos de las manos y los pies se me han vuelto de hielo. ¿Pánico? Pero estoy besando a Cameron; no quiero que sepa lo asustada que estoy ni lo joven que soy. Su boca es carnosa y cálida. Sus manos se mueven por todo mi cuerpo, duras y expertas. Me viene a la mente una imagen repentina y extraña: mi hermano Todd haciendo pesas y ejercicios de gimnasia, corriendo en la banda estática, respirando hondo, jadeando, con una capa aceitosa de sudor cubriendole la cara; si le dices algo en esos momentos, no te oye, está totalmente concentrado en su cuerpo. Eso es lo que le pasa a Cameron. Mi cuerpo no sabe si le están haciendo cosquillas, caricias o... alguna otra cosa, no tan agradable.

—Cameron, quizá po... podríamos...

—Nena, tranquila. Eres tan sexy, eres maravillosa.

No es exactamente la primera vez que alguien me besa. Pero sí es la primera vez que lo hace un chico mayor y con experiencia. Alguien que no conozco y que me llama «nena» como si hubiera olvidado mi nombre. Me levanta el top y me toca los pechos, que es la parte donde tengo más cosquillas. Me empiezo a reír, tanto que casi me ahogo. La cara de Cameron despidé calor como si hubiera estado corriendo. Y yo pienso: *¿Quiero esto? ¿Es esto lo que yo quiero?* Estoy intentando acordarme de lo que me han contado sobre el sexo seguro y pienso: *¿Sexo seguro?* Pero, *¿esto es... sexo?*

—Cameron, creo que no quiero...

—Venga, Nena. Tú sabes que sí quieres.

Tengo pánico aunque a la vez estoy excitada. *¿Será eso lo que siento: excitación?* Creo que ya no estoy borracha.

Pero siento el estómago revuelto. Tengo el pelo sobre la cara; se me debe de haber deshecho la coleta. Cameron me tira del pelo. Me está besando de nuevo; es como si su boca me estuviera masticando. Lo empujo para apartarlo, pero no logro moverlo. Todo está sucediendo demasiado deprisa; es como hundirte en el agua: intentas respirar y tragas agua, y de repente te entra el pánico y empiezas a dar manotazos y a luchar por tu vida.

Cameron me empuja hacia abajo y me hace acostarme sobre algo. No es una cama o un sofá, se siente como una mesa. Es algo duro y el borde me hace daño en el muslo. Me sigue llamando «Nena», pero su tono ya no es tan amistoso. Es como si estuviera intentando atraer hacia sí a un animal al que va a hacer daño. A la vez, actúa como si se sintiera defraudado, como si yo le hubiera estado tomando el pelo. Me tiene sujetada sin que pueda moverme. Se ha bajado la bragueta. Mueve torpemente las manos y jadea. Me baja las bragas como si le diera igual si las rompe. Quiero gritar, pero su antebrazo me opriime la garganta.

—¡Joder, deja ya de jugar! Eres una...

Estoy luchando con todas mis fuerzas. Trato de gritar. No sé qué hacer.

Y entonces, de repente, lo sé. Como cuando se enciende una cerilla. Levanto la rodilla con fuerza y le doy justo en la ingle. Suelta un grito sordo y se queda flácido. Todo sucede en un momento. Le digo:

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame!

Sigo tumbada, pero doy patadas como una loca. Es como si estuviera cruzando la piscina impulsándome solo con las piernas. Y mis piernas tienen mucha fuerza gracias a años de nadar y correr. Puede que parezca delgada, pero soy fuerte. Tengo encima todo el peso de Cameron pero logro escaparme golpeándole de todas las formas que puedo e incluso clavándole los dientes. ¡Los dientes!

Eso le da miedo a Cameron, creo. Gime y me insulta con las manos sobre los genitales doloridos. Me mira fijamente y dice:

—¡Eres un m-monstruo! ¡Deberías verte los ojos! ¡Un monstruo de ojos verdes! ¡Estás loca!

Me echo a reír como una salvaje. Es como si este tío hubiera visto el interior de mi alma.

Ahora me he librado de él y echo a correr. Salgo de la habitación, voy por un corredor, paso junto a unas macetas con helechos, junto a una pared con máscaras indias, soy como un animal salvaje que busca la salida de un laberinto, aquí hay una puerta, de repente estoy fuera sintiendo el aire fresco y estoy a salvo.

Está oscuro y hay bruma, puedo oler el agua de Puget Sound y respiro grandes bocanadas de aire como si me hubiera estado ahogando.

Pero ahora estoy A SALVO.

Soy una buena corredora. Me gusta correr casi tanto como nadar. Así que me voy corriendo hacia casa junto a la carretera de la costa, evitando los coches, con el pelo al aire y dándome contra la espalda. Supongo que para los que pasan en coche tengo aspecto de loca. Pero me siento *muy bien*. No es lo que podría esperarse; ni siquiera pienso: *Oh, Dios, casi me violan*. Al contrario, pienso en lo contenta que estoy. Mi madre decía que ella había sido más afortunada que lista cuando tenía mi edad. Creo que yo he sido afortunada y también lista. He luchado contra mi atacante y no ha podido conmigo. Le he dado con la rodilla en la ingle, le he dado patadas y le he mordido. Me he escapado. Ni siquiera he tenido tiempo de tener miedo. Era un abusón y un miedica y me imagino que ahora estará preocupado por si les cuenta a mis padres lo que ha sucedido y se ve metido en un buen lío.

Bueno, no lo iba a contar. Era suficiente con haber escapado.

Él me había llamado «MONSTRUO DE OJOS VERDES».

El MONSTRUO DE OJOS VERDES me salvó la vida.

2

La celebración: 18 de abril

La buena noticia: a mi padre le habían renovado el contrato en la cadena de televisión.

La noticia no tan buena: mamá no estaba en casa para celebrarlo con nosotros como en otras ocasiones.

Papá dijo:

—He trabajado duro y creo que lo merezco. Estoy muy agradecido, es una bendición. Y vosotros, chicos...

Nos encantaba cuando papá se ponía en ese plan, cuando nos abrazaba con tanta fuerza que casi nos rompía las costillas.

—Bueno, lo que estoy intentando decir es que lo único que importa es la familia. La familia es la honra del hombre. Significa más para él que su reputación, su fama, el respeto del mundo. Los Pierson nos queremos unos a otros, nos apoyamos, ¿verdad? Somos un *equipo*.

Papá hablaba con la misma voz cálida y trémula que

usaba en la tele cuando un deportista o un equipo había hecho algo espectacular. Como antigua estrella del fútbol americano, Reid Pierson se identificaba con los deportistas mucho más que la mayoría de los comentaristas deportivos. Su imagen de hombre maduro pero juvenil y bien parecido, con una sonrisa de cien vatios, contribuía a que fuera uno de los favoritos del público. Cuando lo veíamos en la tele resultaba casi increíble que fuera *nuestro padre*.

Recuerdo lo fantástico que fue mi décimo cumpleaños, cuando papá salió por la tele retransmitiendo un partido desde Florida. Mamá había hecho un enorme bol de palomitas con mantequilla y mi hermano mayor, Todd, mi hermana pequeña, Samantha, y yo, estábamos con ella en la sala familiar, viendo el partido. Allí estaba Reid Pierson, tan guapo y sonriente y, justo antes del corte publicitario, guiñó un ojo a la cámara y dijo:

—¡Feliz cumpleaños, Franky!

Lo dijo muy deprisa y se pasó tan rápido que probablemente nadie lo oyó excepto nosotros.

Feliz cumpleaños, Franky.

Claro que estaba orgullosa; a fin de cuentas, soy humana. Me habría gustado que papá estuviera en casa para mi cumpleaños, pero fue una compensación bastante buena que Reid Pierson fuera mi padre y pudiera guiñarme un ojo en la tele y desearme feliz cumpleaños.

A papá le encantaba celebrar cosas. Lo llamaba Celebración de Buenas Noticias y con frecuencia había alguna de esas celebraciones. Consistía, por ejemplo, en un enorme banquete de comida china. Le encantaba tomar el teléfono y pedir suficiente comida como para una docena de personas. Si mamá estaba en la habitación, se reía (a veces con un poquitín de ansiedad) y protestaba:

—Cariño, ¿quién va a comerse todo eso?

Aquel día, mamá no estaba con nosotros. Yo sabía que

papá estaba enfadado, por la mañana les había oído «dialogar» sobre el tema. Seguramente, papá sabía que la buena noticia estaba al caer, aunque la había mantenido en secreto (en el mundo de las relaciones públicas y de las notas de prensa estás obligado a guardar los secretos hasta que ciertos hechos se reconozcan públicamente), así que no le hizo ninguna gracia que mamá se fuera a la Feria de Arte y Artesanía de Santa Bárbara (California). No solo le fastidiaba que estuviera ausente de nuestra Celebración de Buenas Noticias, sino que se oponía a que su mujer se mezclara con esos «artistoides» a los que describía como «tías menopáusicas» y «niñatos gay», categorías de seres humanos que merecían todo su desprecio.

Yo sabía que papá había presionado a mamá para que cancelara su viaje a Vancouver, Canadá, en enero. En aquella ocasión no había ninguna Buena Noticia, pero papá quería que estuviera en casa durante el fin de semana. Viajaba tanto por su trabajo en televisión, dijo, que contaba con que mamá estuviera en casa cuando estaba él.

—Cariño, mi trabajo es lo que nos paga la vida tan agradable que llevamos. Te gusta nuestra vida, ¿no?

Mamá se apresuró a decir:

—Reid, sabes que sí. Claro que...

—Lo mínimo que puedo esperar de mi mujer es que me dé apoyo emocional, creo yo.

—Sí, Reid. Tienes razón.

—¿Tengo razón con un beso?

Esta era una de las cosas que nos decía a todos. Tenías que reírte con él. No bastaba con estar de acuerdo con él (aunque lo estuvieras al cien por cien), sino que además tenías que darle un beso en la mejilla.

Mamá se rió y acabó cediendo. Normalmente papá era tan gracioso que acababas cediendo.

Pensarás que papá nos llevaba en todos sus viajes, pero no era así, excepto durante nuestras vacaciones de dos o tres semanas en verano. Porque papá estaba muy ocupado y en la televisión la competencia es «a muerte» (cuando decía estas palabras, solía pasarse el dedo por el cuello lentamente como si estuviera disfrutando la sensación de una cuchilla invisible) y no tenía mucho tiempo libre. Por eso, estaba en contra de que mamá nos llevara a Samantha y a mí a Portland para visitar a los abuelos durante unos días. (Algo debía de haber sucedido entre papá y los Connor, porque la familia de mi madre casi nunca venía a Seattle a visitarnos. Nadie se quedaba en nuestra casa excepto, algunas veces, amigos o conocidos profesionales de mi padre.) Creo que en el fondo papá era muy anticuado: no le gustaba que nadie de su familia viajara. Cuando la hermana mayor de mamá, Vicky, fue hospitalizada con disentería en la ciudad de México, hace algunos años, papá dijo:

—¿Ves lo que pasa por viajar fuera de Estados Unidos? Sobre todo una solterona sola.

Estaba de broma, pero a la vez siempre hablaba en serio.

Le pregunté a mi hermano Todd por qué era tan importante para papá que mamá se fuera unos pocos días.

—No es que se vaya a la luna, le dije; volveráenseguida.

Pero Todd siempre se ponía de parte de papá en cualquier discusión. Puso cara de hermano mayor que se esfuerza por no perder la paciencia y dijo:

—Porque papá quiere que mamá esté en casa.

Como si eso fuera todo, así de simple.

El caso es que mamá se había ido a Santa Bárbara aquella mañana. Al llegar el momento de la Celebración de Buenas Noticias estaba 1.500 kilómetros al sur de Seattle.

Cuando llamó a casa, dijo, con el tono culpable de una niñita que se ha portado mal:

—Aquí ya es verano, ¿te lo puedes creer? El mar está brillante y hermoso. He estado paseando descalza por la playa...

En Seattle hacía frío, había bruma y todo era color gris seta, como si estuviera cubierto por una membrana pegajosa. Típico tiempo primaveral del Pacífico norte-occidental.

Me encantaban las Celebraciones de Buenas Noticias de papá, pero no pude evitar desear que mamá me hubiera llevado con ella, solo por una vez, a la Feria de Arte y Artesanía de Santa Bárbara, donde podríamos escaparnos un rato para pasear descalzas por la playa.

Al teléfono, me dijo titubeante:

—Francesca, por favor, saluda a papá y dile que le quiero, ¿vale? No logro comunicar con él a través de su oficina o su móvil y odia el correo electrónico si no es para algún asunto de negocios. Pero él sabe lo orgullosa que estoy... ¿Francesca?

—Sí, mamá, se lo diré.

En aquella conversación pasaba algo muy extraño. En ese momento no quise pensar en ello. La voz de mamá tenía un sonido tembloroso casi imperceptible. *Como si se estuviera justificando ante mí. ¿Por qué?*

—Te quiero, tesoro.

—Yo a ti también te quiero, mamá.

Esa era nuestra despedida normal. Tanto a ella como a mí nos costaba mucho decir «te quiero» en serio, aunque era en serio. Teníamos que decirlo como de broma, como quien no quiere la cosa.

Esa noche, cuando intenté transmitirle su mensaje a papá, me hizo callar.

—No quiero hipocresías, *Fran-ces-ca*. Ahora que tu ma-

dre está ausente de esta casa, mantengamos la integridad aunque sea mínimamente.

Papá normalmente me llamaba Franky. Cuando me llamaba *Fran-ces-ca*, enfatizando las sílabas, quería decir que se estaba burlando de mamá, que siempre me llamaba Francesca y nunca Franky.

Todd lo oyó y soltó una risita. Él sabía lo que hacía papá.

Samantha, mi hermana pequeña, también lo oyó, pero simplemente nos miraba a unos y a otros; era demasiado joven para entender las corrientes subterráneas de la política familiar y no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

(Y yo, ¿qué era lo que estaba pensando yo? Intentaba no pensar. Si me reía por la burla de papá, estaría traicionando a mamá. Si me ponía seria, estaría indicándole a papá que no aprobaba su sentido del humor. Así que puse una expresión neutral, sin mover ni un músculo de la cara.)

Guardé silencio. Y Samantha guardó silencio. Papá estaba en uno de sus estados de ánimo explosivos que podían salir por cualquier lado. Era como uno de esos incendios repentina que se ven en la tele cuando el volcán Santa Ana erupciona y provoca devastación, arrasa casas y se queman miles de hectáreas de bosques.

Normalmente, Todd estaba en la universidad, pero aquel fin de semana lo pasaba en casa; fue él quien salvó la situación.

—Oye, papá, ¡felicitaciones! Un tío del equipo me enseñó el artículo de *USA Today*. ¡Es guay!

Todd había recortado el artículo y Samantha y yo lo leímos con interés. Entonces papá nos enseñó una noticia del *Seattle Times* de esa mañana:

«Reid Pierson, el conocido comentarista deportivo de la CBS, ha firmado un contrato de cinco años con esa

cadena por un salario que su agente describe como “generoso pero no más de lo que Reid Pierson vale”. Pierson será el principal comentarista del equipo que retransmitirá los Juegos Olímpicos de verano de este año».

Papá dijo entusiasmado:

—¡El cielo es el límite, chicos! Todos podéis venir conmigo.

Cuando era pequeña, solía creer que papá me llevaría con él en algunos de sus viajes. Quizá Samantha todavía se lo creía; apenas tenía diez años. Pero Todd y yo entendíamos que esta no era más que la forma que tenía papá de ser generoso con nosotros. Sus palabras no debían tomarse al pie de la letra.

Aunque, ¿no sería diferente esta vez, quizás?

—Que comience el banquete. Franky...

Como era habitual, papá había pedido suficiente comida para un pelotón. Muchas veces decía que al crecer había «pasado hambre», lo que supongo que significaba que su vida familiar en Moose Lake (Washington), no había sido muy feliz y quería compensarlo. Puesto que mamá no estaba, me tocaba a mí encargarme de la cocina. Sobre todo, se trataba de recalentar la comida en el microondas. Samantha me ayudó a servir la comida humeante, jugando a que éramos camareras. Si hubiera estado mamá, habría sacado unos platos después de otros, pero papá quería todo a la vez en la mesa para que pudiéramos verlo: pato a la pekinesa, arroz frito con gambas, tallarines con ajonjolí, ternera con salsa de ajo, cerdo estilo Sechuán, pollo con limón y familia feliz de gambas, además de arroz integral y una gran fuente de verduras chinas. Samantha y yo bebimos té chino (lo odiábamos, nos sabía a calcetines viejos) mientras papá y Todd bebían cerveza china. Fue un momento festivo pero, a la vez, un poco incómodo.

Estar solo los cuatro cenando en la sala familiar, sin que estuviera mamá, me daba la sensación de que algo no marchaba bien. Además, papá hizo muchos comentarios sarcásticos sobre eso.

—Familia feliz. Bueno, pues para nosotros sí que lo es.

Conejo, nuestro perro terrier tipo Jack Russell, estaba encerrado en otra parte de la casa y de vez en cuando se le oía gimotear. ¡Pobre Conejo! Cuando no estaba mamá, no se sentía tranquilo. Era, sobre todo, el perro de mamá, aunque Samantha y yo lo queríamos muchísimo. Por alguna razón, a mi padre nunca le gustó. Se quejaba de que le ponía de los nervios, así que teníamos que mantener a Conejo apartado de nosotros cuando papá estaba en casa. (Yo estuve a la expectativa todo el tiempo, por si papá preguntaba qué era ese ruido —Conejo gimiendo y rascando— y por si hacía algún comentario sarcástico sobre que mamá no se hubiera llevado con ella a su queridísima mascota, pero no dijo nada.)

Como siempre que comíamos en la sala familiar, papá encendió el televisor para que él y Todd pudieran ver los deportes. Había un combate de boxeo en una cadena deportiva que, en nuestra pantalla gigante, ocupaba media pared. Por fortuna para Conejo, el sonido de la tele disimulaba sus ruidos.

—¡Vaya, mira eso!

Dos pesos ligeros jóvenes y de músculos firmes se aporreaban entre sí. Uno era un chico negro de piel clara con expresión feroz en la cara; el otro, de origen latinoamericano, tenía un ojo muy hinchado. Era extraño estar mirando a dos chavales intentando hacerse daño a tres metros de donde estábamos comiéndonos nuestro banquete chino. Papá subió el volumen y el rugido de la multitud llenó nuestra sala familiar.

Si mi madre hubiera estado, no le habría gustado. Otro

deporte, quizá, baloncesto o béisbol, pero no boxeo. Era inusual que papá viera el boxeo en la tele, ya que él no solía retransmitir los combates y el boxeo no era uno de los deportes de Reid Pierson. Además, no le gustaba escuchar a los comentaristas de otros programas, sobre todo a los que nunca habían sido deportistas. Los llamaba «falsos» e «hipócritas» que no se habían ganado el empleo como él.

Papá dijo, emocionado:

—Esto se está convirtiendo en una verdadera pelea. Puede que los boxeadores sean pesos ligeros, pero tienen agallas de peso pesado. ¿Sabéis lo que significa «agallas», chicas?

No hacía falta preguntarle a Todd. Medía más de dos metros, pesaba cien kilos y era un deportista; obviamente Todd lo sabía.

Por supuesto, Samantha se quedó en blanco. Había estado jugando con su comida y ahora sacudió la cabeza y dijo:

—No, papá...

Yo di una respuesta digna del Monstruo, como recitando la lección:

—«Agallas» significa coraje extraordinario. Las agallas son lo que tiene un deportista cuando no se da por vencido a pesar del sufrimiento.

Nuestro entrenador de Forrester siempre nos decía:

—*Sed agresivas!*

El Monstruo de Ojos Verdes era agresivo por naturaleza, aunque a veces le costaba manifestarlo.

Sin embargo, a papá le gustó mi respuesta. Como jugador estrella de los Halcones Marinos, Reid Pierson había demostrado tener «agallas» en más de una ocasión. Una vez, lo sacaron del campo retorciéndose de dolor con un tendón de la pantorrilla roto.

—Eso es, Franky. Excepto que también puede ser *una* deportista. Una mujer también puede tener agallas. Al igual que una deportista se puede derrumbar con la presión y fallarle a su equipo. No solo los hombres pueden ser héroes o cobardes, querida. También las mujeres.

Cuando papá hablaba en ese tono intenso, solía dar a entender que sus palabras tenían un sentido más profundo. *Fallarle a su equipo, fallarle a su familia. Equivale a lo mismo.*

Un pensamiento del Monstruo me vino a la cabeza: defender a mamá («¡Eh! mamá no es ninguna cobarde»). Pero las palabras se me atragantaron. Era la Celebración de Buenas Noticias de mi padre. Era su día. Además, quizá, solo quizás, le tenía un poquito de miedo a papá.

El caso es que sí sabía lo de las agallas. Darlo todo, echar el resto. Yo practicaba deportes en el instituto: fútbol, atletismo, natación y salto. Creo que era una buena nadadora y una saltadora imprevisible, a veces excelente y otras no tanto. Nuestro entrenador de salto me dijo que si seguía practicando, en los últimos años de instituto llegaría a ser una de las mejores.

De pequeña me encantaban los deportes. Creo que todo era más fácil entonces. Cuando llegas al instituto, que te seleccionen para el equipo puede ser lo más importante del mundo. A veces, entrenaba natación y salto hasta quedar exhausta, porque quería que algún día papá estuviera orgulloso de mí. Mi madre me decía que no abusara, pero, ¿ella qué sabía?

Papá dijo:

—¿Sam-Sam? Lo entiendes, ¿verdad? La importancia de tener agallas.

Samantha asintió con la cabeza enseguida:

—Sí, papá.

Probablemente no tenía ni idea de lo que estábamos

hablando. Era una niña soñadora de diez años, con un temperamento dulce y tímido y unos hermosos ojos oscuros que nadie diría jamás que eran de monstruo. Durante toda la cena había estado más callada de lo normal. Supuse que echaba de menos a mamá y que estaba pendiente de los gimoteos de Conejo, solo en otra parte de la casa.

Papá nos insistía en que comiéramos más de esa «comida deliciosa». Samantha protestó débilmente, pero papá la ignoró, ensartó varias piezas y se las puso en el plato. Sobraba tanto arroz frito con gambas y tallarines con ajonjolí, totalmente fríos y asquerosamente grasientos, que tuve miedo de que me obligara a comer más. Estaba a punto de vomitar. Como era normal, Todd sí tenía hambre. Entrenaba horas enteras cada día y necesitaba hidratos de carbono y proteínas para aumentar su masa muscular. Pero yo era bastante quisquillosa para comer y Samantha no tomaba mucho en cada comida. Al sentarme, al comienzo de la comida, había pensado que tenía bastante hambre, pero los platos azucarados y pegajosos me llenaron en seguida.

—Este es nuestro banquete de celebración, chicas. Mamá no ha podido estar, pero nosotros sí estamos, ¿a que sí? No vamos a desperdiciar nada de esta comida deliciosa.

Me pasó por la mente preguntar por qué no podíamos guardarla para el día siguiente, y el siguiente, y el siguiente, pero sabía que no debía hacerlo. A papá no le gustaba que nos pusiéramos «listillos». Así que dije:

—Lo que más me gusta son las setas negras.

Y me serví otra ración de setas sobre un montoncito de arroz integral. Samantha, que no era tan rápida o astuta, miró con desánimo el plato que le ponía delante papá. Al verla titubear y morderse el labio, él le sirvió

todavía más cerdo de Sechuán y pollo con limón, que sabía a dulce de carne. Me pareció que Samantha estaba a punto de echarse a llorar.

Normalmente, Todd pasaba de sus dos hermanas, pero en ese momento se compadeció de Samantha y desvió la atención de papá hacia el boxeo:

—¡Papá, mira! ¡Vaya!

El boxeador negro estaba soltando una serie de golpes a su adversario, forzando al latinoamericano a retroceder por todo el cuadrilátero. Repentinamente, el latinoamericano cayó de espaldas sobre la lona iluminada. El árbitro estaba de pie junto a él, contando, en un silencio escalofriante porque papá había quitado la voz al televisor.

—Tiene pinta de *knock out*, —dijo papá—. Muy bueno.

Mientras él miraba la pantalla, yo empecé a retirar algunos de los platos. Disimuladamente, tomé el de Samantha y me lo llevé con los otros a la cocina, y él no se dio cuenta.

Aclaré los platos en el fregadero antes de ponerlos en el lavavajillas y luego aproveché que estaba fuera de la sala familiar para hacer una visita rápida a Conejo, desesperadamente solo en mi dormitorio.

—¡Pobrecito Conejo! Lo siento muchísimo. Pero te soltaré pronto, te lo prometo.

(Antes de cenar había escuchado a papá haciendo planes con el móvil y sabía que había quedado para tomar una «copita» más tarde.) Conejo me lamió las manos, meneando la cola como loco. Pensé en lo triste que es ser perro y no entender que la persona a quien más quieras en todo el mundo, en este caso mi madre, sí va a volver.

Debía haber de todo en el banquete de celebración de papá, hasta galletas chinas y boles repletos de helado de chocolate mármol y caramelo con trocitos. Cuando volví a la sala de estar con los boles en una bandeja, el teléfono empezó a sonar. Tenía que ser mamá.

Pensamos que papá contestaría. Todd se rascaba el cuello nerviosamente. Pero papá ignoró el teléfono y siguió mirando en la tele las repeticiones a cámara lenta del *knock-out*. Finalmente, después de que sonara tres o cuatro veces, fui a contestar yo, pero papá me dijo que no con el dedo sin dejar de ver la tele:

—Fran-ces-ca, ¿dónde están tus modales? No se habla por teléfono durante las comidas.

—Pero, papá, podría ser...

—... podría ser mamá.

Samantha y yo hablamos a la vez.

Mi padre apretó las mandíbulas de una manera que significaba que el tema estaba zanjado. No dijó nada, siguió viendo la tele mientras el teléfono sonó una vez más y entonces saltó el contestador, que no podíamos oír.

Me sentía ansiosa, nerviosa. Estaba segura de que era mamá y me pregunté qué estaría pensando. Intenté imaginarme el mensaje que dejaría: «Siento no haberos encontrado. A lo mejor estáis en La Casa de Ming. Bueno, lo intento más tarde. Os quiero mucho».

Pensaba que el boxeo iba a terminar, pero seguían las repeticiones desde distintos ángulos, incluso desde arriba. El latinoamericano tenía el ojo totalmente cerrado por la hinchazón y su cara brillaba con la sangre. Era terrible; los primeros planos no escatimaban detalle. Este boxeador de veintidós años no solo estaba herido; también lo estaban humillando.

Samantha miraba fijamente el teléfono. Parecía algo enferma.

De repente, Todd dijo:

—Papá, a lo mejor podría probar el boxeo. En los deportes de equipo hay un montón de gente que te estorba.

—¿Tú? ¿Boxear? Eres demasiado lento, hijo. Estás hecho para el fútbol americano, como tu viejo.

—Pensaba que habías dicho que soy un peso pesado...

—Pero no tienes las habilidades necesarias, Todd. Ni los reflejos o la motivación. Los boxeadores están ansiosos por ganar, son asesinos. Tu vida ha sido demasiado suave. Eres un chico blanco de clase media.

Era muy normal que papá se pusiera en contra de uno de nosotros de repente, como si todo el tiempo hubiera estado jugando con nosotros, fingiendo que éramos estúpidos. La forma en que dijo «chico blanco de clase media» me dejó helada.

—Además, eres demasiado mayor para empezar a entrenar como boxeador, hijo.

—Papá, ¡solo tengo veinte años!

—Pues eso, demasiado mayor. Los boxeadores empiezan a entrenar a los catorce o quince años, o incluso antes.

—Podría aprender —dijo Todd, testarudo—. Seguro que podría.

No era muy inteligente discutir con papá sobre cualquier tema, y menos sobre deportes. No tengo ni idea de por qué insistió Todd. Papá dijo:

—No tienes el instinto asesino, Todd. Incluso los boxeadores mediocres tienen que tenerlo. El fútbol americano es diferente, son una serie de tíos formando un equipo, como hermanos.

La voz de papá adoptó un sutil tono burlón, bastante irritante:

—Básicamente, el fútbol americano es solo un juego.

Más adelante me extrañaría este comentario. ¿No amaba papá el fútbol americano? ¿No había sido su vida? Y sin embargo, parecía estarlo menospreciando por ser solo un juego.

Todd tomó un trago de cerveza. Tenía la cara enrojecida y una expresión de enfado. Papá se dio cuenta, se rió y le apretó el bíceps izquierdo en señal de aprobación.

—Estás en buena forma, hijo, estoy orgulloso de ti. El próximo otoño sucederán cosas importantes en tu vida, ya lo verás.

Todd murmuró:

—Claro, papá.

—El boxeo no es para chicos de Yarrow Heights. Yo no te dejaría pisar un cuadrilátero en la vida. ¿Sabes por qué?

Todd se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Porque soy tu padre y te quiero.

Soy tu padre y te quiero.

Papá se volvió hacia nosotras que mirábamos con envidia.

—Franky, Sam-Sam, vuestro papi también os quiere a vosotras. Cuando sois buenas niñitas y no os portáis mal.

Nos reímos como si nos hubiera hecho cosquillas. Casi podía sentir los dedos fuertes de papá recorriéndome las costillas y haciéndome gritar de risa.

Papá no nos había reñido a ninguna de las dos desde hacía bastante tiempo. Casi se me olvidaba que lo hubiera hecho en algún momento.

¡Galletas chinas de la suerte! Uno a uno rompimos la pequeña empanada hueca y leímos en voz alta el papelito que venía dentro; papá hacía de público.

Todd fue el primero. Con una voz aguda y nasal que, supuestamente, imitaba la forma de hablar de un chino, leyó:

—«Alguien que te admira espera ser descubierto» —encogió los hombros fingiendo indiferencia—. Vaya, qué bien.

Papá dijo, jugando al sabio chino:

—El tiempo lo mostrará.

Samantha abrió su galleta y leyó con dificultad las pequeñas letras rojas, «Traes alegría y satisfacción a todos». Agachó la cabeza tímidamente.

Papá dijo:

—Esa es nuestra Sam-Sam. Alguien te ha calado.

La mía fue: «Una mente serena restaura serenidad».

Con voz más fuerte, releí:

«Una mente serena restaura serenidad». No es muy interesante.

Papá dijo con tono severo:

—Pero es muy sabia. Alguien te ha calado, Fran-ces-ca.

¿Qué quería decir eso? ¿Pensaba papá que yo era problemática?

Durante un breve momento de paranoia pensé si papá no habría puesto eso en mi galleta para echármelo en cara. A lo mejor había percibido al Monstruo de Ojos Verdes enredando dentro de mí. *Sabe que no puede controlar al Monstruo.*

Me miraba de forma extraña, como si no fuera hija suya sino una forastera pelirroja impertinente a la que estaba inspeccionando...

Pero el Monstruo no es real, quise decirle, el Monstruo es solo una idea.

El último en abrir su galleta fue papá, que leyó su fortuna con una voz grave como de televisión:

—«Vas a cruzar el agua» —se quedó pensando en lo que quería decir. Luego sonrió—. ¡Claro! El océano Pacífico. Y el Atlántico. Retransmisión alrededor del mundo con Reid Pierson y su equipo. Perfecto.

Vi que sobraba en el plato una galleta. La de mamá.

Normalmente pedíamos comida para cinco en la Casa de Ming, así que habían mandado cinco galletas de la suerte.

Cuando Samantha se dio cuenta, la señaló inocentemente.

—Esa es la de mamá. Se la podemos guardar.
Papá la agarró rápidamente. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por sonreír.

—No, Sam-Sam. En ausencia de tu madre, un emisario la leerá por ella.

Papá peló el envoltorio de celofán, rompió la galleta por la mitad, sacó el papelito y leyó, con su voz de presentador:

—«Vas... a cruzar el agua».

Hizo una pausa. Todd y yo intercambiamos miradas nerviosas; era la primera conexión que habíamos establecido en mucho tiempo. El rostro de nuestro padre adoptó una expresión extraña, como si hubiera sido insultado, o quizás solo estaba de broma; un público le observaba detenidamente para ver cómo reaccionaba. Se echó a reír.

—¡Vaya! Qué coincidencia. Debe de ser que al adivino se le agotaron las ideas originales y está echando mano de reposiciones. Vuestra madre y yo tenemos una suerte idéntica, por lo visto. Pero no tendremos un futuro idéntico.

Papá rompió la galleta en varios trocitos y se los comió lentamente. Todos nos comimos nuestras galletas, que estaban algo rancias e insípidas.

3

La pelea: 5 de mayo

Algo va a suceder.

Lo peor que puedes pensar sobre tus padres: ya ha sucedido algo. ¿Qué?

Es de noche. Estoy en la cama despierta y escucho.

No. No estoy escuchando. Son truenos, es un aguacero que se mezcla con mis sueños.

En otra parte de la casa, amortiguada por los muros, una voz alzada. La voz de papá. Controlada, razonable. *¿Por qué no quieres? ¿Por qué no lo vas a hacer? Te lo advierto.* Las palabras no se entienden bien, pero el ritmo de la voz es inconfundible.

La segunda voz es la más débil de las dos. Es aguda, una voz de mujer. Siento desprecio por esa voz. La voz más grave se impone sobre ella, la ahoga. Como un trueno que retumba en el cielo.

Estoy despierta, sentada en la cama, pateando las man-

tas. No ha sido nada, solo un trueno. Ahora la lluvia golpea fuerte contra las ventanas. Una la dejé algo abierta y entra el agua y moja los papeles que tengo esparcidos sobre el escritorio.

No ha sido nada, solo un trueno.

En el espejo del baño, el Monstruo de Ojos Verdes me mira fijamente. Siento el absurdo impulso de arañarle los ojos.

Por la mañana, Samantha entró tímidamente en mi cuarto. Levanté la mirada y me sorprendió verla allí, ya que está terminantemente prohibido entrar en mi habitación a esas horas. Estaba a medio vestir, cepillándose el pelo alborotado.

—Franky, los he vuelto a oír esta noche. No podía dormir.

Samantha me miró con ansiedad. Vi que le temblaban los párpados. Quería darle un abrazo, esconder mi cara entre su pelo para que no la viera.

Pero a la vez no podía mostrarle que estaba asustada. Ella me había estado preguntado sobre papá y mamá desde el fin de semana en que mamá se fue a Santa Bárbara. Yo siempre le contestaba que no era gran cosa: ya sabes cómo es papá, papá tiene muy mal genio pero se calma en seguida, papá le dará un beso y se reconciliarán, papá nos quiere. Por la forma en que me miraba Samantha supe que debía tener mucho cuidado. Aproveché la ocasión para cepillarle el pelo, que lo necesitaba, y le dije:

—Creo que no, Samantha. Yo no oí nada, debe de haber sido un sueño.

Hice una pausa y dije:

—Quizá fue un trueno; anoche hubo tormenta.

La bruma matutina llegaba hasta las ventanas; se alcanzaba a ver algunos abetos y el lago Washington, emborronado y con un tenue brillo, pero nada más. Samantha hizo un gesto de dolor cuando mi cepillo tiró de un nudo.

—Franky, yo sé lo que son los sueños. No ha sido un sueño y no ha sido un trueno. He oído a papá gritarle a mamá. Ha dicho...

Le di un fuerte empujón, para alejar de mí su inquieto cuerpecito caliente. Quería cubrirme los oídos con las manos. No quería eso, y menos antes de ir a clase, una mañana con mucho que hacer y demasiado en qué pensar.

Me oí a mí misma decirle:

—Pues si no me crees, pregúntale a mamá. Pregúntale. Es culpa suya. Pregúntale a mamá.

Pero Samantha no podía. Yo tampoco podía. De todas formas, mamá no nos lo habría dicho. Toda esa primavera había sonreído de esa forma tan suya, valiente, testaruda, sin aliento, como si tuviera el pulso acelerado, como si hubiera estado corriendo.

Creo que yo sí le echaba la culpa a mamá. Ella provocaba a papá con su actitud y él, puesto que era Reid Pierson, no podía evitar reaccionar. En la tele se mostraba super alegre, pero en casa... bueno, podía tener mal genio. Era simplemente la personalidad de papá.

Pareció suceder gradualmente. O quizás es que yo no era lo bastante mayor como para darme cuenta. Empecé a notar la tensión más o menos cuando estaba en octavo. Mamá empezó a perder el entusiasmo por ser la señora de Reid Pierson en público. Nunca se había sentido cómoda en los gigantescos banquetes, cócteles y galas benéficas que constantemente homenajeaban a Reid Pierson y otros famosos como forma de vender entradas. Intentaba convertir en un chiste lo incómoda que se sentía entre enjambres de gente desconocida, de esmoquin o vestido largo, ansiosos por estrechar la mano de Reid Pierson y pedirle su autógrafo, mientras miraban a través de Krista

Pierson como si no existiera. Sin embargo, durante catorce años había acompañado a papá a aquellos actos, haciendo de encantadora esposa de Reid Pierson. Aunque también ella había sido presentadora de noticias en un canal de televisión de Portland.

En una ocasión la oí desde otra habitación decirle a papá:

—No quiero ir a la fiesta de esta noche, cariño. No estoy para multitudes. ¿Puedo quedarme en casa, por favor?

Papá contestó:

—No, cariño, no puedes. Tú eres la chica con la que tengo una cita esta noche.

Papá lo trató como una guasa o un juego. Como si estuvieran jugando al *ping-pong* en la sala familiar.

Mamá dijo:

—Claro que es maravilloso que te rindan un homenaje y ya sé que es para una buena causa, pero prefiero quedarme en casa con las niñas y trabajar un poco en mi estudio. Mañana...

—Krista, ¿recuerdas siquiera de qué trata lo de esta noche?

—¿El Centro Médico? O... no, ¿la Unión de Organizaciones Benéficas?

Con frialdad, papá dijo:

—Revisa tu agenda y a ver si te aclaras.

—Cariño, no importa lo que sea. Siempre están las mismas personas, siempre diciendo las mismas cosas. La megafonía es ensordecedora, todos beben demasiado, va a acabar tardísimo. Por favor, no puedo...

Papá hablaba como si se controlara para no perder la paciencia. Yo me estaba alejando, intentando no oír cómo terminaría aquello. Me latía el corazón fuerte y estaba preocupada por mamá.

—Es la entrega de los premios del *Seattle Times* a los Ciudadanos Sobresalientes del Año. Solo eligen a ocho personas. Va a salir en la primera página del periódico, es algo muy gordo. Y se vería muy raro que Reid Pierson fuera solo. Como si a su mujer, Krista, le importara un comino este premio.

Mamá protestó.

—Claro que me importa, Reid. Sí que me importa, estoy orgullosa de ti. Pero nadie me echaría de menos. Por eso me quiero quedar en casa. Quiero cenar pronto con Francesca y Samantha, las tres solas. Parece que ya casi no nos vemos y dentro de nada se habrán marchado, como Todd. La casa se quedará vacía y yo voy a estar...

—¿Sola? ¿Con tu marido nada más?

—Cariño, tú siempre estás fuera. Y cuando estás en casa, sales cada noche. Esto no es vida y es cada vez peor. Y yo... yo ya no soy la persona con la que te casaste. Ya no tengo veintidós años.

—Claro que no, casi tienes cuarenta. Deberías estar agradecida por tener un marido que quiere que aparezcas en público con él, que todavía te quiere. En muchos de los matrimonios que conocemos las cosas ya no son así.

Mamá dijo, dolida:

—Reid, ¿quéquieres decir? ¿Me estás... amenazando?

—No, cariño. ¿Por qué iba a amenazarte? ¿Alguna vez te he amenazado, aunque fuera con la verdad?

—¿Qué...quieres decir con eso?

—Eres una mujer inteligente, Krista. Al menos eso os creéis tú y tus amigos artistas, con «valores» tan superiores a los míos. Bueno, pues deberías ser capaz de entender ciertas cosas por ti misma.

Hubo una pausa, algún movimiento. Oí un sonido apagado y no me atreví a pensar que era mamá llorando.

Me había alejado lo suficiente como para casi no oír sus voces, ya me estaba logrando escapar. Entonces oí a papá levantar la voz enfadado.

—¿Por qué coño te casaste con Reid Pierson si no querías ser la esposa de Reid Pierson, joder?

Presioné las manos contra mis oídos. Ni siquiera el Monstruo estaba de humor para escuchar.

Cruzar a la otra orilla. Eso era lo que mamá estaba haciendo también. El invierno pasado, la primavera, el verano. Creo que yo no quería saberlo. No quería pensar en cómo podría acabar todo, no quería enterarme de que algunos podríamos salir lastimados y se nos podría dejar atrás.

4

La pelea: 29 de mayo

Mamá empezó a usar pañuelos. Hermosos pañuelos de seda de colores vivos, chales, blusas de manga larga y jersey's. A veces las mangas eran demasiado largas y le ocultaban por completo las muñecas.

¿Qué ocultaba? ¿Cardenales en las muñecas, en el cuello, en la parte superior de los brazos? ¿Violentas marcas rojas hechas por los dedos fuertes de un hombre?

No podía preguntar. Las palabras se me amontonaban en la garganta pero de allí no pasaban. En presencia de mamá empecé a estar muy callada. Y ella estaba cada vez más callada conmigo.

* * *

Pasaba gran parte de las noches en vela, así que, ya muy tarde, solía mandar mensajes de correo electrónico en mi cabeza. A veces, un poco desesperada, me levantaba, revisaba mi correo (casi nunca tenía mensajes; los releía

continuamente de forma compulsiva y respondía enseguida) y enviaba alguno. Muchas veces a Todd; me daría vergüenza echar la cuenta de cuántos le envié.

Hola, Todd...

No sé de ti desde hace algún tiempo. Espero que las cosas te vayan bien por ahí.

Me preguntaba si sabes lo que pasa entre papá y mamá estos días (supongo que si papá se lo cuenta a alguien será a tí).

Franky

Otra noche:

Todd, ¡hola!

Solo quería saludarte. Estoy un poco sola por aquí.

Papá está de viaje, estará en Atlanta cuatro días.
(¿Béisbol?)

¿Estás en contacto con él?

¿Sabes lo que podría estar / está pasando entre papá y mamá? Si es que pasa algo.

(Tu hermanita) Franky

Sí, ya sé que era patético firmar así. Muchas de las cosas que hice durante esos meses fueron patéticas.

Todd nunca respondió a ninguno de mis mensajes. Creo que en el fondo yo ya sabía que no lo haría.

Tendrías que tener un hermano mayor para entender esto.

Hubo un tiempo, cuando yo era pequeña, en que Todd era mi amigo. Después, en el instituto, se obsesionó con los deportes, que pasaron a ocupar todo su tiempo libre. Hubo meses –años, creo– en que casi no vi a Todd; entraba y salía de casa, siempre a toda prisa, solo molestandose en sentarse a la mesa para comer si estaba papá. De cómo

anduviera su relación con papá dependía su relación con mamá, con Samantha y conmigo. Entonces se fue a vivir a Pullman para estudiar en la Universidad de Washington, se enredó con un grupo de personas obsesionadas por los deportes («Reid Pierson es un nombre muy conocido entre ellos», dijo) y dejó de venir a casa para el fin de semana. Y cuando estaba, no me hacía ni caso.

Mamá no era su madre real, biológica. Quizá eso explique por qué Todd se distanció de ella. Su madre, la primera esposa de papá, había muerto hacía mucho tiempo y nunca se hablaba de ella. Así que es posible que Todd pensara que mamá, Samantha y yo éramos su familia solo a medias, no completamente.

En la familia, solo papá era real para Todd.

Al principio, mamá se quejaba, sonriendo, de que ya no veía nunca a su «guapísimo hijo grandón». Todd ya no le hacía confidencias como antes y no dejaba que entrara en su habitación, que le acariciara el pelo o que le hiciera alguna guasa. Cuando se despedía, se dejaba abrazar y besar, pero tieso como un soldado en posición de firmes. El último año, mamá había dejado de bromear. Si hablaba de Todd en algún momento, su tono dejaba ver que estaba dolida y perpleja.

Durante todo mayo, mamá sonrió. Se me pasó por la mente la idea, inspirada por el Monstruo, de preguntarle: *Esa sonrisa, ¿te la has pegado a la cara con grapas, mamá?* *¿Te duele?* Quería preguntarle si sonreía así también cuando estaba dormida. Si alguien la alumbraba con una linterna y la despertaba, ¿estaría sonriendo así? Quería preguntárselo, pero no lo hice.

Empecé a sentirme resentida con ella por actuar de forma tan extraña. Supongo que estaba enojada por tener

que preocuparme por ella; se supone que tu madre se tiene que preocupar por ti, no al revés.

Surgió una nueva tensión entre las dos. O al menos por mi parte. Ya no era su pequeña Francesca; ella no podía esperar que me acurrucara con ella y me comportara como Samantha. Yo sabía que ella notaba un cambio en mi actitud, pero durante algún tiempo no dijo nada. (Eso era típico de mamá, no hablar sobre algo que le molestaba, como si fuera a desaparecer solo). Pero un día se le vinieron abajo las defensas y me preguntó si me pasaba algo.

—Pareces tan... retraída, cariño. No me has dicho ni cinco palabras desde que has montado en el coche.

Íbamos, como siempre, hacia Yarrow Heights, a casa. Mamá había pasado por el instituto para recogerme después del entrenamiento de natación. Había estado haciendo otros recados antes; la parte de atrás del coche iba llena de materiales de arte.

Mi padre odiaba el olor de las pinturas acrílicas y de la arcilla para modelar. Y no le gustaba que bajo las uñas, que llevaba cortas, mamá tuviera arcilla con aspecto de barro seco.

—Por el amor de Dios, Krista, pareces una labrador.

Yo iba repantigada en el asiento delantero, poniendo un CD de Laurie Anderson, ese que empieza con una música de ballenas que te pone la piel de gallina.

—Vale, mamá: «ni cinco palabras».

Mamá se rió; parecía algo sorprendida.

Escuchamos la voz susurrante de Laurie Anderson. Extraños sonidos submarinos, muy adecuados para la atmósfera de Seattle en mayo: bruma, amenaza de lluvia, lluvia.

He visto ballenas en el mar, no muchas, pero sí algunas. Las mal llamadas ballenas asesinas. Tanto en el estrecho de Juan de Fuca (entre el norte del estado de Washington y Columbia Británica, Canadá) como en el

oceáno Pacífico, a cuarenta minutos de casa en coche. ¡Es alucinante! Cuando las ves salir a la superficie, saltar, juzguear en el agua verde y cristalina, es un subidón. Te quedas mirando al agua fijamente durante un largo rato, esperando a que vuelvan a salir.

Mamá musitó algo positivo sobre la música; es el tipo de música que le va también a ella. Entonces bajó el volumen: Para Que Pudiéramos Hablar.

—¿Qué tal la natación?

—Bien

—¿Has hecho salto?

—No, hoy no.

(En realidad sí había saltado, o más bien lo había intentado. Sentía las rodillas flojas y tuve problemas para concentrarme. «No es día para saltos», como solíamos expresarlo diplomáticamente.)

Mamá conducía. Yo no la miraba, y, sin embargo, noté que estaba perdiendo la sonrisa en un lado, como si se le hubieran soltado las grapas. Al mirar por el retrovisor, sus ojos (enrojecidos, pero yo no los pensaba mirar) parecían a punto de llorar; conducía menos suavemente que de costumbre, como si la ruta familiar hacia nuestra casa en la calle Vinland ya no le fuera tan familiar. Con tono reticente, me dijo:

—No sé si hay algo que te preocupa, Francesca. En el instituto, o...

Pero no siguió hablando, no quiso decir *en casa*.

Le respondí, molesta:

—Mamá, en realidad no me gusta que me llamen Francesca. Es muy pretencioso, como si fuéramos italianos o algo así. Samantha ya es suficientemente malo, es tópico, pero Francesca...

Suspiré y volví a subir el volumen del CD, para oír a Laurie Anderson cantar sobre alguien a quien quiere y va alejándose de ella poco a poco.

Se notaba que le había hecho daño, así que añadí:

—Todo el mundo me llama Franky, ¿sabes? Me pega más, soy yo.

Me habría encantado contarle lo del Monstruo de Ojos Verdes, pero no justo ese día.

—¡Vale, ya lo hemos hablado miles de veces! —mamá intentó reír—. Muy bien, «Franky», si es así como quieras que se te vea.

¿Si quiero que se me vea así? Nunca lo había pensado de ese modo. Siempre había dado por sentado que la gente te llama lo que le da la gana, empezando por tus padres, y que tú no decides.

Le dije:

—Incluso mis profesores me llaman Franky, mamá. Excepto cuando me riñen.

Mamá intentó reírse:

—Bueno, «Franky». He notado que has estado inusualmente callada últimamente. Desde que me fui a Santa Bárbara has estado retraída. No habrá alguna relación entre ambas cosas, espero.

Me revolví en el asiento.

—No, mamá.

—El otro día, cuando llevamos a Twyla y a Jenn a su casa, noté que estabas muy callada y ellas dos hablaron todo el rato... —mamá titubeó, sabía que estaba adentrándose en terreno peligroso—. Espero que siempre sepas que puedes hablar conmigo, Francesca, quiero decir, Franky, si alguna vez...

—Sí mamá, vale.

Algo muy raro había pasado en Santa Bárbara, según parece. Papá se fue ese sábado, diciendo que tenía un «asunto urgente» en Los Ángeles, pero por lo que pude oír cuando mamá volvió, él había ido a la feria de arte y artesanía a inspeccionar. No estuvo con ella, solo la espió y luego volvió a casa.

Creo que eso es lo que sucedió, aunque no había nadie a quien yo pudiera preguntar.

Oí que papá decía:

—Tus amigas tortilleras... muy amiguita con tus amigas tortilleras, yo te vi.

No llegué a oír lo que le respondió mamá.

Mamá me estaba diciendo que *bla bla bla*, cuando tenía mi edad *bla bla*, en St. Helens, Oregon. Como si yo no lo supiera. Sus orígenes en un pueblo pequeño, le encantaba hablar sobre ello. Quería subir a tope el volumen del CD para ahogar su voz.

No, en realidad quería acercarme a ella y acurrucarme, como solía hacer cuando era pequeña. Acurrucarme con mamá, hacer que me subiera a su regazo.

—¡Ay qué mayor es mi niña! —solía decir riéndose—. Qué mayor y qué guapa.

Con Samantha todavía funcionaba; a fin de cuentas solo tenía diez años. Pero no con Franky. Lo que yo quería era borrar aquellas arrugas que la sonrisa le marcaba en la comisura de los labios y los ojos, y que parecían grabadas con una pequeña cuchilla.

Quería tomar sus manos y decirle que eran unas manos muy hermosas, aunque tuvieran las uñas cortas y muy poco glamourosas, aunque tuvieran restos de pintura y araña.

Me vino de parte del Monstruo el impulso de quitarle de un tirón el pañuelo azul turquesa que se había anudado cuidadosamente alrededor del cuello.

A la vez, estaba deseando salir huyendo hacia algún sitio o por lo menos tener dieciséis años y carné de conducir (papá me había prometido que me compraría un coche solo para mí si «me portaba bien»). Así no tendría que depender tanto de mamá para ir a todas partes. Era algo demasiado íntimo, la cosa esta de madre e hija. ¡Demasiado!

Mientras mamá daba la vuelta hacia nuestra entrada, yo ya tenía la mano puesta sobre el tirador de la puerta. Cuando se detuvo, yo ya estaba casi fuera, arrastrando mi mochila. Le grité por encima del hombro con un tono inocente, con mi voz de «Franky no tiene la culpa».

—Mamá, estoy perfectamente. Tengo mi propia vida, ¿vale? Como tú tienes la tuya.

La primera vez que Twyla Lee vino a mi casa para cenar y quedarse a dormir, miró alrededor, levantó los ojos y me susurró al oído:

—Cómo mola, Franky. Pero, ¿de verdad vivís aquí?

Estaba de broma, claro; la casa de los Lee era bastante especial. Pero yo entendí lo que quería decir.

Cuando mi padre empezó en serio a tener éxito en la tele, quiso una casa nueva, construida especialmente para él y para su familia. Compró una parcela en Yarrow Heights, unos kilómetros al oeste de Seattle, con vistas al lago Washington y al puente colgante de Evergreen. Por la noche las luces que se veían a lo lejos eran espectaculares, al menos cuando la bruma permitía verlas.

La casa fue diseñada por un famoso arquitecto de Seattle de origen japonés. Es lo que se llama *posmoderna*, lo que significa que no tiene aspecto exactamente de casa y parece más bien un pequeño edificio de alta tecnología con muros de cristal, tragaluces en el techo, mucho hormigón y un metal brillante de aspecto frío, parecido a la plata alemana. Hay *galerías* tubulares con paredes de cristal, en lugar de anticuados pasillos. Hay unidades modulares en lugar de habitaciones. Hay pantallas correderas japonesas que *crean* habitaciones o las *eliminan*. Las habitaciones son cámaras de eco con mobiliario *minimalista*: sillas metálicas, mesas translúcidas, lámparas halógenas

que dan una luz tenue azulada. Los colores son neutros: negro desvaído, gris piedra, blanco enfermizo. Hay sofás bajos y alargados, con cojines enanos por todas partes. Hay lo que parecen kilómetros enteros de baldosas desnudas y relucientes, negro mate, blanco mortecino, con apenas alguna alfombra suelta. Hasta las luces del techo son minimalistas, hundidas en las paredes y en los techos, de modo que parecen proyectar sombras hacia todas partes. Mi madre quería decorar la casa ella misma, pero mi padre insistió en contratar al decorador de interiores que estaba de moda en Seattle.

Mi padre dijo que no podían permitirse cometer errores. Los «ojos del mundo» estarían sobre ellos y serían el hazmerreír de todos si metían la pata.

En una de las dichosas *galerías* se exhibían los trofeos de fútbol americano de papá y fotos con otros deportistas y gente famosa. Era bastante espectacular: fotos de Reid Pierson estrechando la mano de políticos de Seattle, del gobernador e incluso de Bill Clinton en la Casa Blanca, cuando era presidente. Tanto Reid Pierson como Bill Clinton eran hombres bien parecidos y seguros de sí mismos, que sonreían a la cámara con entusiasmo juvenil. A papá le impresionó el carisma de Clinton y comentó que hay que experimentarlo en persona para apreciarlo.

—No puedes evitar querer a ese hombre. Resulta claro que si el pueblo te quiere lo suficiente, te perdoná lo que sea.

Estaba en octavo cuando salió un reportaje en la revista *Seattle Life* sobre la Casa de los Pierson en Yarrow Heights (Washington). Yo era nueva en el exclusivo instituto privado Forrester y casi no tenía amigos. Prácticamente de la noche a la mañana todos, hasta los mayores, sabían quién era y me paraban para comentarme que habían visto el artículo en la revista y les había impresio-

nado. Tengo que admitir que me halagaba. («¿Cómo es tener a Reid Pierson de padre?») Acababa de empezar noveno cuando se publicó un reportaje en *Architectural Digest* con fotos espectaculares de Reid Pierson (de esmoquin) y su mujer Krista Pierson (con un vestido ceñido de seda negra y pelo rojo que le llegaba hasta los hombros, brillante como el fuego) posando entre sus muebles minimalistas, con la vista del lago Washington un poco perceptible al fondo. Ahora hasta profesores que yo no tenía, e incluso el director, me buscaban para decirme que habían visto el reportaje y estaban impresionados. El Sr. Whitney, el director, ya conocía a mamá, por supuesto, pero no a papá.

—Dile a tu padre que siempre he sido admirador suyo, Francesca, desde que jugaba con los Halcones Marinos. Dile que espero que se pase por Forrester un día de estos, pronto.

De eso hace unos dieciocho meses. Papá no ha ido a Forrester todavía, pero cada vez que el Sr. Whitney me ve, me dice:

—¡Francesca! Acuéstate de que la invitación sigue en pie.

En realidad, el estilo posmoderno es sobre todo para enseñar, está en la primera planta, en lo que el arquitecto llamó el *espacio público* de la casa. En la planta baja, nuestro *espacio privado*, las habitaciones son más o menos normales: nuestros dormitorios, dormitorios para visitas, baños, armarios (aunque no suficientes armarios). Aquí las cosas se construyeron a escala más reducida, como si al arquitecto no le interesara para nada dónde iban a vivir en realidad sus clientes.

Antes vivíamos en una casa más antigua y más pequeña cerca del centro de Seattle, en un barrio con lo que se suele llamar *diversidad étnica*. Yo tenía muchísimos

amigos allí y me sentí fatal mudarme (además, odiaba la casa nueva; lloré y estuve de morros durante muchos días). Mamá no hacía más que repetir:

—¡Es una aventura! Es como si fuera una nave espacial.

Tuvimos suerte: papá dejó que mamá amueblara las habitaciones de la planta baja.

El año pasado, mamá convirtió una habitación de la zona de huéspedes en un estudio para ella, ya que asistía a clases de cerámica, tejido y pintura. Su estudio no era grande y no tenía vistas espectaculares del lago, pero tenía un tragaluz en el techo. Samantha y yo nos lo pasamos en grande ayudándola a pintar las paredes de amarillo cálido claro, color que daba la sensación de que el Sol brillaba en el estudio de mamá, incluso en los días más sombríos del invierno.

En los bosques lluviosos del Pacífico norte-occidental, que es donde vivimos, puede llover durante semanas sin parar. El Sol no sale y, si en algún momento se llega a ver, puede desaparecer a los pocos segundos.

Papá había dejado que mamá convirtiera esa habitación en un estudio, pero no le había gustado la idea. Cuanto más tiempo pasara mamá en casa, metida en su estudio, menos tiempo pasaría haciendo la vida social que él esperaba de su esposa, como comer con las señoras ricas que dirigían organizaciones como los Amigos de la Ópera de Seattle, la Asociación para la Planificación Familiar o la Unión de Organizaciones Benéficas. También se quejaba de que hasta el otro extremo de la casa, donde estaba el dormitorio de ellos, llegaba el olor a pintura y le provocaba un «puto dolor de cabeza». Cuando mamá le enseñó sus primeros tejidos y piezas de cerámica, que Samantha y yo pensábamos que eran bellísimos, papá solo sonrió y sacudió la cabeza como un padre indulgente.

—¿Eso es lo que has estado haciendo, Krista? Muy bonitos, qué bien.

Eso fue todo lo que dijo. Ella se sintió dolida, aunque intentó que no se le notara.

Pronto dejó de enseñarle su obra, incluso cuando la exhibieron en una galería local y hasta empezó a venderla. Papá no le preguntó nada al respecto y jamás visitó su acogedor estudio.

Había muchas cosas que siempre había contado a mamá y que, sin embargo, nunca dije a papá. Pero últimamente, tampoco le estaba diciendo las cosas a mamá. Desde que el Monstruo entró en mí el pasado julio en Puget Sound. Me preguntaba si el Monstruo habría venido a mí si no hubiera sido por Cameron, si no hubiera sido porque cometí un error terrible y me sentí desesperada. *¡Deberías verte los ojos! ¡Un monstruo de ojos verdes! Estás loca.* Pero no estaba loca, eso lo tenía claro. Era más fuerte, tenía poder, me gustaba a mí misma como nunca antes desde que era pequeña. Me venían a la cabeza pensamientos extraños, como *Tienes derecho a estar en este mundo, como el resto de la gente; la diferencia está en que tú lo sabes, porque eres el Monstruo de Ojos Verdes.*

Desde que empecé a tener la regla estaba como a disgusto conmigo misma o avergonzada de mí misma, no sé. Pero desde que llegó el Monstruo, dejé de sentirme así. Me acordaba de cómo había escapado de Cameron, cómo había corrido a casa bajo la lluvia, feliz de la vida. Me planté desnuda delante del espejo de mi habitación, algo que nunca había hecho, y me gustaron mis pechos pequeños y duros, con pezones con agujeritos, y el montoncito de pelo rojizo claro de mi pubis, y mis piernas de nadadora delgadas y musculosas, hasta mis pies largos y estre-

chos, blancos como champiñones. No me examiné, ni me quedé mirando obsesivamente, simplemente me vi de igual manera que se observa una flor, un árbol, un animal o cualquier otra cosa natural y sin ropa. Sin embargo, lo que más admiración me causó fue mi pelo rojo zanahoria, que me estaba dejando crecer: me llegaba por debajo de los hombros, crespo y cargado de electricidad estática. Casi siempre me hacía una coleta para apartármelo de la cara (mamá me dio un broche de plata para la coleta que llevaba turquesas engastadas). Como mis ojos, ese pelo era el signo especial del Monstruo; me hacía sentir bien, no me apetecía disimularlo.

¿Me dio pena dejar de contarle a mi madre las cosas que más me importaban? Twyla me dijo que a ella le pasaba lo mismo:

—El otro día, de repente, me di cuenta de que estaba mintiendo a mi madre. No por una razón especial, sino porque no quería que supiera lo que pasa dentro de mí.

Le dije a Twyla:

—Creo que yo no quiero que nadie sepa lo que pasa dentro de mí. ¿En quién se puede confiar?

Estuvimos pensándolo. Se supone que cuando te enamoras confías en esa persona, pero eso puede ser arriesgado: la gente siempre se está desenamorando. Twyla dijo con ironía:

—En tu amiga.

Era verdad. Quizá. Si había alguien en quien pudiera confiar, sería en una amiga íntima como Twyla. Pero eso también era arriesgado.

—¿Francesca?

Estaba en mi habitación, sentada delante del ordenador pero, en realidad, soñando despierta. Miraba por la ven-

tana al lago plomizo, pensando en Twyla y en mis otros amigos a los que, últimamente, no tenía mucho que decir. Quizá era lo que había comentado mamá: estaba «retraída».

—*Retraída* es lo mismo que *deprimida*?

—O se trata solo de un estado de ánimo?

Mamá abrió mi puerta unos centímetros, tímidamente. Asomó la cabeza.

—*Cariño*? —Estás ocupada? —Podemos hablar?

Un enorme suspiro escapó de mi pecho.

—Vale, mamá, entra.

Me fastidiaba que me invadieran así. Pero ya sabía yo que mamá iba a venir; no le gusta dejar correr las cosas.

Todavía llevaba su pañuelo azul turquesa y una camisa de manga larga con los puños abotonados. Tenía los ojos un poco marcados de venas y los párpados enrojecidos.

—*Puedo sentarme*? No estarás haciendo los deberes...

—Más o menos —mentí—. Pero podemos hablar, claro.

Fue entonces cuando mamá mencionó por primera vez Skagit Harbor. Su *cabaña*: —La recordaba yo?

Skagit Harbor es una antigua aldea de pescadores en la bahía de Skagit, como a una hora en coche desde Yarrow Heights. El abuelo de mi madre tenía allí una casita de un solo dormitorio que la familia Connor llamaba *la cabaña*. Hace unos años, mamá nos llevó a Samantha y a mí a pasar allí un fin de semana mientras papá retransmitía la serie mundial de béisbol en Nueva York. Tenía buenos recuerdos de Skagit Harbor y me preguntaba por qué nunca habíamos vuelto.

A papá no debió de hacerle gracia, supongo. Para él, Skagit Harbor era palurdo y aburrido. Las personas que vivían allí solían ser bastante vulgares, además de los «hippies infiltrados», como decía papá. Se refería a artistas que se

ganaban la vida trabajando de carpinteros o camareros, personas marginales, en su opinión.

Me tomó por sorpresa.

—*La cabaña*? —Qué le pasa?

—Bueno, he ido varias veces esta primavera. He estado pintándola, reparando algunas cosas, limpiándola de maleza, aquello era una jungla.

Mamá hizo una pausa, sonriendo levemente. Todo esto tenía un significado que yo no estaba captando, al menos no todavía.

—Voy a llevarme allí algunas cosas de mi estudio este fin de semana. Tu padre va a estar de viaje y... quería saber si te gustaría venir conmigo. Vuelvo el domingo por la noche.

Me puse de pie de repente. Estaba furiosa. Tenía miedo.

—Mamá, —por qué le provocas? —Por qué haces esto?

Mamá me miró fijamente. Se había estado tocando el pañuelo, asegurándose de que no se movía de su sitio. Pude ver las leves arrugas de su cara y las canas gris metálico que le salpicaban el pelo como telarañas.

—*Pro*... provocarlo? —Qué quieras decir, Francesca?

—Mamá, sabes exactamente lo que quiero decir.

—*A tu*... padre? —Crees que provoco a tu padre?

—No es así?

—Francesca, esto es algo que no puedes comprender. No quiero discutir contigo este tema.

Mamá también estaba de pie ahora. En el futuro me acordaría de lo extraño que era todo aquello: su rostro reflejaba verdadero temor.

Le dije, a punto de llorar:

—Mira, madre, antes me has preguntado, «*¿Qué pasa Francesca?*» Así que te estoy diciendo lo que pienso que pasa. Estás haciendo cosas adrede para hacer enfadar a papá. Tú sabes cómo es él y sigues haciéndolas.

Mi voz salió entrecortada; casi no podía respirar. Era como si me hubiera lanzado al agua y no pudiera salir a la superficie, algo tiraba de mí hacia abajo agarrándome por los tobillos.

Mamá dijo, tartamudeando:

—Francesca, no lo entiendes. Es... complicado.

Parecía confusa. Últimamente, había adoptado el hábito de dar vueltas a su anillo cuando estaba nerviosa, un anillo de plata grueso en forma de paloma que trajo de Santa Bárbara, obra del mismo platero navajo que hizo mi broche para el pelo.

Dije:

—Si provocas a papá, va a reaccionar. Es su forma de ser.

—Pero, ¿no crees que yo también tengo una?

—No. Quiero decir, no como papá. Él no puede evitarlo y tú sí.

—Tu padre y yo nos queremos, cariño. Mucho. Y os queremos a vosotros. Pero nuestros valores son diferentes ahora. Yo... yo he cambiado en mi forma de ver las cosas. Quiero vivir, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Vivir? ¿Por qué no puedes vivir aquí, como siempre? ¿Por qué son diferentes las cosas ahora? Samantha tiene miedo de que tú y papá os vayáis a divorciar. La mitad de sus compañeros de clase tiene padres que se están divorciando.

—¿Samantha piensa eso? ¿Lo ha dicho?

—No, no lo ha dicho. No así de claro.

—¿Has estado hablando de esto con ella? ¿No la habrás estado asustando tú, Francesca?

La voz de mamá era titubeante.

—No, tú eres la que la está asustando. Me estás asustando a mí. Pareces tan... —mi rostro estaba ardiendo, tuve que morderme el labio para no ponerme a gritar— in-

consciente, como si estuvieras sonámbula o algo así. No sabes cómo estás perjudicando a papá.

Mamá escogió cuidadosamente sus palabras. Más adelante me pregunté si no las habría estado ensayando.

—Francesca, cariño, quiero decir, Franky, tú no sabes nada sobre este tema en realidad. Siento muchísimo que hayas estado preocupada y que Samantha lo haya estado también pero —estaba intentando sonreír pero las grapas se le habían soltado y la sonrisa era como el rictus de un pescado y sus ojos enrojecidos mostraban temor, como si papá estuviera fuera a punto de entrar corriendo— tu padre y yo lo hemos hablado con detenimiento. Él entiende que me gustaría tener algo más de tiempo a solas, fuera de Seattle, sobre todo. No lejos de mi familia, sino... lejos de Seattle. Lejos de esta casa. Ha dicho que puedo arreglar la casa de Skagit Harbor y pasar algún tiempo allí. Por supuesto, no permanentemente; volveré aquí cada pocos días. Ha sido tú padre el que lo ha dicho.

Fue una sorpresa. No me lo esperaba.

—¿Lo ha dicho? ¿Papá?

—Y no hemos hablado de divorciarnos, cariño. Si Samantha habla sobre eso alguna vez, Franky, por favor, dile que tu padre y yo no hemos hablado de divorciarnos, ni ahora ni nunca.

Su forma de decir estas palabras, «ni ahora ni nunca», fue extraña, como si no fueran suyas sino de alguien más.

Mamá se dio la vuelta, frotándose los ojos, y salió de mi habitación. Quería pedirle que volviera, quería abrazarla y sentir sus brazos alrededor de mí. Pero a la vez, quería que se fuera; no soportaba seguir viendo esa sonrisa o el cardenal amoratado que le asomaba un poco bajo la mandíbula.

* * *

Hola, Todd. Perdona que te moleste (otra vez).
¿Sabías que mamá está arreglando la cabaña de Skagit Harbor y que va a ir allí a veces? Me lo acaba de contar.
Pero NO SE VAN A DIVORCIAR. NI AHORA NI NUNCA.
Supongo que es una buena noticia. (¿No?)
Quiero decir, por cómo han estado. Desde el invierno.
Cuéntame lo que piensas o lo que sepas.
(¿Estás en contacto con papá?)
Espero que las cosas vayan bien en Pullman.
Franky

Todd no respondió. En realidad, pensé que esta vez sí lo haría.

5

«Separados»: junio

Pero no estaban separados.
No era como solía pensar la gente.
La familia Pierson no se estaba *rompiendo*.
Papá nos lo explicó a Samantha y a mí. Nos tomó de la mano y nos habló tranquilamente y con cariño:
—Vuestra madre tiene su propio espacio, chicas. Allí es donde la encontraréis, cada vez más.

Mamá estuvo fuera dos días seguidos y volvió. Luego estuvo fuera tres días. Se llevó a Conejo. La casa resultaba extraña, triste y solitaria sin ellos. Casi podías oír ecos de voces y del gimoteo de Conejo. *Su propio espacio. Cada vez más. Allí es donde la encontraréis.*

No parecía correcto volver del instituto y que mamá no estuviera. No podías evitar pensar cosas malas.

Samantha dijo:
—Franky, ¿mamá ya no nos quiere?

—Pregúntale a ella. Yo qué sé.

—¡A veces la odio! —Samantha arrugó la cara, desafiante como un duendecillo—. Me da igual si vuelve o no.

Más tarde, me dijo, preocupada:

—Franky, ¿qué pasará si mamá ya no vuelve a casa?

—No digas tonterías. Mamá viene pasado mañana.

—Sí?

—Ya lo sabes.

Fingí estar exasperada con mi hermanita.

Samantha sonrió y se metió el dedo gordo en la boca.

—Creo que sí lo sabía, pero se me había olvidado.

* * *

¡No la echábamos de menos! íbamos a clase como siempre. Teníamos nuestros amigos, teníamos actividades en la escuela; de esas que significan tanto para ti cuando estás metida en ellas pero que, después casi ni te acuerdas de por qué. Era muy agradable estar fuera de casa, en Forrester, donde yo era una chica pelirroja delgada, con coleta, que reía mucho, aunque con una risa un poco rasa, y nunca daba la impresión de tomarse a sí misma demasiado en serio.

—¿Qué tal, Franky? —me gritaban mis amigos mientras iba por los pasillos entre clases.

Gran parte del tiempo estaba insensible, como si me hubieran inyectado novocaina. En los espejos de los servicios me sorprendía a mí misma con la sonrisa optimista de mamá sujetada con grapas.

A la gente le gustas cuando eres alegre, un poco gambera, imprevisible. No le gustas cuando te muestras triste.

¿Sabes? A Franky le está pasando algo.

¿Qué?

Su madre y su padre.

No estaba segura de haber oido eso exactamente. En Forrester, en los vestuarios, antes de nuestra última competición de natación de la temporada.

No me digas. ¿Por eso ha estado tan distraída?

En Forrester yo estaba en el comité del anuario y pertenecía al Club de Teatro y al Club de Chicas Deportistas. Aunque no era una de las estrellas del equipo de natación, tenía momentos sueltos en que destacaba de forma inesperada porque nadaba como un pez que, de repente, se ha vuelto loco o está poseído. *El Monstruo de Ojos Verdes nadando para salvar su vida.* Ayudé a nuestro equipo en una competición crucial, aunque no era suficientemente mayor, fuerte o buena como para ser constante y por tanto fiable. Sin embargo, Meg Tyler, nuestra entrenadora, se mostraba interesada en mí y me hablaba a solas como si fuera alguien especial o pudiera llegar a serlo. En la última competición, en la que ganó Forrester, aunque por los pelos, me dijo:

—Franky, buen trabajo. El próximo curso vas a ser muy buena, estoy segura.

El próximo curso. Espero estar aquí todavía.

Le di las gracias y le dije que era una entrenadora excelente. Me conmovió su fe en mí, aunque no me la creí ni por un nano-segundo.

Los días pasaban cada vez más rápido. Todo el mundo esperaba el verano con ilusión. Yo intenté sentirme así también. Me quedaba hasta tarde por la noche acabando mis trabajos atrasados de Lengua y Sociales, diciéndome a mí misma, *El Monstruo puede con esto; es como un salto difícil, hazlo lentamente.* Estudiaba para los exámenes llenándome tanto la cabeza que casi me sentía bien. Puesto

que mamá no solía estar mucho, podía estar levantada hasta muy tarde sin que nadie se enterara (papá pasaba mucho tiempo fuera y algunas noches volvía a las dos de la madrugada). Después de los exámenes salí del instituto con la mente en blanco, como una pizarra borrada.

Me fue bien, no suspendí ninguna. En realidad, tuve una media de notable mientras que durante todo el curso había ido tirando con aprobados y algunos suspensos. Samantha también tuvo buenas notas: acabó quinto con todo sobresalientes menos un notable (en Gimnasia). Me sentí orgullosa de ella y deseaba que mamá y papá también lo estuvieran.

* * *

—¿Cuándo podemos ir contigo, mamá? —preguntaba Samantha constantemente.

Mamá le respondía:

—Cuando acabéis las clases.

Pero cuando acabó el curso y Samantha volvió a preguntar, mamá respondió con evasivas, con un temblor nervioso de párpados:

—Cuando acabe de pintar la cabaña. Cuando vuestro padre piense que es apropiado.

Samantha dijo, metiéndose el dedo gordo en la boca:

—Franky y yo podemos ayudarte a pintar, mamá. La otra vez nos dejaste. Tú dijiste que pintamos tu estudio muy bien.

—Sí, cariño, lo hicisteis muy bien, pero... —mamá hizo una pausa. Durante unos momentos pareció confusa, como si no recordara qué era lo que debía decir—... ahora es otro momento, cariño.

Yo quise preguntarle qué tenía que ver pintar su cabaña con la opinión de papá. ¿Y cuánto iba a tardar en

pintar su cabaña, que tenía una sola habitación? Pero mi resentimiento hacia esa mujer se me quedó en la garganta como un gran trozo de masa caliente.

Pues vete, entonces. Y no vuelvas.

No nos quieres. Solo quieres tu «propio espacio».

Apenas se alejó el coche, ¿sabes lo que hice? Asegurarme de que mi móvil estaba apagado.

Durante varias horas cada día, menos cuando estaba María (la mujer filipina que mamá había contratado para llevar la casa cuando ella no estuviera), también descolgaba el teléfono de casa. Mamá llamaba al menos dos veces al día, pero podía dejar un mensaje en el contestador.

Todo esto lo hice para evitar estar esperando a que sonara el teléfono cada minuto que estaba en casa.

Dejé de traer a mis amigas; con mamá fuera, la casa estaba silenciosa y mortecina, como un museo que nadie visita. Hasta el ruido que montaba María con el aspirador en la planta de arriba (que no necesitaba que le pasaran la aspiradora, pero algo tenía que hacer María para ganarse el sueldo) era una especie de mortal ausencia de sonido. Constantemente me imaginaba que oía los ladridos agudos de Conejo que tanto disgustaban a papá, pero como si los oyera de lejos, como si Conejo estuviera en otro lugar de la urbanización, perdido. A Samantha y a mí se nos figuraba que lo veíamos en la cocina, junto a sus platos de comida y agua. Oímos sus uñas haciendo *clic-clic* en las baldosas del suelo y su respiración jadeante.

Samantha dijo:

—No es justo, Franky; Conejo también es nuestro perro.

—Creo que mamá no está pensando en nosotras ahora mismo; está en su propio espacio.

Hablé como sin darle importancia, sin cargarme de sarcasmo.

—¿Que es eso de su propio espacio, Franky? Papá no me lo ha explicado.

—Un sitio donde puede estar a solas, como en su propia cabeza. Haciendo lo que le da la gana, no lo que los demás quieren que haga. Supongo.

De hecho, no tenía ni idea. Pero sí tenía claro que odiaba ese espacio.

Pronto entendimos el programa: mamá estaba fuera dos o tres días a la semana y la mayor parte de ese tiempo papá estaba en casa (cuando no estaba de viaje, trabajaba en el centro de Seattle. Retransmitía los acontecimientos deportivos locales que fueran de *interés* para el resto del país). Al día siguiente de volver mamá, papá se iba. Siempre había un momento en el que coincidían: una comida familiar o una noche. Samantha estaba constantemente muy nerviosa y no sabía con exactitud lo que sucedía. Yo intentaba ser neutral. Creo que estaba tensa con mamá, puesto que sentía que nos estaba traicionando. Con papá, que solo quería que sus «niñas buenas» le rieran los chistes, no era tan difícil.

Me preguntaba: ¿mamá y papá siguen durmiendo juntos? ¿En la misma cama?

Era realmente extraño: en ciertas ocasiones se llevaban muy bien en la cena. Se llamaban «cariño» o «cielo» y se trataban especialmente bien. Luego, al día siguiente, papá tomaba un vuelo para Miami, Chicago o Austin y cuando volvía era el momento en el que mamá recogía sus cosas, nos daba un beso de despedida, gritaba:

—¡Conejo! ¡Venga, chico! —se subía al coche y se iba a Skagit Harbor.

Una vez, mientras se alejaba, Samantha se quedó de pie gritándole:

—¡No es justo! ¡No es justo! Conejo también es nuestro perro.

* * *

A veces, cuando mamá estaba fuera, de repente la planta de arriba se llenaba de ruido. Papá invitaba a sus amigos «a tomar una copa». Llegaban como a las seis de la tarde y como a las nueve se iban a cenar a uno de los restaurantes de moda de Seattle a los que en otras ocasiones iba con Samantha y conmigo.

Samantha le solía decir:

—Pero papá, ya has comido con nosotras.

Cada vez con mayor frecuencia, una mujer a la que no conocíamos venía del brazo de papá a «saludar» y a «dar las buenas noches» a las hijas de papá. (Samantha se quedaba en mi habitación hasta que era hora de dormirse en su dormitorio, al lado del mío. No causaba muchas molestias, excepto cuando yo hablaba con mis amigas por teléfono; no me gustaba que escuchara mis conversaciones o se metiera en ellas.) Samantha pensaba que aquella mujer era siempre la misma, pero yo sabía que había más de una. Era fácil confundirlas porque todas eran rubias, glamurosas y mucho más jóvenes que mamá. Todas tenían aspecto de presentadoras de noticias o del tiempo. Parecían modelos. Papá nunca nos las presentaba; quizás no se acordaba de sus nombres. Él llamaba a mi puerta, yo decía que pasara, él entraba solamente unos pasos y la rubia se ponía junto a él pero un poco más atrás. Entonces decía, todo orgulloso:

—¿Ves? Estas son mis niñas buenas, Sam-Sam, la pequeña, y Franky, que es una estrella de la natación en Forrester. Estupendas, ¿no te parece?

La rubia nos miraba con atención como si fuéramos

ejemplares de alguna especie que todavía no tiene nombre, le apretaba la parte superior del brazo a través de la camisa y decía, aspirando profundamente:

—Oh, Reid, Dios mío, sí; son igualitas a su *papaíto*.

Una vez el Monstruo de Ojos Verdes se metió en la conversación y dijo:

—En realidad nos parecemos más a nuestra madre. ¿Conoce usted a mamá?

Papá me fulminó con la mirada mientras sonreía y soltaba una carcajada. Y dijo lo de siempre:

—Vale, chicas. No esperéis levantadas a vuestro viejo padre.

Samantha estaba bien, supongo. Aprendía a ajustarse al Nuevo Programa. Me daba lástima: se notaba que lloraba en secreto porque sabía que el llanto irrita a papá. Aunque debo admitir que a mí también me llegó a exasperar (ver llorar a Samantha me hacía querer llorar, así que no, gracias).

Samantha tenía amigas en el colegio, pero no vivían cerca, de modo que cuando mamá no estaba para llevarla en coche, se encontraba atrapada en casa. Estaba sola y melindrosa. Solo por llamar la atención, a veces preguntaba cinco o seis veces al día si había llamado mamá y si había escuchado el contestador. Algunas veces llegaba a entrar en mi habitación durante la noche, cuando yo ya me había quedado dormida por fin, y preguntaba:

—Franky, ¿has vuelto a escuchar los mensajes esta noche?

Por supuesto, habríamos podido llamar a mamá nosotras, pero ella casi nunca contestaba y no tenía contestador. Le pregunté por qué y me dijo, evasivamente:

—Los teléfonos me ponen nerviosa; nunca sabes quién te puede llamar.

A mamá tampoco le daba por el correo electrónico; decía que los ordenadores la ponían nerviosa y no se llevó su portátil a Skagit Harbor.

Papá también estaba fuera de nuestro alcance muchas veces. En ocasiones llamaba algún ayudante:

—¿Francesca Pierson?

Después de una larga espera y una serie de *clics*, se ponía papá, con una voz fuerte que me retumbaba en los oídos y dando la impresión de que estaba muy ocupado.

—Hola, cariño. ¿Qué me cuentas?

Por alguna razón, cuando no estaba en el extranjero, siempre pensaba que era yo quien había llamado.

—Pero, papá, tú me has llamado a mí.

—Ah, sí?

Parecía despistado y distraído. Entonces se reía, como si alguien más nos hubiera jugado una broma a los dos y Reid Pierson fuera demasiado buena persona como para ofenderse.

—Bueno, pues solo quería saludarte, cariño. ¿Está por ahí tu madre?

Si contestaba que sí, papá decía rápidamente:

—No, no, Franky. No necesito hablar con ella. Solo preguntaba.

Después de que papá colgara, yo me quedaba de pie con el teléfono al oído como hipnotizada, como si esperara que volviera a oírse una voz.

Entonces, en junio, la hermana mayor de mi madre, la tía Vicky, que era mi favorita de todos mis familiares, tanto del lado de los Connor como de los Pierson, empezó a enviarme mensajes por *e-mail*. La tía Vicky había inten-

tado hablar por teléfono conmigo cuatro o cinco veces y por alguna razón yo nunca le devolví las llamadas.

(Quizá no quería que notara en mi voz un tono débil y asustado. Ella era muy lista y percibía cosas que ni mamá captaba.)

Hola, Franky:

Solo quería ver cómo andas. Te echo de menos. ¿Y si organizamos un viaje para este invierno? Estoy pensando en Costa Rica.

¿Cómo estás Samantha y tú? Llámame mañana, ¿vale? Gracias.

Muchos besos,
Tía Vicky

Bien, pues no la llamé. Estaba resentida con ella por entrometerse. Me preguntaba qué le habría contado mamá. Me preguntaba si habría algún secreto sobre mi madre y mi padre que la tía Vicky conocía y yo no.

Querida Franky,

Estoy algo preocupada; no contestas el teléfono y no respondes mis *mails*. ¿Quieres que me acerque por ahí? ¿Este fin de semana?

Muchos besos,
Ya sabes quién

Le escribí rápidamente:

Querida tía Vicky,

Samantha y yo estamos bien. Las cosas están bien por aquí. No tenemos clases hasta septiembre.

Miré fijamente el monitor durante cinco o diez minutos... finalmente añadí:

Por favor déjanos en paz, tía Vicky.
Un abrazo,
Franky

(¿Por qué estaba tan enfadada con la tía Vicky? En realidad la quería mucho. Nos llevábamos muy bien, disfrutábamos con el mismo tipo de bromas, a las dos nos gustaba nadar y la naturaleza. Ella me había llevado a muchos sitios; por ejemplo, cuando yo tenía 12 años hicimos un viaje inolvidable a las montañas del norte de México para observar la migración de las mariposas monarca. También estaba colada por Samantha.)

Sin embargo, no llegué a hacer *clic* en el botón de Enviar. Después de pensarla un rato, pinché el botón de Borrar.

* * *

Había una vez una chica marioneta llamada Franky Pierson. Yo quería que la gente se quedara asombrada de lo estupendamente normal y totalmente cuerda que era.

Por ejemplo: ayudé a la madre de Jenn Carpenter a organizar una fiesta sorpresa para Jenn cuando cumplió dieciséis años. La fiesta era para el 20 de junio, la víspera de su cumpleaños. Durante semanas enteras estuvimos haciendo planes por teléfono y correo electrónico. (En todo este tiempo, cada vez que la señora Carpenter me preguntaba por mi madre, le contestaba que estaba «muy bien» y «trabajando en su obra».) Twyla y yo teníamos la misión de fingir que íbamos a recoger a Jenn en su casa para ir al cine. Cuando Jenn entró en el salón, dónde la esperábamos, había 23 amigos suyos más algunos parientes e incluso su padre, que había adelantado el regreso de un viaje de negocios a Río de Janeiro. Cuando empezamos a

cantar «Cumpleaños feliz» Jenn se quedó boquiabierta, literalmente: tenía la boca totalmente abierta, fue muy gracioso. Su madre estaba grabando en vídeo. Había globos y montones de regalos. Alguien le puso a Jenn un sombrero con purpurina. Nos reímos muchísimo. Me quité las lágrimas de los ojos con las manos, al ver lo sorprendida que estaba Jenn y lo mucho que la querían todos y cuánto los quería ella.

Me vino este pensamiento a la cabeza: *Quisiera ser tan joven como ella.*

—¿Francesca? Soy yo.

Después de algún tiempo, adquirí una nueva costumbre cuando mamá llegaba a casa. A veces, yo no estaba, y si estaba, no salía de mi habitación para saludarla. Me quedaba en el ordenador, navegando por la Web, haciendo clic en enlaces que me llevaban a lugares lejanos (me empezaba a interesar la paleontología; excavaciones paleontológicas en Montana o Wyoming, donde se descubrían huesos de hace cien mil millones de años, donde el tiempo era claro y seco y se podía ver a muchos kilómetros sin que hubiera lluvia o niebla continuamente). Oía su coche cuando llegaba, a Samantha corriendo, a Conejo que ladra, y sabía que mamá estaría preguntándose dónde estaba yo, esperando a que saliera a para darle un abrazo. Yo pensaba, *pues que espere, que se lo pregunte.*

Al poco tiempo, se iba papá. Y cuando él volvía, ella se iba de nuevo a Skagit Harbor. Mucha gente que vive en esta zona trabaja bastante lejos y hace largos desplazamientos, tanto en ferry como en coche, así que yo me imaginaba que mamá y papá estaban constantemente viajando entre la casa y el trabajo. Lo más extraño es que Skagit Harbor está relativamente cerca de Yarrow Heights;

una hora en coche hacia el norte por las estribaciones de los montes Cascade.

Samantha seguía insistiendo:

—¿Por qué no podemos ir contigo? ¡Lo prometiste!

Mamá hizo girar su anillo con nerviosismo y dijo:

—Cariño, ya sé que lo prometí. No me he olvidado.

Pero ahora no es el momento adecuado.

Samantha dijo, levantando la voz:

—Entonces, ¿cuándo?

Y mamá respondió:

—Cuando tu padre lo diga.

En otra ocasión Samantha dijo:

—Mamá, papá está de viaje hasta el viernes. Podríamos ir contigo a la cabaña y nos traes antes de que vuelva papá. Él no se enteraría.

Vi a mamá mirarme preocupada, con miedo en los ojos, y supe que estaba deseando que a mí no me pareciera una gran idea. Me pareció horrible verla tan asustada y débil. Creo que la cara y los ojos se me endurecieron. Mamá dijo:

—Samantha, no. No es buena idea; papá se pondría furioso con nosotras, con todas nosotras.

* * *

Pero el día que Samantha preguntó a papá cuándo podríamos visitar a mamá, él dijo con aire sorprendido:

—Cariño, eso no depende de mí, depende de ella.

(Últimamente papá se refería a mamá como «ella». Ya nunca decía «vuestra madre» o «Krista».)

Samantha protestó:

—Pero, papá, mamá dice que depende de ti. Dice que te preguntemos a ti.

—No, ella hace como si fuera así, pero no es cierto.

Confundida, Samantha se quedó de pie, parpadeando una y otra vez. Tenía el aspecto de una niña abandonada en la mediana de una autopista mientras el tráfico le pasa a toda velocidad por los dos lados.

—Papá, ¿por qué no vamos todos a la cabaña de mamá, solo durante un ratito? ¡Quiero ver la cabaña de mamá!

La voz de Samantha sonaba fuerte y aguda. Yo sabía que era un error, pero no había forma de pararla. Siguió en el mismo plan, lloriqueando de forma infantil, tirando a papá del brazo, hasta que él perdió la paciencia, le agarró la muñeca y se la retorció. Samantha gimió como si fuera un pájaro herido y cayó apoyándose sobre una de sus rodillas. Papá la soltó, respiró hondo y dijo con voz tranquila y controlada:

—Ya te lo he dicho, Samantha, no te lo voy a repetir. Más os vale a las dos tener esto muy claro: depende de ella, no de mí.

Samantha se mordió el labio inferior para no llorar; sabía que más le valía.

Cuando nos acostamos esa noche, Samantha tenía la muñeca rodeada de marcas rojas donde los dedos de papá le habían retorcido. A la mañana siguiente, parecía que llevaba puesta una pulsera de moratones.

Me dio lástima Samantha, pero bueno, fue ella quien provocó a papá. Iba a tener que aprender a no hacerlo.

Tal y como yo lo aprendí cuando tenía más o menos su edad.

No fue sino hasta dos días después cuando mamá notó lo de la muñeca de Samantha. No fue sino hasta dos días después cuando vino a casa y por tanto pudo notar cualquier cosa.

—Samantha, ¿qué es esto? ¿Qué te ha pasado en la muñeca?

Samantha murmuró:

—No sé, quizás me... me he caído, supongo.

—¿Te has caído? ¿Dónde? —dijo mamá, preocupada.

Samantha se apartó bruscamente, sin dejar que la tocara, y dijo con desprecio:

—Pues dónde me voy a caer... ¡en el suelo!

Esto fue en junio.

Junio fue un mes muy largo.

En principio yo iba a pasar dos semanas en el Campamento de las Artes en la isla de Bainbridge, donde iban a ir algunas amigas del instituto, pero nunca llegué a llenar la solicitud y supongo que a mamá también se le olvidó. Cada semana, papá prometía que nos iríamos unos días al cabo Flattery, donde algún adinerado hombre de negocios de Seattle tenía una casa junto al mar, pero (de algún modo me enteré) a papá le daba vergüenza aceptar una invitación sin su mujer. ¿Cómo iba a explicar la ausencia de su esposa, a menos que pudiera convencer a Krista de que acompañara a la familia? (Yo oí ciertas llamadas. No estaba espiando, pero estaba cerca y escuché.) Además, muchas personas querían que Reid Pierson se quedara con ellas en sus hermosas casas de verano: ¿cómo escoger entre todas? Y era temporada de béisbol. Y se despidió a María (papá la echó, sin que nos enterásemos de la causa). Y Samantha pilló una bronquitis de verano. Junio fue eso.

6

Cabo Flattery: 4 de julio

—Nos lo podemos pasar bien, ¿verdad, Franky? ¿Aunque mamá no esté con nosotros?

Finalmente, para la fiesta del 4 de julio, papá nos llevó al cabo Flattery, que es prácticamente el punto más al oeste y más al norte de la península Olympic. Estábamos emocionadísimos. Era la primera excursión que hacíamos con nuestro padre en mucho tiempo. La cabaña de los Blount, como la llamaban, estaba unos diez kilómetros al sur del cabo, construida sobre un gran promontorio rocoso con vistas a las olas verdosas de espuma blanca del océano Pacífico. Papá nos prometió que iríamos en velero y veríamos las ballenas. Los Blount tenían dos hijos y una hija, de modo que tendríamos con quien *relacionarnos*.

Había también la posibilidad de que mamá se nos uniera durante el largo fin de semana. Al menos, eso es lo que papá insinuó. Pero justo la mañana en que salíamos hacia el cabo Flattery, papá nos dijo que había habido un repentino cambio de planes.

—Ha cambiado de opinión, chicas. Acaba de llamar y ha dicho que no viene.

Samantha preguntó, llorando:

—¿Por qué? ¿Por qué no viene mamá?

Papá se encogió de hombros.

—Cariño, vas a tener que preguntárselo a ella.

Más tarde, papá dijo con un tono de voz que daba a entender que la perdonaba:

—Como os he dicho, chicas, está en su propio espacio, «Skagit Harbor».

Cada vez que papá hablaba sobre mamá, sus palabras parecían cobrar un significado nuevo y cada vez más misterioso.

Primero, te juran que no hay «nadie más». Luego, más adelante, te enteras de que no solo sí hay «alguien más», sino que ese «alguien más» es la causa de toda esa conducta extraña: las peleas, los llantos, los empujones, las borracheras que te hacen avergonzarte incluso de conocer a esas personas, y no digamos de que sean tus padres. Y claro, también hay un divorcio. Y se alarga muchísimo. Nunca termina, porque también está dentro de ti. Lo llevas contigo a cualquier sitio donde vayas, como una tortuga con la concha deformada.

Eso es lo que me habían dicho amigas de Forrester cuyos padres se habían divorciado. Las escuchaba, pensando: *Pero los Pierson no; somos especiales*.

El moratón que Samantha llevaba como una pulsera casi había desaparecido. Solo lo notabas si sabías que estaba allí. En el coche de camino al cabo Flattery, Samantha se sentó delante, junto a papá, y yo fui atrás repantigada,

leyendo y escribiendo en mi diario. Noté que Samantha examinaba su muñeca de vez en cuando, levantando el brazo para que le diera la luz.

Desde que papá la había reñido, Samantha se portaba mejor delante de él. Creo que yo también.

Cuando llegamos a la cabaña de los Blount era media tarde. Papá tuvo problemas para encontrarla, ya que la parcela estaba apartada de la carretera, dentro de un espeso bosque de coníferas. Nos había estado contando sobre los Blount, que eran amigos muy leales que le apoyaban mucho. El Sr. Blount era multimillonario y famoso en la zona por sus donativos generosos a causas sociales y obras de caridad. Como era un ex alumno distinguido de la Universidad de Washington, había creado una serie de becas especiales para deportistas; el año pasado había dado una beca con el nombre de papá, la Beca Reid Pierson de Fútbol Americano para la promoción de 1978. Papá no salía de su asombro.

—Fue uno de los más grandes honores de mi vida, os lo aseguro. Quedé totalmente sorprendido.

Cuando papá se expresaba así, yo no sabía si hablaba solo con Samantha y conmigo o se dirigía a otro público distinto, invisible. A veces, casi podía ver a esos espectadores, detrás de las luces cegadoras. Podía oír sus hurras y sus aplausos.

Finalmente, papá encontró la entrada a la finca de los Blount. Era un camino lleno de baches y montículos que habría necesitado un todoterreno. Papá maldecía en voz baja y Samantha y yo estuvimos muy calladas. Tras unos 400 metros, llegamos a un claro lleno de sol donde se levantaba la cabaña de los Blount, tan impresionante que nos dejó boquiabiertos. Papá susurró alegramente:

—Eso es clase, chicas. Dinero y buen gusto.

La cabaña era del tamaño de un pequeño hotel; estaba

hecha de troncos de secoya y piedra, con numerosas puertas correderas, balcones y grandes terrazas. Había hermosas chimeneas de piedra, una especie de gárgolas con motivos indios y tótems usados con fines decorativos. Detrás de la casa se extendía el farallón y una amplia vista del océano. Por una vez, no había bruma que cubriera el horizonte.

Había al menos ocho vehículos estacionados en el camino para coches que formaba una herradura delante de la casa. Se me cayó el alma al suelo: no me había imaginado que iba a haber tantos invitados para la fiesta del 4 de julio. De alguna manera, la forma de hablar de papá nos había dado la impresión de que los únicos invitados íbamos a ser Reid Pierson y su familia.

Papá se puso de buen humor enseguida. Estrechaba manos, repartía besos, daba abrazos. Todo el mundo conocía a Reid Pierson y todo el mundo se sentía atraído por Reid Pierson. De vez en cuando, papá se acordaba de que Samantha y yo veníamos con él y nos hacía señas para que nos acercáramos o chasqueaba los dedos como un mago:

—¡Chicas! Sam-Sam y Franky, venid aquí.

Papá estaba orgulloso de sus hijas y quería que todo el mundo lo supiera. Samantha era una alumna aventajada en Country Day y Franky era una estrella de la natación y salto del equipo femenino de Forrester. Todd, que no había podido venir, era un excelente jugador de fútbol americano en la Universidad de Washington.

Cuando le preguntaron por mamá, sonrió con ironía y sacudió la cabeza.

—Krista me pidió que la disculpara. Le ha dado mucha pena no haber podido venir con nosotros. Su familia en Portland depende mucho de ella; la llaman constantemente para que les ayude con sus «crisis»...

Durante un momento dudé si sería cierto. ¿Mamá no está en Skagit Harbor sino en Portland? ¿Será por eso que la tía Vicky me había llamado y escrito?

En cuanto vi a los Blount, especialmente a la señora, que tenía más o menos la edad de mamá pero arregladísima, rubia y glamourosa, tal como mamá ya no quería ser, sentí mucha nostalgia por nuestra casa y por mamá. En este lugar tan bello, el 4 de julio, me sentí sola, fuera de lugar y tímida. Samantha y yo éramos como huérfanas en una fiesta en la que todo el mundo se conocía, había niños correteando por todas partes y personas desconocidas que llevaban bebidas y decían a gritos:

—¡Feliz 4 de julio! Qué tiempo más bueno hace, ¿eh? Menos mal.

Otra variante graciosa era:

—Qué tiempo más bueno. Lo ha mandado poner Bud. La Sra. Blount me tomó las dos manos y dijo:

—Te llamas Franky, ¿verdad? Siento mucho que tu madre no haya podido venir. Espero que la «crisis familiar» no sea muy grave.

—La muerte de algunas personas, quizás.

Este fue un comentario inspirado por el Monstruo, al que yo no me pude resistir. ¡La expresión de la cara estirada y maquillada de la Sra. Blount fue genial!

—Ay, cariño! Espero que... no sea...

Pero aun así, ella quería imponer un ambiente optimista en su fiesta y necesitaba mi ayuda; éramos como dos personas torpes en una piragua que se hunde, luchando por manejar unos remos demasiado grandes.

Musité una respuesta vaga que podría interpretarse como *Da igual, no va a durar mucho*, y la Sra. Blount fingió sentirse aliviada al oír esto y me sonrió y me apretó las manos en un gesto de apoyo maternal. Pero su mirada me pasó de largo y se posó en otro invitado más prometedor, que acababa de llegar.

—Perdona, cariño, luego hablamos.

Entonces se acercó a saludarme nuestro anfitrión, Bud Blount. Era un hombre jovial, de unos cincuenta años, con la cara roja, el pelo canoso y una *uve* de pelo más oscuro en la parte de pecho que dejaba ver su camisa.

—Tu padre dice que eres una nadadora excelente, ¿eh? ¿También saltas? Yo también, quiero decir, antes, cuando estaba en la universidad. Ven conmigo, cielo.

Me iba a enseñar su piscina olímpica, que se veía desde un extremo de la terraza de madera de secoya, pero se distrajo con otros invitados, entre ellos mi padre, que estaban alabando el vino y preguntándole de qué cosecha era. Yo me habría escapado mientras hablaban, pero el Sr. Blount me agarró el brazo.

Me dijo:

—Mi hijo de dieciséis años, Sean, es un gran saltador también. ¿Sean? ¿Dónde está Sean, Leila? ¿Sabes? Voy a proponer que estos dos chavales tan sexy se pongan el bañador y nos agasajen con un pequeño espectáculo. Apuesto a que lo hacéis de maravilla. Mis días de saltador ya han pasado.

Soltó una risita, tocándose con la mano la barriga que sobresalía por encima del cinturón de su pantalón corto color caqui.

—Ahora solo puedo tirarme de panza, pero vosotros estáis en una forma estupenda.

El Sr. Blount no solo me tiró de la coleta cariñosamente, como si tuviera cinco años, sino que además hizo un ademán juguetón como de pellizcarme la cintura, que llevaba al aire.

¡Eh! Eso no me gustó nada. Pero sucedió muy deprisa, y era evidente que el Sr. Blount no era una mala persona, solo intentaba ser amigable y hacerse el gracioso como papá cuando a veces bebía. Así que me resistí al impulso

de darle un empujón para apartarlo. Le di la excusa de que no iba a nadar o saltar porque estaba en «ese momento del mes». Esto fue un truco del Monstruo: actué como si de verdad estuviera abochornada, lo que hizo que el Sr. Blount, a su vez, se abochornara, al entender lo que le decía. Su cara redonda se puso todavía más roja y musitó:

—Bueno, eh, lo siento.

—En otra ocasión, quizá. Vuélvanos a invitar.

A Samantha y a mí nos tocó una habitación con literas en la planta de arriba y la habitación de papá estaba justo enfrente. Resultaba extraño estar en un sitio como este, parecido a un hotel, sin que mamá estuviera cerca para supervisarnos. Samantha susurró:

—Podríamos llamarla, Franky, ¿no? Solo para saludarla.

Pero el móvil era mío y yo veté la idea.

No me molesté en sacar de la maleta la mayor parte de mis cosas; a fin de cuentas solo nos íbamos a quedar tres noches.

Iba a haber una barbacoa fuera, lechón asado. El olor de la carne asándose lo llenaba todo y resultaba a la vez apetitoso y asqueroso. (Twyla era vegetariana y yo también me había propuesto serlo, pero sabía que a papá le molestaría: lo llamaba «una tontuna de hippies».) Sentía que el Monstruo dentro de mí estaba cada vez más inquieto y me preguntaba por qué estaba yo en aquel lugar, por qué no había tenido el valor de decirle a papá que prefería pasar el 4 de julio en Skagit Harbor con mamá.

Jamás lo harías. No te atreves.

¿Sabes lo que eres? Una hipócrita.

La voz del Monstruo en mi cabeza estaba cargada de desprecio.

Antes de la cena, cuando todavía había luz, el Sr. Blount nos llevó a algunos de sus invitados en el *Triumph II*, su velero de 15 metros, a ver las ballenas. Yo estaba emocionada, me encantan esas ballenas asesinas no muy grandes que tienen una relación bastante curiosa con los humanos. Pero el aire marino estaba muy frío, el viento nos salpicaba y nos mojaba la cara y el tiempo ya no parecía de verano, era más como de noviembre. A Samantha le daba miedo la forma en que el barco saltaba y se ponía de lado con las olas.

El Sr. Blount estaba al timón y papá ejercía de segundo de a bordo. Los dos hombres reían y gritaban:

—¡Ballena! ¡Ballena a la vista a estribor! ¡Mantened los ojos bien abiertos!

Mantuvimos los ojos abiertos pero no vimos las ballenas. O si las vimos, no supimos lo que veíamos entre las olas porque salían a la superficie y se volvían a zambullir casi enseguida. Llegué a pensar si las ballenas nos estarían tomando el pelo, si se reían de nosotros. Después de unos quince minutos, a Samantha se le empezaron a poner morados los labios y las uñas y estaba tiritando tanto que me fui a la cabina a buscar un jersey y la envolví con él. Samantha intentó, con toda su buena intención, ver lo que papá señalaba, pero estaba como en trance, con la mirada perdida. El barco saltaba, se inclinaba y se tumbaba. El viento nos succionaba el aliento. Yo no podía ver ni la casa de los Blount, en lo alto del promontorio, debido al agua que salpicaba y a la bruma. De todas formas, el ambiente en el *Triumph II* era bastante festivo, ya que los adultos habían estado bebiendo. A fin de cuentas, era una fiesta: el 4 de julio.

Los hermanos Blount, Sean y Chris, habían venido con nosotros. Sean era el típico chaval de instituto: uno de esos tíos que te miran de reojo como si te estuvieran eva-

luando y quizá les gusta lo que están viendo o quizá no. Desde que nos presentaron, en la casa, Sean parecía indeciso respecto a mí, impresionado porque era la hija de Reid Pierson pero no muy convencido de que fuera lo suficientemente guapa o sexy como para perder el tiempo conmigo. Yo solo tenía un año menos que Sean, pero probablemente pensó que era todavía más joven. A la vez, parecía que le caía bien. Quería impresionarme. Tenía unos prismáticos y me los prestó para ver las ballenas a lo lejos mientras salían a la superficie y saltaban para pescar, con la cara estilizada y brillante en el aire, y luego volvían a desaparecer.

—¿Las ves? ¿A que molan?

Le di las gracias y le pasé los prismáticos a Samantha.

Sean me dijo que le gustaría cazar ballenas como en *Moby Dick*, con un arpón.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer algún día? Atrapar una ballena bebé con una red y entrenarla en nuestra piscina. Y grabarla en vídeo.

Me pregunté si lo decía en serio. Parecía que sí.

—Eso es ilegal, ¿no?

Sean sonrió y se encogió de hombros.

—¿Quién se iba a enterar? ¿La Guardia Costera? ¿El FBI?

Después de media hora de luchar con las olas, el Sr. Blount dio la vuelta al barco y nos dirigimos al muelle, donde nos esperaba el olor dulce-asqueroso del lechón asado.

Los adultos volvieron a la fiesta de la terraza de madera, pero Sean tenía algo que enseñarme, su *zoo privado*. Caminamos cuesta arriba desde el muelle hasta una zona con hierba detrás del garaje para tres coches, donde Sean y Chris tenían una serie de jaulas. Samantha y yo nos quedamos calladas al ver la colección de animales de los dos hermanos: una liebre, un cachorro de zorro, dos mapaches nerviosos y un búho joven. Sean se jactó:

—¿A que mola mazo? Sobre todo el zorro. Su madre viene por aquí y hace unos sonidos como de ladrar o maullar —se rió—. Si no se anda con cuidado, también la vamos a cazar a ella. ¿Ves la trampa?

Por fortuna era una trampa de jaula, no un cepo.

Sentí como si algo ardiera dentro de mí: ¡estaba totalmente asqueada! Pero me las arreglé para hablar con tranquilidad.

—¿De dónde los habéis sacado? —pregunté como si estuviera realmente impresionada.

Sean señaló hacia el bosque.

—De aquí cerca. Hay una reserva natural por esa parte. Los cazamos. Hay miles, no pasa nada. Quiero decir, no son especies en peligro de extinción ni nada.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

Sean encogió los hombros.

—¡Qué más da! Molan mazo.

Chris emuló a su hermano mayor, sonriendo:

—Molan mazo.

—A vuestros padres no les importa?

Sean volvió a encoger los hombros.

—No pasa nada.

Samantha miraba fijamente a la liebre. Era mucho más grande que uno de esos conejitos que venden en las tiendas de animales en época de Pascua. Era un animal hermoso y triste, con ojos oscuros y húmedos, el hocico tembloroso y unas orejas extrañamente cortas, medio gachas. Dijo:

—¿No os dan pena los pobrecitos?

—¡Qué va! Los alimentamos muy bien.

Aunque eso no era verdad. Los comederos de plástico estaban casi vacíos y no demasiado limpios. Las jaulas estaban sucias. Chris pinchaba a los mapaches con un palo y se reía de su terror. Uno de los mapaches mordió el palo y casi se lo arrancó de la mano.

—¡Eh, cuidado! —dijo Chris enfadado.

Por alguna razón, esto era gracioso: los dos hermanos se rieron. Samantha y yo intentábamos dar de comer hierba a la liebre, pero estaba apática y se alejaba de nosotras. Sean echó comida de perros a las jaulas pero ninguno de los animales comió. El zorrito, que era como del tamaño de un gato adulto, jadeaba agazapado al fondo de la jaula de alambre, mirándonos sin parpadear con sus ojos color miel. Su pequeño pecho se hinchaba y deshinchaba rápidamente. El búho también nos miraba sin parpadear. *Necesitamos ayuda. Os necesitamos. ¡Salvadnos!* Pensé cómo reaccionaría mi madre. Una vez más, esa sensación caliente pasó por mi cabeza como una llama, un sentimiento de Monstruo que me excitaba. Samantha decía, preocupada:

—Se sienten solos aquí, están muy solitos. ¡A mí no me gustaría estar en una jaula! Deberíais soltarlos para que se vayan a su casa.

Sean dijo:

—Claro; cuando nos dé la gana.

No quise despertar su desconfianza. Hice unas cuantas preguntas más o menos cortésmente, haciendo ver que estaba impresionada, y entonces nos volvimos a la terraza, donde había un gran bufet y todos empezaban a comer.

Apenas oscureció, empezaron los fuegos artificiales del Sr. Blount. Había contratado a alguien de Seattle para que los montara. Todos empezaron a decir *oooh!* y *aaaah!* como niños pequeños, con la vista hacia arriba, admirando las luces multicolores que estallaban como estrellas, y cubriendo los oídos con las manos por el fuerte ruido. Al principio no encontraba a papá, pero luego lo vi al final de la terraza rodeado de admiradores. Estaba de un humor festivo y tenía un brazo sobre el hombro desnudo de una mujer muy joven con el pelo rubio extraordinariamente liso. De vez en cuando nos gritaba a Samantha y a mí:

—¡Eh, chicas! ¿Os lo estáis pasando bien? Los fuegos artificiales son estupendos, ¿verdad?

Me acordé de la promesa: *nada de divorcio. Ni ahora ni nunca.*

Rápida y astuta como el Monstruo, me escabullí de la fiesta mientras todos miraban los fuegos artificiales.

Inmediatamente fui a nuestro coche, que estaba delante de la casa. Sabía que papá solía tener una linterna en la guantera, así que la cogí y luego fui sigilosamente hasta el «zoo privado» de detrás del garaje de los Blount.

—¡4 de julio! ¡El día de la independencia! ¡Allá vamos!

Abrí la puerta de las jaulas una a una. Primero los mapaches, luego el zorro, luego la liebre, luego el búho. Mi corazón palpitaba como loco. No sabía si estaba muerta de miedo o emocionada. Me temblaban las manos. Al principio, ninguno de los animales se movió. Me tenían miedo y estaban agazapados en las jaulas. Los ojos del pequeño zorro me observaban fijamente, como pequeños reflectores amarillo miel. La liebre temblaba tanto que podía verla moverse. Me aparté de las jaulas y bajé la linterna.

—¡Fuera! ¡A vuestra casa! ¡Sois libres!

Seguían sin moverse.

En el cielo, encima de la casa de los Blount, los fuegos artificiales seguían estallando y floreciendo. Los *ooohs* y *aaaahs* sonaban más fuertes; los invitados estaban más borrachos. Sentí un asco enorme. Si los animales pudieran pensar, ¿qué pensaría de nuestra especie? Capaces de una conducta tan tonta y extravagante y a la vez tan crueles y egoístas. Como los hermanos Blount. Crueles porque eran egoístas e ignorantes, se comportaban como si los animales no fueran *reales*, como si no tuvieran sentimientos como ellos.

Finalmente, el mapache más grande saltó desde su jaula y echó a correr frenéticamente hacia el bosque sin mirar atrás. El otro mapache fue más cauto pero le siguió. La liebre estaba como paralizada y sus ojos parpadeaban a espasmos, pero el zorro se acercaba a la puerta de la jaula, olfateando como si sospechara algún truco. El búho no había movido ni una pluma. Me alejé todavía más y apagué la linterna.

—¡Venga! ¡Todos a casa!

Mientras corría hacia la casa de los Blount me sentí *muy feliz*.

Era un «subidón» de Monstruo de Ojos Verdes, como adrenalina.

A la mañana siguiente, cuando los hermanos Blount dieron la voz de alarma respecto a que alguien había saqueado su zoológico privado, yo fui enseguida la principal sospechosa, así que me encogí de hombros y lo admití.

—Sí, lo he hecho. Yo he abierto las jaulas.

Todos me miraron. Los Blount, mi padre, Samantha.

Me miraban como si fuera una especie de criminal. Solo me reí.

Sean dijo enfadado:

—¡No tenías ningún derecho! ¡Esos animales eran *nuestros*!

Una estrategia del Monstruo es estar preparado. Yo había estado ensayando lo que les diría. Me planté con las manos en la cintura y la barbilla levantada y dije tranquilamente:

—Esos animales no eran vuestros; son animales salvajes. No os pertenecían.

A continuación se produjo una escena muy desagradable. No esperaba que nadie me felicitara, pero tampoco

me imaginaba que los Blount fueran a enfadarse tanto. Sabía que Sean y Chris se iban a quedar lívidos, pero pensaba que las personas mayores iban a reaccionar de forma diferente, aunque no fue así. Me di cuenta de que había hecho un cálculo equivocado. Aun así, intenté mantener la compostura. Dije:

—Solté a los animales porque es ilegal mantener animales salvajes en jaulas, y es cruel, y no me arrepiento.

Papá dijo:

—Francesca, pide perdón a estas personas. Pide perdón ahora mismo.

—Papá, no puedo. No me arrepiento.

—Te he dicho que pidas perdón. Ahora mismo.

Me imagino que esto fue lo que enfureció a papá. Estaba siendo testaruda como el Monstruo al decir:

—No puedo y no quiero. Lo que hice está bien y no me arrepiento.

Papá se estaba enfadando mucho. El Sr. Blount se dio cuenta e intentó tranquilizarlo.

—Reid, no importa. Los chicos pueden volver a aprovisionar su zoo; hay muchos más animales en este bosque.

Pero papá le interrumpía constantemente, diciéndome que pidiera perdón. Yo tuve que sacudir la cabeza para decir que no, no podía. Finalmente, papá perdió el control, me agarró del brazo y me sacudió, me sacudió y me sacudió tan fuerte que oí dentro de mi cabeza cómo golpeaban mis dientes.

—¡Joder! ¡Te estoy diciendo que pidas perdón a estas personas, Francesca, o te voy a romper todos los huesos de tu cochino cuerpo!

—¡Reid, no! ¡No lo hagas!

—¡No, Reid, por favor!

Tanto el Sr. Blount como su mujer intervinieron, alarmados. El Sr. Blount tiró de los dedos de mi padre hasta que logró que me soltara y yo salí de la habitación llorando.

Papá nos llevó de vuelta a Yarrow Heights esa misma mañana.

Nuestra visita del 4 de julio a cabo Flattery había terminado abruptamente.

En el coche, el silencio, pesado como una piedra, duró horas. Ni siquiera sonaba la radio o un CD. Samantha, sentada delante junto a papá, terminó una novela de Nancy Drew y empezó otra. Solo unas pocas veces se atrevió a echar un vistazo atrás, a su hermana mayor caída en desgracia, que iba tumbada en el asiento trasero con una tela húmeda sobre la cara, tratando de no soltar ni un solo gemido de dolor. La cabeza me martilleaba y tenía un fuerte dolor en el cuello y la parte superior de la columna. Lo único que sabía era que el Monstruo había hecho lo correcto y ahora el Monstruo tendría que aceptar el castigo por haberlo hecho.

Había visto a los mapaches salir corriendo hacia el bosque. La liebre había despertado de su trance. El pequeño zorro había olfateado con cautela. Y el búho, con sus suaves plumas grises y su mirada feroz y penetrante, había salido volando por fin...

Sí, a veces tienes que aceptar el castigo por haber hecho lo correcto.

7

Vergüenza

Te voy a romper todos los huesos.

Todos los huesos de tu cochino cuerpo.

Esas noches despertaba cada hora oyendo la voz de mi padre cerca de mí. Sudaba y el corazón me latía deprisa, no con la emoción de ser el Monstruo sino con pánico. Sentía los dedos clavándose en mis brazos con odio hacia mi testaruda carne. Sentía el sabor de la vergüenza por aquel espectáculo, como algo podrido y negro dentro de mi boca. Y los ojos de los demás, mirándome. Y mis propios ojos, mirando.

No era la primera vez. Pero era la primera vez que me había reñido delante de extraños.

Reid, no. No le hagas daño, Reid. Reid...

Mantente fuera de esto, es necesario disciplinarla. Mírala, ni siquiera llora.

Está aterrorizada, Reid. No puede llorar...

Apártate, joder. Sí que te has lucido como madre.

Al despertar, no podía acordarme. Lo que recordaba

era un sueño, ¿no? Un sueño muy feo. Y a veces, aunque estaba consciente, no podía mover los brazos o las piernas, solo los ojos. Podía abrir los ojos y ver las proporciones de la habitación como entre la bruma (¿qué habitación era? ¿qué cama era esta?), pero no me podía mover, casi no podía respirar. *Lo ha hecho sin querer, cariño. Solo tiene dos años. No puede razonar o pensar, cariño. No puede evitar hacérselo encima si tiene miedo. No lo hace adrede. Solo tiene dos años...*

Cerré los ojos y me dormí.

Pasaron los días. Papá rehusaba hablar conmigo.

Si estábamos en la misma habitación, miraba a través de mí. Hacía ostentación de abrazar y besar a Samantha, que saltaba a sus brazos.

—Papi! ¿Te vas a volver a ir?

Por supuesto que papá se iba, a St. Louis. Béisbol, un partido doble. Y eso significaba que mamá volvería. Y sí, mamá volvió, llegó con Conejo en el coche y yo hubiera querido correr con Samantha para darles la bienvenida, pero mantuve la distancia. Me sentía recelesa. *Lo va a saber solo con mirarme. Enseguida se va a dar cuenta.*

Yo llevaba camisas con mangas que me llegaban por debajo del codo. Cuando un rayo de luz me hería los ojos, y me provocaba un fuerte dolor de cabeza, cuello y parte superior de la columna, me ponía rígida, apretaba los dientes y no lloraba. Saqué el botiquín de mamá para conseguir Tylenol extrafuerte. También le robé tres cápsulas de algo indicado para *dolores musculares espasmódicos* pero decidí no tomarlos: podría ser que me gustara demasiado su efecto.

Papá, no puedo. No puedo pedir perdón. Papá, por favor entiéndeme. ¿Por qué no me puedes entender?

—Papá?

* * *

Todos vimos a papá en la tele, mamá, Samantha y yo. Y Conejo.

Nunca nos sentíamos preocupados por papá, tenía mucha confianza en sí mismo y hablaba muy bien (a diferencia de los otros cronistas deportivos que trabajaban con él). Los otros eran inteligentes y estaban bien informados, sabían la historia de los jugadores, sus estadísticas, etc., pero papá sabía otras cosas más personales. Podía hablar sobre la estrategia de cada jugador, su ansiedad antes del partido y lo que se siente cuando se sufre una lesión y hay que abandonar el partido mientras los demás compañeros siguen jugando y ganan. Papá entrevistó a un lanzador de 22 años, de la República Dominicana, que hablaba inglés con mucha dificultad, y papá se mostró entusiasmado e ingenioso, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo; al final de la entrevista hablaron de lo joven que era el lanzador, y papá dijo:

—Tu generación está heredando de nosotros el siglo XXI. Vais a tener desafíos, pero contáis con las agallas y la inteligencia para hacerles frente. Creo que los jóvenes sois maravillosos. ¡Buena suerte!

Estrechó la mano del joven deportista y yo tuve que retener las lágrimas; era como si papá estuviera dándome la mano a mí. Sentí que era una señal: él sabía que yo lo estaba viendo y me perdonaba.

Después de cabo Flattery, papá prácticamente me había ignorado. Ahora yo sentía que había un cambio. Casi no podía respirar. Estaba feliz.

Mamá también había estado secándose las lágrimas durante la entrevista. Cuando acabó, comentó:

—¡Vaya! Vuestro padre sí que tiene magia, ¿eh?

Pero su voz se oía triste y noté que estaba dando vueltas al anillo de plata que llevaba puesto.

Habían pasado dos semanas y tres días desde cabo Flattery cuando papá volvió de St. Louis. Los partidos habían ido bien, los índices de audiencia eran altos. Papá nos llamó alegremente a Samantha y a mí.

—¡Chicas! Decidme que habéis echado de menos a vuestro pobre viejo.

Era la primera vez que papá me miraba a la cara desde aquella mañana en la casa de los Blount. Pude ver que sí, me había perdonado. Me reí y le di un abrazo. Empecé a llorar de tan feliz que estaba.

Papá era así. Se enfadaba muchísimo y decía cosas que no pensaba en realidad; luego se iba, y cuando volvía era como si no hubiera pasado nada. Nunca decía que nos perdonaba o que había dejado de estar enfadado. Simplemente se reía y olvidaba. Y daba por sentado que tú olvidabas.

8

Skagit Harbor: 23 de julio

Cuando papá volvió de St. Louis, había un aire nuevo en la casa. Como si mamá y él hubieran decidido estar felices juntos o, al menos, intentarlo. Los oí hablando seriamente en su dormitorio al final del pasillo. No las palabras, pero sí los sonidos de las palabras, un murmullo misterioso.

Una vez oí algo que sonaba como si mamá estuviera llorando... pero no, debió de ser que mamá se reía.

Creo.

Me vino de parte del Monstruo el impulso de espiarles. *Averigua todo lo que puedas. El conocimiento es poder.* Pero no me atreví. Tenía miedo de que me pillaran.

En el desayuno, papá anunció que pasaría unos días en Nueva York. Entonces nos guiñó un ojo a Samantha y a mí como si nos tuviera guardada una sorpresa y dijo:

—Vuestra madre tiene noticias para vosotras, chicas.

Y mamá, con una sonrisa, dijo nerviosa y emocionada:

—Así es. Mañana vamos a Skagit Harbor.

Miré a papá y durante un instante sentí casi un golpe de temor.

Pero papá sonreía, satisfecho consigo mismo. Estaba dejando ir a sus niñas. Nos hacía un regalo a Samantha y a mí: Skagit Harbor, y un regalo a mamá: Samantha y yo.

—Por qué? Porque puede. Porque él tiene el poder.

Samantha soltó un grito de alegría. (Deseé que no lo hiciera; sabía que papá nos observaba.) Yo me mantuve fría y pregunté:

—¿Cuánto tiempo vamos a estar allí, mamá?

Era una pregunta neutra y sabía que a papá le parecería bien.

Mamá me miró y pestañeó, sonriendo. Estaba dando vueltas y vueltas a su anillo de plata. Echó una mirada a papá, que parecía estar absorto con las noticias de la tele. Mamá dijo:

—¿Cuánto tiempo? No... no sé exactamente.

Adiviné que era decisión de papá y que ella aún no lo sabía.

¡Skagit Harbor! No había estado allí desde... desde antes de ingresar en Forrester. Estaba en octavo, quizás. Y Samantha era pequeñita.

Papá tampoco había ido con nosotros aquella vez, ni Todd.

Es curioso que no pudiera recordar gran cosa sobre las personas. Utilizas tus ojos para ver pero nunca te ves a ti misma, así que lo que ves, sobre todo los lugares, los tienes muy vivos en la memoria, pero a ti misma no. Y ves a tu madre y a tu padre todo el tiempo, pero luego no te acuerdas de qué aspecto tenían. Si no fuera por las fotos, nuestros recuerdos de las personas serían vagos y nebulosos.

Pero sí recordaba muy bien Skagit Harbor. Era una vieja aldea de pescadores junto al río Skagit, al noreste de Puget Sound, al oeste de las montañas Cascade y a una hora en coche desde Seattle. Si sigues conduciendo una hora más, llegas a la Columbia Británica, en Canadá. Hay zonas agrícolas pero también tierras salvajes; vacas y caballos pastando, pero también muchísimos kilómetros de abetos, píceas azules.

Mamá nos iba contando que la gente de la aldea tenía problemas económicos, sobre todo los pescadores. A pesar de ello, a los habitantes de Skagit Harbor les encantaba el sitio donde vivían y estaban orgullosos de sus casas y jardines, aunque no tuvieran mucho dinero.

—¿Veis? Es hermoso, ¿verdad? —Nos decía mamá una y otra vez cuando recorríamos en coche la calle principal, Main Street, hasta llegar a una calle empinada llamada Harbor y luego pasar por calles llamadas Primera, Segunda, Tercera. Samantha y yo lo mirábamos todo con mucha atención. Se notaba lo bien que habían conservado las casas victorianas, incluso las que ya estaban un poco destrozadas. Sin embargo, la calle principal se veía próspera: había media docena de galerías y restaurantes nuevos. Mamá nos señaló la Galería Orca, un pequeño local que daba a la calle, y nos dijo que allí exhibían algunas de sus obras nuevas.

En el extremo oriental del pueblo había un pequeño puerto con viejos barcos pesqueros de aspecto robusto y barcazas oxidadas. En la otra punta había un puerto deportivo con veleros, botes de motor y yates, casi todos de veraneantes, según nos dijo mamá. En una colina en la parte alta de la calle Harbor estaba el Museo Histórico del condado de Skagit, un edificio viejo de piedra que era como un monumento a otro siglo. Había fábricas abandonadas con las puertas y ventanas tapadas con tablas y

un solar abierto que era donde se celebraba el MERCADO DE LOS AGRICULTORES DE SKAGIT HARBOR SAB/DOM. Pasamos por la tienda de Hogan y mamá nos contó que allí compraba casi todo lo de casa. Pasamos por una gran casa victoriana pintada de morado cuyo porche y jardín delantero estaban repletos de *antigüedades* y *objetos artísticos*, como renos hechos de tela plateada rígida con cordones de purpurina en los cuernos, y figuras humanas a tamaño real hechas con perchas de alambre. Pasamos por el Departamento de Bomberos Voluntarios de Skagit Harbor, donde unos hombres, algunos sin camisa, lavaban el camión de bomberos con una manguera. Mamá dio un golpecito al claxon y los hombres la saludaron con la mano. Ella dijo:

—Todo el mundo se conoce en Skagit Harbor.

No era exactamente como Yarrow Heights.

En Yarrow Heights no hay nadie fuera, donde puedas verlos; y no digamos ya tocar el claxon y saludar. Pero en Skagit Harbor era sorprendente ver cuántas personas estaban fuera a las 11 de la mañana entre semana. Vimos personas trabajando en los jardines, podando árboles frutales (había viejos manzanos retorcidos en el jardín delantero de algunas casas, como si esa parte del pueblo hubiera sido antiguamente una gran huerta), reparando coches y camiones en la calle, jugando con niños. Muchos niños. Y perros sueltos. (Conejo temblaba, emocionado, ladrrando desde una ventana trasera del coche.) Pasamos por algunas iglesias pequeñas, cementerios, un grupo de casas móviles («No son *roulottes*, chicas, acordaos: las llaman «*casas móviles*») e incluso un barco pesquero, grande y viejo, que parecía haber sido arrastrado por una inundación desde el río hasta tierra y dejado allí para ser pintado de azul brillante y convertido en casa; la cubierta era ahora una terraza llena de muebles y juguetes y una enorme cantidad

de enredaderas de campanilla. En la terraza estaba una mujer con coletas, más o menos de la edad de mamá, con dos niños pequeños y un perro collie border. También aquí mamá redujo la marcha para saludar con la mano y llamar:

—¡Hola!

Era sorprendente oír a una desconocida responder, con tanta familiaridad y cariño:

—¡Krista, hola!

Mamá dijo, mientras seguía conduciendo:

—Esa es Melanie. Es ceramista, lo mismo que intento ser yo. Es una estupenda amiga y vecina.

Sentí un pequeño pinchazo de celos. Fue algo infantil, ya lo sé. Pero era como si oyera las palabras de mamá tal y como las oiría papá, y sentí que a él le dolerían. *No tienes derecho a querer a desconocidos*.

Samantha estaba encantada con el barco. Decía que ojalá todos nosotros pudiéramos vivir en un barco en tierra.

El camino de Deer Point, que mamá llamaba de broma «el de los barrios bajos», era un camino sin pavimentar que recorría una zona de colinas en las afueras de Skagit Harbor. Detrás había monte, un bosque espeso de abetos. La mayor parte de las casas que daban a este camino eran casitas de verano y cabañas de colores llamativos: dorado oscuro, azul cobalto, verde lima, lavanda e incluso naranja intenso. La cabaña de mamá, que yo recordaba como bastante sencilla y sosa, había sido pintada de rojo oscuro, y las contraventanas y los bordes del tejado empinado, con girasoles como caras sonrientes en amarillo vivo. («Bueno, no lo pinté yo sola; me ayudaron algunos amigos y vecinos.») En la parte delantera de la cabaña había una sola ventana, un cuadrado de cristal, y tras ella se veía un jarrón alto de barro que mamá había hecho en Yarrow Heights con ramas secas de solidago y retama.

—¡Oh, mamá! ¡Qué bonito! —dijo Samantha como si sintiera nostalgia—. Parece una casa de muñecas.

Mamá se rió.

—Sí, más o menos es de ese tamaño.

Papá había dicho, con desprecio, que la cabaña era del tamaño de nuestro salón, pero en realidad era más pequeña. Sentí algo de claustrofobia solo de verla. No me gustaba estar demasiado cerca de nadie y deseaba tener mi propio espacio. Aunque odiaba el mausoleo gigantesco en el que vivíamos, por lo menos allí había *espacio*.

En el estrecho jardín delantero había un saúco antiquísimo que se elevaba por encima de la cabaña. El solar no tenía ni media hectárea; aproximadamente la mitad estaba cuidado y la otra mitad era un prado repleto de flores silvestres. Mamá no tenía una entrada de coches propiamente dicha, solo un camino lleno de baches que llegaba a un final abrupto ante una fila de tomateras emparradas. Tampoco tenía garaje, solo un viejo establo que usaba como trastero. Detrás del establo había otro edificio igual de viejo pero más deteriorado, un granero que en realidad estaba en otra finca, pero que parecía como si fuera de mamá, y que en la parte más alta del tejado tenía una veleta con forma de gallo.

¡Ese gallo! Repentinamente me acordé. Yo era bastante pequeña cuando mamá me trajo por primera vez, y me había inventado historias sobre ese gallo, que era de cobre. Había gallos en la vecindad que cantaban al amanecer, pero para mí era el gallo del granero el que cantaba. Mamá había hecho como si me creyera.

—Sí, Francesca. Es el primero que canta. Y el que canta más fuerte.

Allí estaba mi gallo mágico, después de tanto tiempo. Yo ya era mayor, prácticamente, mientras que el gallo seguía sobre el tejado como si no hubieran cambiado apenas

las cosas. El granero era muy viejo y tenía el techo comido, pero alguien había intentado repararlo con tablas sin pintar. Quería señalar mi gallo a mamá y a Samantha, pero de repente me sentí tímida.

Mamá se reía como una niña mientras abría la puerta de la cabaña para dejarnos entrar.

—Espero que no huele a cerrado. También es mi estudio.

El interior de la cabaña era como el estudio de mamá en casa, aunque más acogedor, con más muebles. Había un sofá cama de rayas amarillas y unas sillas de enea que había pintado ella misma de verde, azul y rojo, compradas en la «tienda de antigüedades» que acabábamos de ver. En el suelo había una bonita alfombra de tejido de cáñamo áspero y en la pared tapices que mamá había hecho ese verano, macetas de barro, figuras de animales y cuadros de punto de cruz. Había una claraboya en el techo y una galería con barandilla donde íbamos a dormir juntas Samantha y yo en una cama de matrimonio con cabecero antiguo de latón; para subir a la galería había que trepar por una escalerilla de travesaños. Yo dije:

—Mamá, qué *guapi*. ¡Me encanta!

Hablé deprisa, antes de poder oír dentro de mí la voz burlona de papá. *Vuestra madre tiene su propio espacio. Allí es donde la encontraréis, cada vez más.*

9

Skagit Harbor: 24-27 de julio

Mamá dijo:

—Aquí me siento en paz conmigo misma. La primera cosa que oigo es el canto de los gallos de una granja que hay en este mismo camino. A veces incluso me levanto a las seis y media de la mañana. Si no hay demasiada niebla, a esas horas saco a Conejo a pasear hasta el puerto y de vuelta. A él también le gusta esto.

Era obvio que a Conejo le encantaba Skagit Harbor. Mamá casi siempre lo dejaba andar suelto, algo que estaba prohibido en Yarrow Heights. Y dentro de la pequeña cabaña de mamá, Conejo podía estar tranquilo sabiendo que nadie le reñiría ni le dejaría bien claro cuán desagradable resultaba.

Esta era la rutina cotidiana de mamá: trabajar en su estudio toda la mañana, luego comer y hacer recados en el pueblo; visitas improvisadas a sus amigos; a última hora de la tarde, trabajar en su estudio y hacer tareas domésticas; por la noche, reuniones informales con amigos y vecinos.

—Nada es muy formal aquí en Skagit Harbor, como os podéis imaginar.

Mamá usaba ropa sencilla e informal: unos pantalones cortos caqui manchados de pintura o unos vaqueros, un polo, zapatillas deportivas o sandalias, y a veces iba descalza. Tenía las piernas largas, un bronceado dorado cálido y el pelo corto y de punta, pelirrojo claro entremezclado con un hermoso gris plateado. Se la veía feliz casi siempre y hasta podías pensar que era una joven universitaria llena de energía y entusiasmo. Parecía muy *libre*. Una vez, Twyla comentó: *Es chocante pensar que no seríamos amigas de la mayor parte de nuestra familia si no fuéramos parientes*. En aquel momento estuve de acuerdo con Twyla, pero ahora ya no estaba tan segura.

Samantha dijo:

—¡Mamá, qué divertida eres!

Samantha abrazó a mamá y se rieron juntas. Yo sentí un golpe de celos; aunque pensara igual que Samantha, no podía comportarme como ella... yo no tenía diez años.

Mamá nos dijo que la tía Vicky iba a venir desde Portland a visitarnos el domingo, dentro de tres días.

—Vicky tiene muchas ganas de vernos a todas —dijo mamá—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

Yo me sentía culpable por la tía Vicky pero no sabía qué decir. Me pregunté si mamá sabría que la tía Vicky me había llamado y mandado mensajes y yo no le había contestado. Supuse que no, probablemente no lo sabía. La tía Vicky no se lo habría contado porque decírselo habría indicado que ella, su hermana mayor, estaba preocupada por mamá. Y eso significaba que estaba preocupada respecto a papá, y a cómo iban las cosas entre mamá y papá. Me imaginé a mamá diciéndole, *¡Las cosas van fenomenal!* Y me figuré a la tía Vicky tomando a mamá por los hombros con sus manos fuertes, dándole una pequeña sacudida y diciéndole, *Krista, dime la verdad*.

Más allá de eso, no podía imaginarme nada.

Mamá debió de notar alguna expresión extraña en mi cara. Creo que mis emociones se hacen muy evidentes, como ondas en el agua. Dijo:

—A Vicky también le encanta Skagit Harbor. Se va a quedar dos semanas en una casa donde alquilan habitaciones, si puede escaparse —mamá hizo una pausa, sonriendo tímidamente—. Vicky ha estado un poco preocupada por nosotras. Quiero decir, interesada. Tiene la idea de que las cosas han cambiado entre vuestro padre y yo, y la verdad es que... no han cambiado.

Samantha dijo:

—Pero, mamá...

Mamá dijo:

—No, de verdad. Las cosas no han cambiado entre vuestro padre y yo. Tenemos horarios un poquito distintos, pero eso no es tan raro. Hemos llegado a una buena solución, me parece a mí.

Papá te dijo que dijeras eso. Esas son las palabras de papá.

Fue una idea perspicaz del Monstruo. Llegó a mi cabeza y pasó en un instante.

Dije:

—Parece que papá y tú os lleváis bien. La semana pasada papá me dijo que piensa que estás haciendo algunos cuadros interesantes.

No era exactamente cierto. Lo dije para que mamá se sintiera mejor.

Ella me miró fijamente, sonriente pero confusa, como si quisiera creerlo.

—Ya, sí —dijo rápidamente, tocándose el cuello como si se ajustara un pañuelo inexistente—. Yo... las cosas están muy bien entre nosotros. Como siempre.

Estábamos fuera, caminando por el jardín trasero. Sa-

mantha y Conejo corrían delante de nosotros, por un prado de flores silvestres. Había muchos arbustos de tipo salicaria, flores moradas puntiagudas creciendo sobre tallos rectos. Deseé que mamá no me preguntara cuáles eran los cuadros a los que se refería papá. Señalé la veleta con forma de gallo sobre el tejado del viejo granero y dije:

—Yo pensaba que ese era el que cantaba, ¿te acuerdas?

Mamá miró el gallo y se rió.

—Francesca, ¡tenías tanta... fantasía! Cuando eras pequeña, te inventabas un montón de historias sobre animales.

—¿Ah, sí? No me acuerdo.

—Pues sí te acuerdas de Don Gallo. Así lo llamabas.

Creo que sí lo recordaba, vagamente. Me acordé de la vez, hace muchísimo tiempo, en que papá me riñó por «mentir», por «inventarte cosas que no son ciertas». La abuela Connor estaba allí, haciéndome preguntas sobre la guardería y supongo que dije alguna cosa imaginada, ridícula, porque papá me interrumpió y todo el mundo se quedó callado.

Mamá y yo pasamos por la hierba y las enredaderas para explorar el viejo granero desde fuera. Me encantaba el olor que despedía a paja, tierra y polvo antiguo. Me encantaba ver a las golondrinas entrar y salir volando a través de una ventana sin cristal, como enormes mariposas. Mamá dijo que su vecina era vieja, tenía más de ochenta años y que, probablemente, dejaría la finca a sus hijos que vivían en Seattle y que no tenían ningún interés en vivir en Skagit Harbor.

—Si me lo pudiera permitir, me encantaría comprar esta finca. Hay hectárea y media. ¡Imagínate!

Mamá sonaba tan nostálgica que instantáneamente me vino el pensamiento, *pero papá gana mucho; ¿cómo que no tenemos dinero? ¿Cómo que no nos lo podemos permitir?*

Dimos la vuelta al granero y estuvimos mirando a través de grietas en las tablas desgastadas por la intemperie. Conejo vino trotando hasta nosotras y luego echó a correr por el campo y Samantha detrás, dando palmas y llamándolo. Era un día cálido, con apenas alguna nube tenue estirada sobre un cielo azul claro. Como decía mamá, allí las cosas eran muy tranquilas. Junto a una esquina del granero había una roca grande de color arena, que seguramente pesaba una tonelada, parcialmente cubierta de enredaderas de dondiego de día. Casi oculto bajo la roca había un agujero hecho por algún animal. Pensé que sería un conejo, pero mamá me dijo que no, que era demasiado grande para un conejo, que probablemente se trataba de una marmota. Era una madriguera antigua. Quizá ya ni siquiera estaba habitada. Dije:

—Es un escondite especial.

Mamá respondió:

—Sí, un escondite especial. Tienes razón, Francesca. Alguien podría dejar un mensaje secreto para otra persona en esta madriguera. A nadie se le ocurriría buscar ahí.

Fuimos paseando hasta la cabaña de mamá, donde Samantha y Conejo estaban con Melanie, la amiga de mamá, sus dos niños y su collie, Princesa. Por la forma en que Conejo cortejaba a Princesa, que era el doble de grande que él, hubiera parecido que nunca antes había visto una perra, y menos una tan guapa.

Melanie era una viuda joven: su marido, un camionero que transportaba troncos, había muerto hacía apenas quince meses, en un choque en el que se incendió el camión. Esto nos lo dijo mamá después de que se fuera Melanie. Me di cuenta, cuando Melanie estaba con nosotras, tomando té de arándano y comiendo galletas de avena he-

chas por mamá, de que ninguna de las dos mujeres hizo alusión a ningún marido, fallecido o vivo. Me pregunté si la gente de Skagit Harbor sabría algo sobre la vida privada de mamá. Y en caso afirmativo, qué pensaría al respecto. Para ellos era Krista Connor, que era el nombre con el que firmaba su obra, no Krista Pierson. Pero ahora que habíamos aparecido Samantha y yo estaba claro que además tenía una familia.

Había un solo armario en la cabaña y vi que contenía apenas unas pocas prendas de mamá: sobre todo blusas, vaqueros, pantalones informales y lo que mamá llamaba «ropa vieja». Había una falda larga y un solo vestido, de punto, color calabaza, que usaba con collares de cuentas de ámbar y que a mí me gustaba. Había también unos pocos jerséis, una chaqueta ligera de loneta y unos cuantos pares de zapatos. En casa, el armario de mamá estaba repleto de ropa bonita, sobre todo vestidos. Seguramente tenía treinta (*¿cuarenta?*) pares de zapatos.

No le pregunté sobre esto. No estaba espiándola y no iba a contarle a papá nada revelador, aunque seguro que me iba a preguntar.

Durante los siguientes dos días y medio, Samantha y yo nos lo pasamos en grande en Skagit Harbor. Era como si una parte de nosotras entendiera que no podía durar.

Mamá nos llevó a hacer una caminata a una montaña pequeña al norte del pueblo desde donde se veía el puerto y, al este, las estribaciones del monte Moon, que es una elevación mucho mayor. Melanie y sus niños vinieron con nosotras y trajeron a Princesa. Nos llevamos el almuerzo para comer allí. Más tarde, mientras mamá trabajaba en su estudio, un artista amigo suyo llamado Mero Okawa, nos llevó a remar y a nadar al río Skagit cerca de su casa,

una cabaña como la de mamá aunque más grande y un poco más ostentosa. Parecía como si todo el mundo se conociera en Skagit Harbor, o al menos todos los que formaban el círculo de mamá: vecinos del camino de Deer Point, artistas y galeristas. Me pareció que en una semana todos me conocerían a mí. Me presentaron a chicas de mi edad que parecían muy majas y a algunos chicos. Todos me empezaron a llamar Franky casi enseguida, y eso me gustó. Nadie me preguntó por mi padre y a lo mejor ni siquiera sabían quién era. Tampoco me preguntaron a qué instituto iba, como habrían hecho en Seattle, donde el instituto al que vas, y si es público o privado, es una forma taquigráfica de dar a entender quién eres y cuánto dinero tienen tus padres.

El viernes por la noche hubo una barbacoa en la casa de un vecino de mamá; todo el mundo llevó comida y bebida. Ayudamos a mamá a hacer ensaladilla rusa y a desgranar maíz dulce. Hubo un partido de béisbol antes de la cena y después de cenar fuimos a remar al río, a la luz de la luna. Había personas de todas las edades pasándoselo en grande. Tengo que confesarlo: conocí a un chico llamado Garrett, que estaba en el último curso en el instituto de Skagit Harbor, y parecía que yo le gustaba, quiero decir que le caía bien de manera informal, para hacer bromas y tal. También se portó muy bien con Samantha y se ofreció a llevarnos en velero el domingo a la hora que quisiéramos.

El sábado por la noche Mero Okawa invitó a una serie de personas a su galería (era dueño de la Galería Orca) y después nos llevó a unas doce personas a cenar en un sitio que era el restaurante de pescado fresco favorito de todos, junto al río. Al principio me pareció que Mero Okawa era un poco extraño aunque luego me llegó a caer fenomenal. Mamá comentó que era su mejor amigo en Skagit Harbor, como un hermano.

Mero la oyó y dijo, como si hablara en serio:

—Krista, espero portarme mejor que un hermano. Mis hermanos, al menos, son unos burros.

Mero Okawa se describía a sí mismo como dos tercios hawaiano y un tercio caucásico.

—Aunque cuál es cada parte es algo que todavía no tengo muy claro.

Se definía como «más o menos escultor», pero, sobre todo, era un marchante a pequeña escala, dueño de la Galería Orca y también codirector del Festival de las Artes de Skagit Harbor, que estaba programado para el puente del 1 de septiembre. (Oí hablar mucho sobre este tema porque otros asistentes a la cena, entre ellos mamá, también estaban ayudando.) Mero era delgado, no muy alto, con el pelo teñido de un color rubio ceniza y más oscuro en las raíces, piel suave aceitunada y pestanas más largas que las de la mayoría de las chicas, incluyendo las mías. Llevaba una cámara Polaroid colgada al cuello con una correa de plástico y siempre estaba tomando fotos. Llevaba anillos en ambas manos, una cadena de oro al cuello y un pendiente de zafiro en la oreja izquierda. La gente le hacía bromas cariñosas respecto a lo «*fashion*» que era o a su «*look Armani*». Fue muy amable con Samantha y conmigo, sin airas de superioridad como muchos adultos. No quise ver a este amigo de mamá como lo vería mi padre, despreciándolo como un «chico bonito» o incluso peor, como un «maricón».

Esa noche, Mero nos tomó fotos a mamá, a Samantha y a mí. Nos dijo que éramos «tremendamente fotogénicas» y eso nos hizo reír.

—No, de verdad —insistió Mero mientras subía y encuadraba la cámara—, sí que lo sois. «Krista, Francesca y Samantha: una madre y dos hijas». Ay, quién fuera el pintor John Singer Sargent, para hacerlos justicia.

Ese era el estilo de Mero, te halagaba descaradamente para hacerte reír y a la vez sabías que era sincero en lo que decía.

Más tarde, mamá dijo que Mero era el hombre «más honesto» que conocía, y «probablemente el de mejor corazón».

* * *

Al día siguiente, domingo, la tía Vicky tenía que llegar a última hora de la tarde. Iba a conducir desde Portland y se quedaría en una casa donde alquilaban habitaciones, ya que no cabía un invitado más en la cabaña de mamá. Decidí no estar avergonzada cuando la viera sino más bien decirle, cuando tuviera ocasión, que no la había llamado porque había estado algo deprimida respecto a nuestra situación familiar. Pero ahora me sentía mejor al cien por cien.

Aunque era domingo, mamá no varió mucho su rutina. Se puso ropa vieja manchada de pintura y se cubrió el pelo con un pañuelo. Estaba preparando unas serigrafías de unas grandes espadañas y juncos en un verde luminoso, y Samantha y yo la ayudábamos. ¡El tiempo se pasa volando cuando estás absorta con los aspectos técnicos del arte! Entre las tres y las cuatro, mi nuevo amigo Garrett iba a venir a recogernos a Samantha y a mí para llevarnos en velero, a menos que se estropeara el tiempo. A media mañana, unas nubes oscuras avanzaban por el cielo marcando líneas paralelas, pero había viento del noroeste que se las estaba llevando. Cada pocos minutos, yo revisaba el cielo.

Más o menos a la hora de la comida, llegó una amiga de mamá. Mero Okawa, que iba al pueblo en bici, se quedó un rato. Los tres se pusieron a hablar, sobre todo del

Festival de las Artes. Le pregunté a Mero si no le importaba que diera una vuelta en su bici y me dijo que en absoluto. No me había percatado de lo empinado que es el camino de Deer Point: bajaba la cuesta hacia el puerto sin pedalear, feliz de la vida, pero iba a ser pesado volver cuesta arriba. Mientras tanto, fui por las calles Primera, Segunda y Tercera, que van paralelas al río y no tienen mucha pendiente. (Vale, lo confieso: yo sabía que Garrett vivía en la calle Tercera y me había dicho cómo era su casa. Así que pasé por delante de la casa de Garrett. Era una de las casas antiguas, con estructura de madera, y estaba pintada de verde manzana claro. Había manzanos con extensas ramas en el jardín delantero, y muchas flores; me imaginé que a la madre de Garrett le gustaba la jardinería. Por fortuna, no había nadie en el jardín o en el porche que me viera mientras pasaba por delante de la casa pedaleando inocentemente.)

Cuando volví a la cabaña de mamá, mientras le estaba devolviendo la bici a Mero, este me preguntó que si me gustaba Skagit Harbor. Le dije que me encantaba. Samantha dijo:

—Me gustaría poder vivir aquí todo el tiempo y también ir al cole. Aquí se puede ir *andando* al cole.

Mero dijo, riéndose:

—Aquí puedes andar por cualquier sitio. Excepto por encima del río.

Mero tenía una forma de mirarte, fijando sobre ti sus ojos de largas pestañas y apretando a la vez los labios, que te daba a entender que te escuchaba con mucha atención. Era muy halagador y, aunque estaba segura de que era sincero, al mismo tiempo me hacía sentir algo tímida. Hay ciertas personas que están tan naturalmente interesadas en los demás y con tanta intensidad que si tú no crees que eres alguien especial, te hacen sentir incómoda. Era como

si Mero Okawa me estuviera diciendo: *Francesca, sí, eres alguien especial. Eres el Monstruo de los Ojos Verdes y yo te conozco, no disimules.*

Al notar algo en mi cara que yo no quería que se viera, Mero me llamó «Franky» –yo le había dicho que no me llamara «Francesca» como mamá– y me dijo que Samantha y yo habíamos hecho muy feliz a nuestra madre durante aquellos días.

—Os echaba mucho de menos. No le va a gustar que te lo diga, pero... bueno, os quiere mucho. No quiere que os hagan...

Las palabras de Mero acabaron en un silencio.

Sentí que la cara me ardía. No quiere que nos hagan... ¿qué? ¿Daño?

Pero ¿quién nos haría daño?

Samantha no había escuchado esta conversación, se había alejado, distraída. Pero yo sí, y no me estaba gustando en absoluto. Repentinamente, le di la espalda a Mero sin despedirme. Tenía miedo de echarme a llorar. Sentí un pinchazo de resentimiento porque este hombre que yo no conocía, aunque fuera una buena persona y lo hiciera con buena intención, me hablaba con tanta confianza de cosas que no eran de su incumbencia.

Mero pareció entenderlo. Me llamó:

—Franky, oye, siento mucho si...

Me fui de allí sin mirar atrás, como si tuviera que llegar rápidamente a algún sitio.

Aquella fue la última vez que hablé con Mero Okawa.

Me asaltó un pensamiento astuto del Monstruo.

Quédate aquí. Con mamá. Durante el resto del verano.

Quédate aquí durante el curso también. Podrías ir andando al instituto de Skagit Harbor.

Estábamos fuera, en el jardín de atrás, ayudando a mamá a recortar las plantas y arrancar malas hierbas, eran como a las tres de la tarde. Parecía que sí podríamos ir con Garrett en el velero; el cielo era de un azul mojado, como lavado, con algunas nubes de tormenta en el horizonte y un viento intenso pero no excesivo. Yo estaba pendiente del sonido de los coches que llegaban por el camino de Deer Point y cada vez que se acercaba uno, levantaba la vista. Trababa de no sentirme tan tímida. Razoné que tenía buen aspecto, con vaqueros, top, unas zapatillas deportivas de mamá (con un tipo de suela de goma que según mamá es bueno para la cubierta de un velero) y el pelo con la coleta de siempre, aunque me lo había lavado esa mañana y creo que estaba bastante bien. Mero Okawa me había dicho que era una «pelirroja dinamita» y que «ese tipo de peca» le iba fenomenal a mi pelo y creo que lo dijo en serio, aunque un poco de broma también. El caso es que estaba intentando no pensar en mi apariencia y comportarme de forma natural, relajada, cálida y graciosa. *No se trata de una cita. Samantha también está invitada. No te olvides de eso.*

Oí un coche que se acercaba por el camino de Deer Point, pero iba muy rápido y su sonido era como enfadado e impaciente, algo anormal en Skagit Harbor, donde el límite de velocidad es de 40 kilómetros por hora dentro del pueblo. Cuando miramos, un coche entraba por la rudimentaria entrada de coches de mamá y se detenía.

Papá salió del coche, dejando la puerta abierta tras él. Iba en mangas de camisa pero con una costosa camisa de vestir de seda blanca y pantalones oscuros perfectamente planchados, como si acabara de salir de una reunión importante. La indignación y la furia irradiaban en su cara como una fuerte luz de neón. Nos llamó:

—¡Francesca! ¡Samantha! Venid aquí.

Mamá estaba de pie, mirándole, con las tijeras de podar en la mano. Era evidente que estaba totalmente sorprendida.

—Reid, ¿qué ocurre? Pensaba que...

—Chicas, ¿me oís? Recoged vuestras cosas. Nos vamos

Samantha empezó a llorar y corrió hasta mamá. Yo titubeé, no sabía qué hacer. Tenía en las manos un gran manojo de dientes de león que había arrancado. Me acordé de cómo me había agarrado en la casa de los Blount y me vino a la mente que podría agarrarme así de nuevo; podría agarrar a mamá y hacerle daño. Caminaba rápidamente hacia nosotras como cuando un deportista cierra rápidamente la distancia entre él y sus adversarios. Cuando mamá le volvió a preguntar qué pasaba, con una voz débil y asustada, él le arrebató las tijeras de podar y las tiró al suelo. La llamó de una forma que me parece que no quiero repetir.

No es que no hubiera oído esa fea palabra antes, claro que sí. Pero nunca aplicada a mi madre.

Fue una escena confusa. La clave fue que las tijeras de podar estaban en el suelo y no podían ser usadas para hacer daño a nadie; y papá empezaba a bajar un poco el tono, cosa que solía hacer en situaciones como esta, cuando veía que todos le respetábamos y no presentábamos resistencia. Aceptó ir dentro de la cabaña y hablar del problema, el que fuera, mientras Samantha y yo esperábamos fuera.

Samantha lloraba y necesitaba un pañuelo. Yo pensé en entrar a buscarle uno, pero sabía que era mejor no hacerlo. Por fortuna, encontré una caja de Kleenex vieja y maltratada en el coche de mamá.

Samantha lloriqueaba,

—¿Por qué está tan enfadado papá? Él dijo que podíamos venir aquí, lo dijo.

—Supongo... que habrá cambiado de opinión.

El corazón me latía con tanta fuerza que me hacía daño. Quizá era un golpe de adrenalina. Pude pensar con claridad: si oía a mamá pedir ayuda o gritar, iría corriendo a la casa del vecino y le pediría que llamara a la policía.

Lo haría inmediatamente, sin titubear. No entraría en la cabaña, iría a la casa del vecino.

Era como el comienzo de una carrera de natación: esperas la señal.

Esperas la señal, no te lanzas antes de oír la señal.

Esperas la señal. Eso es lo que haces.

Pero no hubo señal. Esperamos diez minutos. Entonces mamá salió por la puerta con los ojos hinchados y rojos y aspecto enfermizo. Papá estaba con ella y llevaba nuestras bolsas.

Mamá dijo:

—Francesca, Samantha. Tenéis que iros a casa con vuestro padre. Ahora mismo. Ya he preparado vuestro equipaje.

Samantha protestó:

—Pero, mamá...

—Samantha, ya te lo he dicho. Vete con papá. Y Francesca...

Samantha corrió hasta donde estaba mamá y se abrazó a su cintura como una niña pequeña y asustada. Mamá se quedó rígida, como si no se atreviera a moverse. Repitió:

—Id con papá, por favor. Samantha, Francesca. Ahora mismo.

Su rostro estaba tenso, como una máscara. Sus ojos parecían no ver.

Yo quería gritarle: *¿Por qué nos has traído aquí si no puedes hacer que nos quedemos?*

Samantha lloraba.

—¡Mamá, ven a casa! ¡Ven con nosotros! ¡Ahora mismo!

Lo único que pudo hacer mamá fue repetir, como aturdida:

—No, Samantha, no.

—¡Mamaita!

Mamá se tapó los oídos con las manos, doblada como si le hubieran dado una patada en el estómago. Dijo, suplicante:

—No, idos. Id con vuestro padre. No podéis quedaros conmigo, no hay sitio; por el amor de Dios, *id con él*.

Papá se comportaba como si no oyera, como si estuviera por encima de todo esto. Sin decir ni una palabra, llevó nuestras bolsas al coche —un Mercedes nuevo, reluciente y plateado!— y las colocó en el maletero. Samantha y yo le seguimos aturdidas.

No nos volvimos para mirar a mamá.

¡Era tan débil, tan patética! Ni siquiera sentí lástima por ella en aquel momento, tan solo quería alejarme de ella.

Horas más tarde me daría cuenta de que me había olvidado de Garrett.

Y mucho tiempo después me daría cuenta de que aquella fue la última vez que vi a mi madre.

10

Yarrow Heights: 27 de julio

—Vuestra madre está enamorada de otro hombre. No importa lo que os haya dicho. Lo ha escogido a él en vez de a su familia. Tendrá que vivir con las consecuencias de su decisión. Nunca podremos perdonarla.

La voz de papá temblaba con indignación. Pero se las arregló para sonreírnos. Tenía la mano de Samantha en su mano izquierda y la mía en la derecha y casi parecía que no sabía que nos estaba apretando fuerte, hasta que Samantha empezó a lloriquear levemente. Entonces nos soltó.

—Espero que lo entendáis, chicas. En realidad no hay nada más de qué hablar.

Samantha se secó la nariz con el borde de la mano y musitó:

—Vale.

Supongo que yo también musité *vale*. Cualquier cosa que diera a entender, fue la respuesta correcta a las palabras de papá.

Porque sonrió, contento al fin. Porque nos abrazó a las dos.

—¡Mis hermosas chicas mayores!

Papá nos presentó a la nueva asistenta-cocinera, una mujer peruana morena y rechoncha con una sonrisa tímidamente. Su nombre era algo musical como Lorita o Lorina. Lo mismo podría tener treinta y cinco años como cincuenta y cinco. Papá nos informó de que estaría en casa seis días a la semana y libraría los domingos. Sus especialidades eran los plátanos fritos, el pudín de pan con arroz, la sopa de garbanzos, el pollo asado, la lubina asada y algo que él llamó *pizza peruana*. Papá se frotó las manos, satisfecho.

—¿Qué tal os suena, chicas? Mola, ¿eh?

Sonreímos a Lorita o Lorina y ella nos sonrió. Era una mujer bajita, de poco más de metro y medio. A su lado, papá era un gigante.

Samantha no preguntó si el horario de seis días de la nueva asistenta quería decir que mamá ya no vendría a casa. Francesca tampoco preguntó.

Enamorada de otro hombre. Nunca podremos perdonarla.

¿Me creía estas palabras? No lo sé. ¿Creía que había un hombre en la vida de mamá? No lo sé. ¿Me lo creía, cuando me parecía saber que no, que no había un hombre, no podía haber un hombre, puesto que mamá se había ido a Skagit Harbor para ser libre? Sin embargo, si papá decía que había un hombre, entonces tenía que haber un hombre.

Y nunca la perdonaríamos.

11

La traición: 11 de agosto

—Franky, no pienses que esto es... algo así como... raro, ¿vale?

Twyla parecía desconcertada. Era raro que Twyla se encontrara en situaciones desconcertantes. Era la chica con más aplomo de nuestra clase de Forrester. Así que el Monstruo se puso alerta. Le dije, tratando de sonreír:

—Claro, Twyla. ¿Qué?

—Bueno. Tu madre me llamó. Ayer.

Era como cuando alguien deja caer un zapato. Naturalmente esperas a que caiga el otro.

—¿Te llamó? ¿Mi madre te llamó a ti?

Twyla asintió con la cabeza. Habíamos estado jugando al tenis y Twyla iba ganando, aunque no había sido algo muy competitivo porque yo no estaba de humor para ganar ni para intentar ganar. Para eso necesitas creer que *ganar merece la pena*. Mi otro yo, el Monstruo, pensaba que era bonito dejar ganar a una amiga, como un pequeño regalo, pero solo si la amiga no sabe lo que estás haciendo.

Pensaba en lo bien que me caía Twyla, era como una hermana de mi edad. Y justo ahora sentía que la necesitaba.

Twyla dijo:

—Tu madre llamó y habló con mi madre un poco y luego pidió hablar conmigo... de modo que hablamos, durante media hora o así. Estuvo muy bien.

Twyla hizo una pausa, y aquellas palabras, «muy bien», se quedaron flotando en el aire entre las dos. Cuando dices que algo está «muy bien», ¿qué estás diciendo? Twyla estaba sentada en un banco detrás de las canchas de tenis, bebiendo agua mineral Evian, con sus delgadas piernas cruzadas a la altura de la rodilla y apretadas, y los tobillos entrelazados para darse mayor seguridad. La valiente Twyla tratando de no retorcerse en el asiento mientras yo la miraba fijamente.

Yo llevaba dos semanas sin hablar con mi madre, desde el día en que papá nos fue a buscar a Samantha y a mí a Skagit Harbor. Papá decía, *Vuestra madre está incomunicada, en su propio espacio, chicas*. Yo no estaba segura de lo que quería decir eso. Si se lo preguntaba a papá, quiero decir, si tomaba aliento para preguntar, él me hacía callar con una sonrisa veloz como una navaja y con un movimiento de advertencia de su dedo índice. Pensé si mamá habría intentado llamarnos y no había podido. Yo había tenido mi móvil apagado y nunca contestaba el teléfono de casa ni escuchaba los mensajes del contestador.

Nunca llamé al número de mamá de Skagit Harbor. Después de un tiempo, me parecía que lo había perdido.

Le pregunté a Twyla qué quería mi madre.

Twyla dijo:

—Eso es todo, Franky... quiero decir, no estoy segura. Era como si solo quisiera hablar... hablar sobre ti.

¡Anda que si era raro! Mi madre llama a mi amiga para hablar a mis espaldas.

Sentí pasar por encima de mí una llama encendida por el Monstruo. Era como si mi madre me estuviera traicionando. Y no era asunto de Twyla lo que pasara en mi familia.

Me vino a la mente un pensamiento a la vez emocionante y aterrador: *Más vale que papá no sepa nada sobre esta traición*.

—¿Cómo que preguntó por mí, Twyla? ¿Qué es lo que preguntó?

Twyla encogió los hombros y frunció el ceño. Sus hermosos ojos evitaban mirarme.

—Solo si te veo, si hablo contigo. Le expliqué que había estado de campamento pero que hoy nos veíamos para jugar al tenis. Me preguntó que exactamente cuándo, o sea la hora, y dónde íbamos a jugar, y si habías tomado clases durante el verano; y esto me sorprendió. Quiero decir, tu madre tendría que saberlo, ¿no? Por fin caí en la cuenta de que no estaba en casa. Que estaba preguntando porque llevaba algún tiempo sin hablar contigo. Creo que le gustó oírme decir tu nombre, Franky. Aunque ella te llamaba Francesca todo el rato. Sonaba distinta de como es siempre, como si estuviera algo emocionada y nerviosa. Al final le dije, «Señora Pierson, ¿pasa algo? ¿No ha visto a Franky? Pensaba que Franky estaba en casa». Y ella dijo, «Twyla, no pasa nada. Es que estoy pasando parte del verano en Skagit Harbor y a veces me siento sola».

Twyla hizo una pausa. Tomó un buen trago de agua. Su piel perfecta parecía menos perfecta, como si esta conversación le estuviera levantando urticaria.

Le dije:

—Mis padres no están separados, Twyla, si es eso lo que estás pensando.

Estaba intentando hablar con un tono frío, de Mons-

trujo, pero la voz me salía como espagueti seco al romperse.

—No, no lo estaba pensando.

—El sitio este de Skagit Harbor es una cabaña de verano que es de la familia de mamá. Está pasando un tiempo allí, haciendo serigrafías. Cerámica. Hay una galería que expone su obra.

Twyla sonreía, dándome ánimos.

—Vaya, Franky. Eso es estupendo.

—Mi madre y mi padre no están separados. Lo que pasa es que mi padre viaja mucho, por su trabajo.

Como si este fuera un dato nuevo y asombroso que tenía que comunicar a Twyla. Pero ella dijo:

—Sí, ya lo sé. Reid Pierson sale en la tele todo el rato. Desde muchos lugares.

—Así que mi madre está en ese sitio de veraneo. Solo unas semanas. Samantha y yo estuvimos allí de visita hace poco y vamos a ir otra vez dentro de unos días. Nos vamos a quedar hasta el puente del 1 de septiembre.

Twyla me preguntó sobre Skagit Harbor, no solo por cortesía, sino porque de verdad le interesaba (creo). Un tío suyo tenía una casa de verano fabulosa en Port Greene, no muy lejos de allí. Así que le conté acerca de la cabaña de mamá, de la obra de mamá, de lo bonito que era el pueblo y de aquel chico que había conocido llamado Garrett que me iba a llevar en velero pronto... Yo hablaba, y mi voz sonaba extraña en mis oídos, entusiasmada y sincera. Quería que Twyla supiera que las cosas iban bien en la familia Pierson, tanto como en su propia familia.

Pero también quería confesarle, *Twyla, tengo mucho miedo.*

Quería suplicarle, *Twyla, no se lo cuentes a nadie, ¿vale? No me traiciones.*

Nos habíamos tomado un descanso bastante largo. Era hora de seguir con el tenis.

Cuando íbamos hacia la cancha, Twyla hacía movimientos con la raqueta para soltar los músculos y me dijo, como si se acabara de acordar:

—Ah, Franky. Cuando tu madre colgó, me pidió que te dijera: «No te olvides de Don Gallo».

12

La llamada: 25 de agosto

Cuando el teléfono sonó a las diez y veinte de la noche, me di cuenta de lo muchísimo que quería que fuera mamá la que llamaba. No había hablado con ella desde el 2 de julio: *el domingo de la traición*. Yo sabía que nos había estado llamando. Nuestra nueva asistenta había sido instruida por papá sobre cómo afrontar a la ausente Sra. Pierson, si llamaba en algún momento, para proteger al resto de la familia. Yo seguía manteniendo apagado el móvil a menos que lo usara para llamar, y no lo había usado para llamar a mamá ni lo iba a hacer. Contaba los días desde ese domingo. *No podéis quedaros conmigo, no hay sitio; id con él.*

El teléfono sonaba. La asistenta no contestaría a esas horas de la noche. Papá no había llegado. Todd estaba en casa para el resto del verano, pero también había salido. Me quedé de pie paralizada, mirando el teléfono. Las uñas se me clavaban en las palmas de las manos.

—Te odio, no te quiero. Vete tú.

Vi mi mano acercarse al teléfono para levantarla.

No dejéis que os manipule, chicas. Es una mujer que practica el chantaje emocional. El tipo de mujer que te traiciona y te echa la culpa a ti por lo que te ha hecho.

Vosotras no podéis vivir con los dos. Tendréis que escoger.

Samantha había escogido, como yo.

Ella dijo:

—Tú, papi.

Una rápida sonrisa asustada. El pulgar metido con fuerza en la boca.

Y yo dije, tragando saliva:

—T...tú, papi.

Las palabras me salieron roncas y rotas. Estaba aturdida, muy cansada. El Monstruo estaba tan lejos de mí en aquel momento que casi no me acordaba de la sensación de tenerlo cerca.

¿El Monstruo de Ojos Verdes? Mis ojos eran verde desvaído y estaban enrojecidos.

Y sin embargo, fue la respuesta correcta. Papá sonrió, entusiasmado como un niño, y se inclinó para abrazarnos. Aquella era nuestra recompensa. A la vez era nuestra promesa: que papá nos quería, a sus hermosas chicas mayores, y nos protegería porque era fuerte. *Vuestra madre os ha traicionado.*

No hacía falta que papá nos dijera: *Vuestra madre no os puede proteger.*

Mamá nos escribió a Samantha y a mí, creo. Quiero decir que estaba bastante segura. Pero papá había hecho que desviaran todo nuestro correo hacia un apartado de correos. Él tenía la llave del apartado, que estaba en la oficina de correos de Yarrow Heights. Yo nunca lo vería.

Cuantos más días trascurrían, más asqueada me sentía con mi madre. Me la imaginaba toda llorosa, doblada como si le hubieran pateado el estómago, haciendo el ade-

mán de empujarnos, diciéndole a Samantha que se fuera,
¡Id con él!

Nos fuimos con él. Nos fuimos con papá. Entendíamos lo que nos decía sobre nuestra madre: ella nos había traicionado.

No le conté a papá que mi madre había llamado a Twyla para preguntarle por mí.

No quería disgustar a papá más de lo que ya estaba.

Y también estaba furiosa con Twyla. Se suponía que era mi mejor amiga. Bueno, quizás es mejor no tener una mejor amiga si habla de ti a tus espaldas y te traiciona. Ya me podía imaginar a Twyla al teléfono contándoselo a Jenn, Marnie, Leona, *¿Has oído que el señor y la señora Pierson se han separado? La señora Pierson se ha ido de casa. No le puedes preguntar a Franky, se encuentra en un estado patético de negación.* En nuestros tres últimos partidos, había hecho servicios de dinamita directos hacia Twyla y el resto del tiempo la había hecho correr con la lengua fuera por toda la cancha, colocando mis tiros con una cruel precisión. Estaba controlada por el Monstruo, que se mostraba cruel y vengativo. ¡Mi padre habría estado orgulloso de mí si me hubiera visto! Twyla se había dejado halagar por el instructor de tenis del club, que la había convencido de que era bastante buena para su edad y estatura. Ahora el Monstruo la ponía en evidencia. Al final del set tenía la cara enrojecida a manchas y su sedoso pelo negro le cubría la cara. Me dijo con un tono de voz dolido y desconcertado:

—¡Franky! ¿Qué te pasa?

En ese momento me sentí muy bien, pero después, cuando estuve a solas, me sentí fatal.

Twyla no me llamó mucho en agosto. Me dije a mí misma que me importaba un comino.

Ahora sonaba el teléfono, y yo levanté el auricular y la mano me temblaba al acercármelo al oído.

—¿Diga?

—¿Francesca? Gracias a Dios que has contestado.

Era ella. Era mamá.

Me preguntó cómo estaba y yo le dije que bien con una voz fría, sin expresión. Una voz que tenía por objeto dar a entender, *¿Por qué me llamas? ¿Por qué ahora? Esto me aburre muchísimo.* La voz de mamá sonaba muy interesada pero ansiosa. También sonaba como si tuviera un fuerte resfriado. Sonaba como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo para hablar claramente, sin tartamudear o echarse a llorar. Cerré los ojos. Podía verla con los ojos de papá, en esa cabaña acogedora donde vivía su vida perfecta y egoísta. En su casa de muñecas. En su propio espacio. Me estaba diciendo cuánto nos echaba de menos a Samantha y a mí, cuánto quería que estuviéramos con ella. Lo sola que se encontraba allí. A la vez me suplicaba que no le contara a mi padre que había llamado porque él se lo había prohibido y ella había prometido que no lo haría, pero tenía que llamar, oír mi voz...

—Oh, Francesca, tú y Samantha sabéis que os quiero, ¿verdad? ¿No dejaréis de quererme?

Tragué fuerte. No iba a flaquear.

Le dije:

—Podrías venir a casa, madre. Cuando quisieras.

Mi madre tartamudeó:

—Francesca... no. Cariño, n-no p-puedo.

—¿Qué quiere decir que *no puedes*? *Sí puedes*.

—Ya no. Ahora no.

—Eso es mentira. Papá dice que puedes volver a vivir con nosotros en cuanto quieras, pero tú noquieres.

—Francesca, no. Por favor, cariño. No me pidas que te lo explique, es demasiado angustioso para decirlo por teléfono, necesito verte cara a cara.

Quise colgar de golpe. *No me pidas que te lo explique.*
Era como cuando había alejado a Samantha de ella,
gritándonos. *No podéis quedaros conmigo, no hay sitio.*

Ella había empezado a llorar. La odié por su chantaje
emocional. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Es-
tuve callada tanto tiempo que dijo, ansiosa:

—Francesca, ¿estás ahí?

Yo le contesté:

—Sí, mamá. ¿Dónde iba a estar si no?

En ese momento oí que llegaba un coche. Posiblemente
era papá, y eso significaba que tenía que dejar el teléfono.

—Voy a colgar, madre. Quizá no debas volver a llamar.
Samantha y yo vamos a empezar el curso dentro de dos
semanas. Si no has vuelto a casa para entonces, por favor,
por favor, por favor, no vuelvas nunca.

—Francesca, cariño...

—¡No soy «Francesca»! ¡Odio ese nombre! ¡Y te odio
a ti! ¡Adiós!

Fue la última vez que hablé con Krista Connor, mi
madre.

13

El último día: 26 de agosto

Cuando algo es *lo último*, no siempre te das cuenta de
ello. Como *cruzar a la otra orilla*, es algo que puede su-
ceder sin que te enteres.

Cuando después me preguntaban sobre ese día, yo in-
tentaba recordar la secuencia cronológica de lo sucedido.
Decía la verdad. Pero no decía toda la verdad. Casi todo
ese día fue irreal para mí, como un sueño roto en pedazos.
Como un sueño muy feo roto en pedazos muy feos.

Esperé toda la mañana a que sonara el teléfono. De
repente, quería saber de mamá. Busqué su número en mi
habitación —en todas partes!— pero no lo pude encontrar.

Supongo que entonces lo supe. Supe que algo malo
pasaba.

Lo intenté por el servicio de información telefónica
para Skagit Harbor y me enteré de que el número de Krista
Connor no estaba en la guía.

Pedí el número de Mero Okawa, pero cuando lo mar-
qué, saltó una grabación: «¡Hola! Mero no está aquí ahora,
pero ¡por favor! deja un mensaje...».

En mi tablón de corcho exhibía con orgullo dos de las fotos Polaroid que nos había tomado Mero a mamá, Samantha y a mí. Las miré una y otra vez, como si escondieran un secreto. Una había sido tomada en la Galería Orca delante de una maravillosa serigrafía carmesí de mamá, y la otra en la terraza ventosa del restaurante que daba al río Skagit. Mamá estaba en medio, rodeándonos a Samantha y a mí con los brazos, y las tres sonreíamos felices.

Vi con sorpresa que mamá y yo teníamos más o menos la misma estatura y que nuestros rasgos, sobre todo los ojos, se parecían.

Estaba como atontada. No dejé un mensaje para Mero.

La noche anterior sí había sido mi padre el que llegaba cuando yo estaba al teléfono con mamá. Colgué rápidamente y papá no sospechó nada.

Llamó a la puerta de mi habitación para darme las buenas noches. Se le veía cansado, tenía unas oscuras ojeras cubiertas, eso me pareció, con maquillaje para la tele que no se había molestado en quitarse. Según me dijo, había estado en Seattle rodando un documental de deportes para su cadena y había sido una jornada de trabajo muy larga. Tenía sinusitis, probablemente causada por alguna alergia.

—Ese puto olor a perro sigue en esta casa. En las moquetas. Lo puedo oler.

Dije, intentando ser de ayuda,

—Hace bastante tiempo que Conejo no viene por aquí. A lo mejor...

—He dicho que lo puedo oler. Ese puto terrier, es como si hubiera estado durmiendo en mi puta cama.

A la mañana siguiente, papá salió hacia el estudio en torno a las ocho de la mañana, pero a las nueve y media llamó su ayudante para preguntar dónde estaba el señor Pierson. Nuestra asistenta contestó y me hizo ponerme.

—¿Francesca? Soy Holly Merchant. Hemos estado esperando a tu padre durante cuarenta minutos y no logro contactar con él por el móvil. ¿No estará todavía ahí?

Le dije:

—Estoy segura de que no.

Corré a la habitación de papá para asegurarme y miré también en su estudio, en la sala familiar y en el gimnasio del sótano. Por supuesto, papá no estaba. Uno de sus coches, el Mercedes nuevo, no estaba en el garaje.

Más tarde, hacia mediodía, Holly Merchant volvió a llamar para informarme de que papá estaba en el rodaje, para que no me preocupara. Primero se había pasado por urgencias en Seattle para que le recetaran algo para su sinusitis.

Cuando papá llegó a casa, como a las siete, caminaba de forma inestable y los ojos le brillaban. Le pasaba algo extraño, como si tuviera fiebre y estuviera aturdido. Se había quitado de la cara parte del maquillaje pero todavía le quedaba algo en la frente, empastado y granuloso. Repitió lo que me había dicho por teléfono Holly Merchant, que había ido a urgencias y que le habían recetado un medicamento a base de codeína que le había ayudado a aguantar horas de rodaje. Le dijeron que cenara temprano, tomara otra pastilla, se metiera en la cama enseguida y durmiera doce horas.

Por eso cenamos pronto, en la cocina. La comida peruana estaba rica pero resultaba un poco indigesta y pesada, así que papá no pudo comer mucho, aunque lo intentó, ayudándose para tragarse agua con hielo y sorbitos de vino tinto. Todd estaba en casa después de pasar cuatro semanas en un campamento de fútbol americano en las montañas Cascade, así que la mayor parte de la conversación fue entre Todd y papá. La gran noticia de Todd era que se iba a cambiar de la Universidad de Washington a

Western Washington, en Bellingham, donde tenía más probabilidades de ser seleccionado para el equipo de la universidad. (Evidentemente papá había ayudado a gestionar el cambio, ya que Todd no había presentado su solicitud a tiempo.)

Quise participar en la charla –me fastidiaba que a Samantha y a mí se nos dejara de lado– por lo que dije sonriendo:

—Vaya, Todd, qué bien. Qué noticia más buena. Esperaremos ansiosos la temporada de fútbol americano.

Todd dijo, casi sin mirarme:

—Vale.

Su atención estaba centrada exclusivamente en papá, como siempre.

Todd tenía más peso que al principio del verano. Estaba poniéndose en forma para ser *linebacker*. El cuello y la parte superior de los brazos eran una masa de músculo. Tenía acné en la frente y la cara enrojecida y curtida. Se reía mucho pero parecía nervioso. Entonces se me ocurrió de golpe: *está tomando esteroides*.

Me dio miedo. No solo el hecho de que los esteroides son peligrosos, sino que Todd era hijo de Reid Pierson, que, como todos los comentaristas de la tele, se había pronunciado tajantemente en contra del dopaje de los atletas.

A la mitad de la cena, papá cerró los ojos y musitó:

—Dios. Estoy molido.

Había comido como la mitad de lo que tenía en su plato y había bebido una copa entera de vino, lo que probablemente no es una gran idea si tomas medicación con codeína. Intentó reírse mientras se ponía en pie de forma inestable. Samantha, Todd y yo nos quedamos mirándole preocupados.

—Venga, chicas. Vuestro pobre viejo necesita enfermeras. Una enfermera guapa bajo cada brazo. ¡Aúpa!

Era normal que papá intentara hacer una broma sobre el hecho de estar enfermo; odiaba cualquier tipo de debilidad, sobre todo en él mismo. Así que Samantha y yo le ayudamos a bajar las escaleras hasta su dormitorio, mientras Todd nos seguía de cerca por si necesitábamos que nos echara una mano. Papá pesaba mucho y al apoyarse en nosotras se notaba que tenía la temperatura muy alta. No era una broma, de verdad nos necesitaba. Cuando llegamos a su habitación todos estábamos jadeando, incluso Todd, que ayudó a papá a entrar en la habitación. Pero papá se negó a dejar que le ayudáramos a quitarse la ropa.

—Buenas noches, chicas. Buenas noches, Todd. Sois estupendos, hijos. Os quiero mucho.

Se sentó de golpe en el borde de la cama y empezó a quitarse un zapato.

—Espero que vuestro pobre viejo sobreviva toda la noche.

Todd cerró la puerta. Los tres nos quedamos de pie en el pasillo mucho rato, por si nos llamaba. Pero no nos llamó, claro. Tenía demasiado orgullo.

Todd se dio la vuelta y se alejó. Estaba claro que no quería cargar con sus hermanas, pero nosotras fuimos detrás, nos sentíamos solas y preocupadas. Samantha gimo-teaba:

—¿Qué pasa si papá está enfermo? ¿Muy enfermo?

Todd nos miró con enfado y dijo:

—*Ella* es la causa de que esté enfermo. Es alérgico a esa mujer.

—¿Qué mujer? ¿Quién?

Durante un momento de confusión, pensé que se refería a la asistenta nueva.

—Ella, la de Skagit Harbor, la puta.

—¡Todd!

Me resultó tan violento que casi no pude hablar. Era

terrible oír a mi hermano decir una cosa tan espantosa sobre nuestra madre, y delante de Samantha. Protesté débilmente:

—También es tu madre.

Con una expresión de desprecio dijo, mirando por encima del hombro mientras se alejaba:

—No. Es mi madrastra. Es vuestra madre.

II

DESAPARECIDA

14

La entrevista: 1 de septiembre

¿Qué cuándo y dónde vi a mi madre por última vez?
En Skagit Harbor. Algún día de julio.

Creo que... no recuerdo la fecha. No he pensado mucho
sobre ello desde entonces.

Nadie me puede detener por eso, ¿o sí?

No. Ya se lo dije, nunca les oí reñir.

Si faltan de casa algunas cosas de mi madre, será por-
que habrá venido a recogerlas. De noche, quizá. No lo sé.

No. Nunca entro en el estudio de mi madre. En reali-
dad no me acuerdo de cuándo fue la última vez que entré.
Nunca miro en sus armarios... ¿por qué iba a hacerlo?

No, en absoluto cercanas.
Estoy más cerca de mi padre. Como todo el mundo.

Ya se lo dije, creo. Supongo que sí habré conocido a Mero Okawa.

Lo recuerdo más o menos. A no ser que lo esté confundiendo con alguien más. Los amigos nuevos de mi madre de Skagit Harbor no eran muy reales para mí.

Pónganme el detector de mentiras, si no me creen.

¿Que cuándo hablé por última vez con mi madre?

Preferiría que la llamaran Krista Connor. Preferiría que no se refirieran a ella todo el rato como mi madre.

Krista Connor es su nombre profesional. Firmaba su obra con ese nombre. En Skagit Harbor nunca fue Krista Pierson. Nunca fue nuestra madre allí. Fue decisión suya.

Nos echó. Dijo que la cabaña era demasiado pequeña para nosotras, para las tres.

¿Que si era demasiado pequeña?

No me acuerdo.

Pregúntele a mi padre. Él se lo puede decir.

Mi padre les dirá la verdad.

¿Que cuándo hablé por última vez con Krista Connor?

¿Cómo sabe que fue en una ocasión diferente de la última vez que la vi?

Bueno, es bastante obvio. Por lo que dice. Me ha hecho dos preguntas distintas. Así que supongo que usted lo sabrá.

Porque si usted sabe que tiene que hacer dos preguntas distintas, cuándo vi por última vez a mi madre y cuán-

do hablé con mi madre por última vez, eso quiere decir que usted sabe que la última vez que hablé con mi madre habrá sido por teléfono y no en persona.

Así que usted sabe que mamá llamó y que yo contesté. Y quiere saber cuánto duró la llamada. Dice el abogado de papá, el Sr. Sheehan, que ustedes tienen derecho a revisar los registros del teléfono, así que ya lo sabe, y si ya lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

Fue en algún momento de julio, a finales de julio. Cuando nos invitó a Skagit Harbor y luego nos echó.

Después de eso, no lo sé. Ya se lo he dicho. La mayoría de las veces la asistenta cogía el teléfono.

No. Papá no nos ha «dado instrucciones» de colgar si llama mamá. Él dice que tomemos nuestras propias decisiones morales.

Llamó a finales de agosto. Quiero decir, la vez que contesté. Ya lo saben, ustedes tienen su registro de llamadas, ¿por qué me pregunta cuánto tiempo hablamos?

Además no «hablamos» en realidad. Mamá me habló a mí.

¿Que por qué llamó?

No lo sé.

No me acuerdo.

Ya se lo he dicho: no me acuerdo.

... Pues, quizás fuera para decir que nos echaba de menos. A Samantha y a mí.

Quizás fue por eso.

¿Que cuánto tiempo habló ella?
¿Antes de que yo colgara?
¿Por qué me pregunta, si tienen el registro de llamadas? A menos que me estén tendiendo una trampa.
A menos que sea un jueguecito.

¿Que si tengo idea de dónde pueda estar Krista Connor?

Ya se lo he dicho: NO TENGO NI IDEA.

NO, no me dijo a dónde se iba a ir. NO, no me dijo con quién se iba a ir. NO, no sé de ninguna razón por la que pudiera haber «desaparecido».

NO, no estoy enfadada con Krista Connor. No tengo ningún sentimiento hacia Krista Connor.

Nadie siente nada. En nuestra familia.

Porque nos abandonó.

Porque nos traicionó.

Porque se fue de casa para vivir en su propio espacio.

Hasta se llevó a Conejo.

¿Conejo? Nuestro terrier Jack Russell.

Lo echamos de menos. Nuestra casa está muy sola sin Conejo... Mamá no tenía ningún derecho a llevarse a Conejo, por eso papá dice que es una mujer egoísta.

Y ahora Conejo también se ha ido. Ha «desaparecido».

* * *

¡NO, papá nunca «golpeó o pateó» a Conejo!
¿Quién le ha dicho eso?

NO, papá nunca me ha «golpeado o amenazado». NO, papá nunca me «ha hecho daño».

Y a Samantha tampoco.

Si mi tía Vicky dice esas cosas está... mintiendo.

Si la familia de mi madre dice esas cosas...

Si los amigos de mamá dicen esas cosas, mienten todos, y yo los odio.

¿María? ¿María ha dicho eso?

Miente. Está confundida.

No, no sé por qué María se habrá inventado esas cosas. Quizá mamá se las dijo, y mamá mentía. Hacía ver que papá le había hecho daño cuando se había lastimado ella sola de alguna forma.

Moratones en el cuello. Cardenales. Y los ocultaba con un pañuelo.

No, no tengo ni idea. Si se hacía estas cosas ella misma, no sé por qué.

Quizá María quiere vengarse de papá. Porque él la despidió; dijo que había robado.

Papá nos lo dijo. No ella. Ella nunca. Ella nos dijo que no la obligáramos a explicárnoslo. Nos gritó, *;marchaos de aquí!* Así que nos fuimos. Pero no la odiamos.

No, fue papá. Cuando volvíamos de Skagit Harbor. Nos dijo:

Vuestra madre está enamorada de otro hombre.

Lo ha escogido a él en lugar de a su familia.

Nunca podremos perdonarla.

Estamos totalmente de parte de papá.

No. Papá no nos dijo quién era el otro hombre.

No. No sé si él lo sabe. Si ella se lo habrá dicho.

No. Papá no estaba enfadado. No está enfadado. *Mi padre nunca se enfada.*

* * *

Todd es el que más disgustado está. Todd nos hizo llorar a Samantha y a mí, dijo que nuestra madre era una puta.

¿Que si creo que Krista Connor es una...?

No lo sé. No pienso en eso.

Me someto al detector de mentiras, si no me creen.

Sí, Todd tenía otra madre. No era Krista Connor. Su madre murió y papá se volvió a casar. Todd tenía cuatro años, creo. Eso fue hace mucho tiempo. Nunca pensamos en ello.

SÍ, papá estuvo en casa toda la noche. YA se lo he dicho.

SÍ, yo lo sabría si él hubiera salido de casa. SÍ, lo juraría.

NO, papá no me ha dicho lo que debo decir.

NO, no hablé de esto con Samantha y Todd.

El Sr. Sheehan me ha dicho que no conteste esa pregunta, pero esa no es la razón por la que no la contesto. No la contesto porque YA LE HE DICHO QUE NO LO SÉ.

Sí, le quiero mucho. Es un padre maravilloso y yo... yo le quiero mucho.

¿Mero Okawa? Ya se lo he dicho, no sé nada sobre él. Excepto que también ha «desaparecido».

Ya le he dicho que no me acuerdo. Creo que era dueño de una de las galerías. Tomaba fotos de mucha gente, no solo de nosotras.

No, papá nunca conoció a Mero Okawa.

Sí, papá condujo hasta Skagit Harbor. Vino para llevarnos a Samantha y a mí a casa. Pero papá no conoció a Mero Okawa, lo sé.

¿Que por qué lo sé? Lo sé.

Porque papá lo dice. Papá nunca miente.

Estoy empezando a olvidar muchas cosas. No duermo muy bien, así que es como si mi cerebro se apagara durante el día. Sobre todo respecto a Krista Connor, estoy empezando a olvidarla.

Porque ella me olvidó a mí, por eso.

Incluso antes del 26 de agosto me estaba olvidando. No le puedo perdonar eso.

Nadie me puede obligar a recordar. Tengo derecho a olvidar.

15

La desaparición: 27 de agosto

Esto es lo que sé, y lo que me he tenido que imaginar.

Hacia el mediodía, un miércoles, Melanie Blanchard, la amiga y vecina de Krista Connor, pasó por la cabaña de Krista en el camino de Deer Point. Al ver que estaba su coche y sabiendo que trabajaba toda la mañana, llamó a la puerta, que era una puerta con mosquitera, pero nadie contestó. Vio que las luces estaban encendidas dentro. Llamó a través de la puerta:

—¿Krista? Hola, soy Melanie.

Pero no hubo respuesta. Conejo, que normalmente ladra para saludarla, no ladró. Krista no contestó. Melanie dijo:

—Krista, ¿estás ahí?

Melanie volvió a mirar: sí, era el coche de Krista el que estaba delante de la casa. Esta vez notó que el todoterreno de Mero Okawa estaba estacionado en el arcén del camino, delante de la cabaña de Krista.

Melanie abrió la puerta y entró.

Esto es lo que vio: una silla de enea derribada, un jarrón con flores secas estrellado contra el suelo, un caballete tumbado, pinturas y pinceles por el suelo. Una de las colchas cosidas a mano de Krista había sido arrancada del sofá. Tenía manchas... ¿manchas de sangre? Melanie se quedó mirando, horrorizada.

Era como si a través de la cabaña de su amiga hubiera soplando un violento vendaval que hubiera tirado unas cosas y respetado otras.

Melanie llamó a su collie, Princesa, que estaba ollisqueando por el camino, para que entrara. Dentro de la cabaña, Princesa olfateaba la colcha manchada y ladraba excitada, dando vueltas y vueltas como si un enemigo invisible la persiguiera.

—¿Krista? ¿Estás... en alguna parte?

Con miedo, Melanie miró en el baño, que estaba junto a la cocina, invadido por el olor dulce y penetrante de las hierbas y flores secas. Vacío.

Melanie trepó por la escalerilla para mirar en la galería. Vacía. La cama antigua de latón estaba bien hecha; la colcha de retales y los cojines de punto de cruz que había hecho Krista no habían sido tocados.

Melanie diría más tarde, poniéndose la mano sobre el corazón:

—Lo sabía. Sabía que pasaba algo malo. Esas luces encendidas y las cosas por el suelo... y las manchas de sangre. Oh, Dios, lo sabía.

Pero Melanie no quiso pecar de alarmista. Primero preguntó a todos los vecinos de Krista en ambos sentidos del camino de Deer Point, pero nadie había visto a Krista Connor esa mañana. Una mujer acompañó a Melanie y a Princesa mientras recorrían la finca de Krista, mirando dentro de la vieja caseta de los aperos y en el granero de la finca de al lado. Melanie empezó a llamar con el móvil a

distintos amigos comunes. Primero a Mero Okawa, a casa: un contestador. A la Galería Orca: un contestador. Cuando Melanie llamó a otros amigos, dijeron que no habían visto a Krista esa mañana; algunos la habían visto la tarde anterior, en el pueblo. Había estado en una inauguración en una galería y luego en una cena informal con un grupo grande, en el que se encontraban Mero Okawa y otros organizadores del Festival de las Artes de Skagit Harbor. La gente se despidió como a las diez y vieron que Krista y Mero se iban juntos. Tenían más cosas de qué hablar y Mero iba a llevar a Krista a casa en su coche.

Finalmente, a primera hora de la tarde, Melanie llamó a la policía de Skagit Harbor.

—Quiero... quiero informar de la desaparición de una persona.

16

La promesa: 2 de septiembre

Primero habló en privado con Todd. Despues con Samantha. Despues...

—Franky, tú me crees, ¿verdad?

Tenía mis dos manos entre sus manos fuertes y cálientes, el doble de grandes que las mías. Me hablaba con un tono serio y preocupado que nunca había usado conmigo antes.

Él me protegería y jamás me traicionaría como me había traicionado ella.

Él nunca me abandonaría. Él lucharía, lucharía, lucharía para estar siempre conmigo.

—Cielo, nunca he hecho daño a tu madre. Nunca la he tocado. No sé dónde está, o con quién está, ni por qué nos está haciendo esto. ¿Por qué querrá hacer daño a su propia familia?

Las lágrimas hacían brillar sus ojos. Desde el día en que se había informado de la desaparición de mi madre, Krista Connor, en Skagit Harbor, desde que la familia y

los medios de comunicación habían empezado a invadir nuestra vida, éramos como una familia en un castillo, rodeados de enemigos. Un fuego intenso nos abrasaba a todos, y nos unía.

Papá decía con voz bondadosa:

—Te prometo, cielo, que no sé dónde está tu madre. Ha desaparecido por voluntad propia. Era algo con lo que me había amenazado muchas veces. Tarde o temprano la policía la va a encontrar. La pondrán en evidencia...

Las persianas estaban cerradas en aquella habitación, un estudio con muebles pesados de cuero y un ordenador apagado. Me dolía la cabeza. Tuve que pensar en dónde estábamos. No era nuestra casa: era la casa del abogado de papá en Pinewood Grove, una urbanización privada en la Isla Vashon. El Sr. Sheehan nos había llevado allí cuando apareció un artículo en la primera página del *Seattle Times* con este titular:

**DESAPARECE LA MUJER DE REID PIERSON
EN LA ZONA DE SKAGIT HARBOR**
**La policía interroga a Pierson
y a otras personas de su entorno**

Había una gran foto de mis padres con ropa de fiesta tomada en un evento público en enero.

Después de eso, todo sucedió muy rápidamente.

La noticia había salido en todas las televisiones locales. *Carroñeros*, dijo furioso el Sr. Sheehan. El jardín delantero y la entrada de coches se llenaron de desconocidos: reporteros, fotógrafos, equipos de televisión con cámaras como ojos monstruosos. Nadie podía salir de casa sin que lo abordaran. Cuando papá se presentaba en cualquier lu-

gar, por ejemplo ante la comisaría de policía, acompañado por el Sr. Sheehan y uno de los ayudantes del Sr. Sheehan, lo rodeaban todavía más periodistas. Él intentaba sonreír, como siempre hacía Reid Pierson. Trataba de ser amable, pero las preguntas eran groseras e insultantes:

—Sr. Pierson, Reid, ¿dónde está su mujer? ¿Qué le ha pasado a su mujer? ¿Es verdad que se han separado? ¿Es verdad que su mujer tiene un amante? ¿Qué le ha preguntado la policía? ¿Qué les ha dicho?

Mientras llevaba rápidamente a papá a un coche con ventanillas oscuras que impedían ver el interior, el Sr. Sheehan intentaba alejar con la mano a estas personas odiosas, como si fueran moscas.

Pero, al igual que las moscas, no había forma de alejarlos durante mucho tiempo.

Sin embargo, allí, durante un tiempo al menos, estábamos a salvo. Papá había sido interrogado durante muchas horas y estaba colaborando plenamente con la investigación policial. Todd, Samantha y yo nos estábamos quedando con papá en la gran casa del Sr. Sheehan en la isla Vashon, rodeados por una verja de tres metros de hierro forjado, seguros. El Sr. Sheehan era un famoso abogado defensor y solía llevar a sus clientes a su casa para protegerlos de los medios de comunicación. Papá confiaba en él y nos dijo que nosotros también podíamos confiar en él.

Ahora papá me estaba apretando con fuerza las manos, explicándome que lo que estaba sucediendo era la forma en que Krista Connor castigaba a su familia. Su manera de vengarse.

—Quisiera haberlos evitado esto, cielo. No quería decíroslo a Samantha y a ti, aunque ya se lo he contado a Todd. Vuestra madre lleva desde la primavera intentando ganaros para ella. Eso es lo que dice ella, «voy ganarme a las chicas». Porque quiere divorciarse y quiere obtener

vuestra custodia. Ha conocido a alguien más con quien se quiere casar. Todo este numerito que ha montado es por dinero. Chantaje. Ha estado exigiendo millones de dólares por el divorcio, además de pagos mensuales y pagos por manutención de las hijas, y yo me he negado, porque no quiero que destruya nuestra familia. Me importa un comino el dinero. Solo me importáis tú, Samantha y Todd. Yo no creo en el divorcio. Me he resistido a sus exigencias, y esto es lo que nos hace, no solo a mí, sino a todos nosotros... Tú me crees, cielo, ¿verdad?

Vi brillar la verdad en los ojos de papá, y la verdad era el amor y la verdad me protegería.

—S...sí, papá.

En los fuertes brazos de papá, me derrumbé y eché a llorar, a llorar de verdad, por primera vez desde que llegaron las noticias de Skagit Harbor.

17

Isla Vashon: 3-4 de septiembre

—La odio. *Se ha ido.*

Samantha se pasaba todo el tiempo llorando. Tenía los ojos hinchados, llenos de venas rojas, y daba miedo verla. No comía y, en mis brazos, la sentía frágil como un gorrión. Hasta su pelo, normalmente suave y liso, estaba enmarañado, y cuando intenté desenredárselo, Samantha lloriqueó y me empujó como si le estuviera haciendo daño adrede.

—Samantha, venga. No puedes dejarte el pelo todo enredado.

—¡Déjame en paz! ¡Te odio!

Me preguntaba si Samantha se estaría acordando de que la última vez que la vimos, delante de la cabaña, mamá la había empujado sin pensar y había gritado, *Mารقاوس de aquí. No hay sitio.*

En la casa del Sr. Sheehan, que olía a licores y puros caros, Samantha y yo compartíamos una habitación de invitados. Nuestra asistenta, Lorita (ese resultó ser su nom-

bre), no estaba con nosotros en la casa del Sr. Sheehan, así que yo era la responsable de cuidar a Samantha. No me importaba, aunque Samantha estaba muy exigente. Quería dormir conmigo, en vez de sola. Si nos acostábamos cada una en una cama, a los pocos minutos la oía susurrar:

—¿Franky? ¿Puedo acostarme contigo? Es que tengo mucho miedo.

La mayoría de las veces le decía que sí. Entonces, Samantha empezaba a tener calor, o se ponía inquieta y apartaba las mantas con los pies, o empezaba a rechinar los dientes, a hablar dormida, o me despertaba y se echaba a llorar. Entonces yo no aguantaba más y me iba a la otra cama para intentar dormir.

Le eché la culpa a mamá. Nada de esto estaría sucediendo, nuestras vidas no estarían destruidas si no fuera por ella.

Quiero decir, Krista Connor. Ya no era «mamá».

No va a durar mucho, había prometido papá. Ese «asedio» al que estaba sometida la familia Pierson.

Está escondida, chicas. Es su venganza. Pero no puede esconderse para siempre. La policía la va a encontrar. Esta pesadilla se acabará.

Papá quería que Samantha y yo pospusiéramos nuestra vuelta a clase, que era la semana siguiente, pero no quise. Me daba muchísima rabia perderme el primer día de clase, como si estuviera enferma o algo así. Todo el mundo diría, *¿Dónde está Franky? ¿Le da vergüenza dar la cara?*

En realidad, mis amigas se estaban portando fenomenal. Twyla me llamaba dos veces al día y me dejaba mensajes si yo no tenía ganas de contestar («Franky, solo quería saludarte; no hace falta que me llames»); Jenn, Katy, Eleanor y Carole me llamaban y me mandaban *e-mails*, y también Meg Tyler, la entrenadora del equipo de nata-

ción, otros profesores del curso anterior y hasta algunos chicos.

Yo tenía mucho cuidado de no llevarle la contraria a papá. Ahora estaba siempre nervioso e irritable, todo el rato hablando por teléfono o esperando a que sonara. Sin embargo, le dije:

—Voy a empezar el curso en Forrester con todo el mundo, papá. Tengo que hacerlo. ¡Por favor!

Fue una decisión inspirada por la obstinación del Monstruo. Yo misma podía oír ese toque salvaje en mi voz. Papá y el Monstruo eran una combinación peligrosa, como gasolina y una cerilla encendida. Me acordaba de aquella escena en casa de los Blount, cuando papá me agarró por los hombros y me sacudió una y otra vez porque rehusé pedir perdón.

—Es que la gente va a decir que me estoy escondiendo. Como si estuviera avergonzada o algo así. Y no lo estoy. Quiero volver a mi vida normal.

Papá se quedó sorprendido, pero le impresionó.

—Franky, sí que tienes agallas.

—¿Eso quiere decir que puedo ir a clase la semana que viene?

—No te lo voy a impedir, cielo.

Me dije a mí misma que no necesitaba a mi madre para llevar mi vida adelante. Iba a ser extraño empezar el curso sin mamá, pero durante la primavera había estado fuera la mitad del tiempo y este otoño también habría estado fuera, en la cabaña de Skagit Harbor. Así que, en la práctica, no había mucha diferencia en mi vida entre que Krista Connor estuviera *desaparecida* o que Krista Connor estuviera *separada* y viviendo en un sitio nuevo.

Esto es lo que me dije a mí misma en la casa del Sr. Sheehan en la Isla Vashon.

Samantha apenas estaba en sexto y era muchísimo más vulnerable que yo. Yo estaba madurando bajo la presión, mientras que Samantha sufría una regresión evidente. Últimamente estaba demasiado inquieta como para leer durante más de unos pocos minutos, y eso que siempre le había encantado leer. Ahora era más normal que estuviera todo el rato cambiando de canal en la tele, recorriendo del 1 al 98 y vuelta a empezar por el 1, con la mirada vidriosa y el rostro sin expresión. Estaba claro que Samantha no quería volver al colegio y yo estuve de acuerdo con papá en que probablemente debería quedarse en casa un tiempo.

—Al menos hasta que mamá vuelva.

Papá me dirigió una mirada extraña, con una leve sonrisa de sorpresa.

Había sido un patinazo, llamar a Krista Connor «mamá».

A papá no le gustaba oír a ninguna de sus hijas pronunciar esa palabra, pero a veces, en ocasiones como aquella, yo no sabía cómo llamarla.

El Sr. Sheehan no paraba de hacer predicciones y promesas.

—Esto va a terminar pronto. Cuando se den cuenta de su error.

El Sr. Sheehan hablaba con una voz de televisión, entusiasta y enterada. Cuando él y papá estaban juntos, parecía como si el famoso de la tele fuera Michael Sheehan, no Reid Pierson. (Porque papá no estaba demasiado optimista en privado. A veces ni se afeitaba. Tenía que conservar su energía y entusiasmo, y su deslumbrante sonrisa de Reid Pierson, para cuando salía de casa y estaba *en el aire*.)

El Sr. Sheehan nos dijo a Samantha y a mí:

—Sois muy valientes, chicas! Rematadamente valientes.

El Monstruo caló al tipo este, con su aire de sinceridad, como un hipócrita de primera, pero al menos estaba de parte de papá. Conocía los caminos «bizantinos» del sistema judicial e iba a guiar a Reid Pierson a través de su terrible experiencia hasta que estuviera a salvo. El Monstruo pensaba, *Sí, ya, por unos honorarios; por unos honorarios enormes*. Yo sabía que los principales abogados defensores, como Michael Sheehan cobraban más de 300 dólares la hora, e incluso más en los tribunales.

—En los tribunales?

Si hubiera un juicio.

Pero no puede haber un proceso: mamá solo está escondida. A mamá no le han hecho daño. Mamá está viva. Mamá nos está «castigando», ¿no es así?

El Sr. Sheehan repitió que éramos «chicas muy valientes».

—Es muy difícil ser las hijas de una celebridad como Reid Pierson. Es que al mundo le encantan los famosos, sobre todo los héroes deportivos, pero también les encanta ver cómo se les destroza. A los polis les encanta, y a los fiscales, porque si pueden detenerlos por algo, por cualquier cosa, los medios de comunicación les prestan mucha atención. ¡Hijos de puta! —El Sr. Sheehan hablaba con tal vehemencia y apoyando tanto a papá que me habría gustado tenerle cariño.

Lo malo es que en realidad nos estaba adoctrinando. Nunca dejaba de adoctrinarnos.

Ya me había interrogado una mujer de la oficina del fiscal. Todd también había estado allí (pero no Samantha, que era demasiado pequeña, dijo el Sr. Sheehan). Puesto que yo era menor de edad, papá y el Sr. Sheehan estuvieron presentes. Creo que mis respuestas me salieron

algo agresivas y resentidas. En gran medida porque tenía miedo (tengo que admitirlo). El Sr. Sheehan me dijo que me volverían a interrogar y que debería tener cuidado de decir exactamente lo que quería decir, ni más ni menos.

—Al adversario, no le das ni una migaja; le haces trabajar y no le das nada.

Intenté pensar que la investigación policial era una especie de juego, un juego con reglas que conocía el Sr. Sheehan, que estaría con nosotros, y tenía muy presente que el objetivo de la investigación era encontrar a Krista Connor, y ese era un objetivo bueno y deseable. ¿O no?

Tú sabes que tu madre se ha ido. Tú sabes que no volverá.

El Monstruo lo sabe.

En la investigación sobre la desaparición de Krista Connor se estaba interrogando a mucha gente. No solo a nuestra familia, sino a parientes de mi madre, amigos, vecinos y conocidos de Seattle y no solo de Skagit Harbor, y probablemente a muchos otros. (También se investigaba la desaparición de Mero Okawa, pero lo hacía exclusivamente la policía del condado de Skagit y con muchísima menos publicidad.) Supe, por las noticias de la tele, que dedicaban mucha atención a este tema, que se estaban rastreando bosques, pantanos y edificios abandonados del condado de Skagit, además de algunos tramos del río y de otros canales. Había investigadores forenses expertos trabajando en la escena del crimen.

Yo sabía que se trataba sobre todo de una investigación de homicidio, no la búsqueda de una persona desaparecida. Pero intentaba no pensar en esos términos.

¡No! Mamá no se ha ido. No me lo creo.

No puede haberse ido. Es lo que dice papá: una especie de juego.

Nosotras, Francesca y Samantha, debemos colaborar en este juego.

—Vuestro padre no salió de casa la noche del 26 de agosto. Ya estamos todos de acuerdo sobre ese punto, chicas, ¿sí?

Samantha, mientras se arrancaba una costra de la rodilla, asintió con la cabeza.

Samantha la de la mirada vidriosa, con su palidez enfermiza. Cuando Samantha no estaba llorando o gimoteando, estaba zombi.

—Vuestro padre llegó a casa directamente desde el estudio, eso ya lo hemos constatado con varios testigos; estaba «exhausto» y mostraba los efectos de la medicación a base de codeína cuando se sentó a cenar con vosotras, como a las siete y media, ¿correcto? Luego se fue a la cama entre las ocho y media y las nueve y tomó una fuerte dosis de una medicina para dormir al menos doce horas. Y eso es lo que durmió.

El Sr. Sheehan hizo una pausa efectista, sonriendo. Hablaba como si se dirigiera a un numeroso público atento.

—Hasta donde vosotras sabéis, Francesca, Samantha, vuestro padre sí durmió toda la noche y *vosotras lo habréis oído si hubiera salido de casa*, ¿vale? Todd ha jurado esto, y vosotras, ¿lo vais a jurar, Francesca, Samantha?

Samantha asintió moviendo fuertemente la cabeza como un zombi. Al verme titubear, el Sr. Sheehan me miró fijamente, sonriendo más intensamente.

—¿Francesca? ¿Eh?

También asentí con la cabeza. Sí, lo juraría.

—Pues bien, chicas, cuando os preguntén, y seguro que os lo preguntan, dónde pensáis que estaba vuestro padre esa noche y si es que salió de casa aunque fuera solo cinco minutos, vosotras vais a contestar que...

Samantha se estremeció y se metió con fuerza el dedo gordo en la boca. Con una vocecita débil dijo:

—Pa... Papá estuvo en casa toda la noche. Yo lo sé.

El Sr. Sheehan se volvió a mí. Su mirada era acerada y astuta.

—¿Francesca? Ten cuidado con... seguro que irán a pillarle si pueden.

Yo musité:

—Ya lo he dicho. Ya se lo he dicho. Cientos de veces.

—Pues una vez más no te va a hacer daño, cariño.

Yo seguí titubeando. Sentía la cabeza como si por dentro se movieran cristales rotos; me dolía. *El Monstruo había estado despierto. El Monstruo había oido.*

¿Oído qué?

Algo.

Pero eso fue un sueño. Un sueño no se puede probar.

Me quedé mirando el dibujo que formaban unas manchas en mi zapatilla deportiva. Pensaba que eso es lo que sucede, te compras unas zapatillas estupendas y son monísimas y sin embargo llega un día, y a mí me ocurre muy rápido, en que se manchan y empiezan a tener el mismo aspecto que las zapatillas viejas que has guardado en el armario junto con otros dos o tres pares viejos que no has llegado a tirar a la basura. Pensaba lo rápidamente que puede suceder eso, y entonces las zapatillas ya no son nuevas.

Un coche entrando hacia el garaje, con las luces apagadas. Una puerta que se abre en el extremo del pasillo.

¿Pisadas?

Definitivamente, no se puede probar.

Los números luminosos verdes del reloj digital, flotando en la oscuridad al lado de la cama. Los ojos bien despiertos del Monstruo que ven 4:38.

¡No se puede! No se puede probar.

Cuando el Sr. Sheehan sudaba, su olor a agua de colonia se tornaba ligeramente rancio, como ocurría en aquel momento. Me miraba fijamente y sonreía con intensidad.

Samantha, que todo el día había estado demasiado inquieta como para mirarme, entonces también me observaba fijamente, con el dedo gordo metido en la boca. Durante un momento de nervios pensé si yo habría emitido algún sonido, si habría gemido o musitado algo.

—Vale, venga. Ya se lo he dicho. Puedo jurarlo: papá estuvo en casa toda la noche. Papá nunca salió de casa, ni cinco minutos. Yo habría oido a papá si hubiera salido. Lo juro.

18

Lógica de Monstruo: 4 de septiembre

El Monstruo lo razonó. Era tan simple como averiguar que los lados de un triángulo equilátero son todos iguales.
Si mamá se ha ido y no va a volver nunca, te queda papá. Te queda papaíto, que te quiere. Solo te queda papaíto, que te quiere.

19

El Monstruo de Ojos Verdes: primer día del curso, 8 de septiembre

Allí está...

¿Cuál es? ¿La pelirroja?

Esa es Franky.

¿Qué Franky?

No te la quedes mirando, joder. Ya sabes, Franky Pierson. La hija de Reid Pierson.

Jo... der. ¿Esa?

Esa.

¿Cómo se lo está tomando Franky?

Es una cosa muy rara. Ya sabes cómo es Franky, disimula, haciendo ver que no pasa nada.

¡Y una mierda! El padre de Franky no lo ha hecho. Nunca me creería nada así de Reid Pierson.

*¡Yo tampoco! Reid Pierson es guay.
Y es guapísimo. Y dulce. Mi madre está colada por él.
¡Mi madre también!
Bueno, entonces si no ha sido él, ¿quién lo ha hecho?
¿Hacer el qué? Nadie ha encontrado el cadáver. Todavía.*

Me tocó una buena aula de tutoría, con una profesora que le caía bien a todo el mundo, y tres de mis amigas, incluyendo a Twyla, estaban allí también. Mis asignaturas parecían bastante prometedoras, al menos Biología, Plástica y el Seminario Especial de Lengua, que tendría solo siete alumnos y sería impartido por un profesor que también era poeta. Twyla me preguntó si quería comer solo con ella y Jenn o si prefería que nos sentáramos en una mesa más grande (que era lo que solíamos hacer en la cafetería) y yo le di las gracias y le dije que no tenía hambre y que prefería ir a la biblioteca (era cierto, aunque comí en cinco minutos cosas de las máquinas expendedoras de la sala de alumnos). Casi todo el mundo fue muy amable, al menos en mi cara.

Excepto: el director, el Sr. Whitney, que había estado intentando durante años que mi padre visitara Forrester («Solo para saludarlo y quizás tomar una copa de jerez en mi despacho»), estaba claro que me evitaba. Mientras que antes siempre me saludaba, esta vez, cuando me crucé con él en el pasillo donde él estaba de pie hablando con unos chicos del último curso, me vio y se quedó como congelado durante un instante y después se giró para evitarme, ligeramente pero de forma obvia, como si hubiera visto algo deforme. Con una voz lóbrega de Monstruo, le dije «Hola, Sr. Whitney», solo para darle a entender al muy hipócrita que lo había calado.

De repente, después de aquello me resultó evidente que todo el mundo estaba pendiente de mí por el rabillo del ojo. Se asomaban por el borde de la puerta de su taquilla. En las escaleras se giraban para mirarme. En las clases de la tarde los profesores parecían avergonzados de nombrarme al pasar lista:

—*¿Francesca Pierson?*

Y cuando levantaba la mano y decía «*Aquí!*» el aula quedaba en silencio y yo sabía que todos los que estaban detrás de mí me miraban y que los que estaban delante hacían esfuerzos para no girarse a mirar.

Mis profesores sabían quién era yo, por supuesto. Era nueva en su asignatura, pero de todas formas lo sabían. Veía sus ojos flotando en un mar de lástima como si fuera leprosa y me pudieran compadecer pero no acercarse a mí, por si lo que tenía era contagioso. *¡Pobre chica! Su madre ha desaparecido. A su padre lo está interrogando la policía. Y sabes quién es el padre, ¿no?* Casi podía oír esas palabras como mosquitos zumbándome en los oídos. Sin embargo, me mantuve controlada gracias al Monstruo hasta la mitad de la quinta hora, Sociales, cuando algo parecido a una ola me golpeó, un malestar frío en el estómago, y supe que no podría aguantar el resto de la clase. Levanté la mano e hice un débil ademán para darle entender al profesor que me sentía fatal. Entonces, con la cabeza agachada, los ojos al suelo y la mochila apretada contra el pecho, salí del aula casi corriendo.

En el servicio tuve un repentino ataque de diarrea. Fue como si las tripas me ardieran. También temblaba. Estaba tan débil que fui dando tumbos a la enfermería. La enfermera me echó un vistazo a la cara y me hizo tumbarme. Me tomó la temperatura (tenía 37,8º; la enfermera dijo que eran unas décimas), me dio dos pastillas y me dijo que a lo mejor estaba pillando un resfriado.

Me quedé tumbada cubierta con una manta y tiritando. ¿Me conocía la enfermera? ¿Sabía de quién era hija? ¿Le contaría entusiasmada a todo el mundo: *Adivina quién ha estado en la enfermería esta tarde, con un resfriado...*

20

La tía Vicky y la polilla gigante: 9 de septiembre

La entereza del Monstruo me hizo proponerme que no iba a flaquear, pero tan pronto como me vio la tía Vicky y se apresuró a abrazarme, no pude evitar abrazarla yo a ella. Me tomó en sus brazos como si estuviera cayéndome y ella me salvara, y la sentí temblar. Fue tan extraño que me vino a la cabeza el pensamiento, *esta no es la tía Vicky, es otra persona*. Porque estaba muy cambiada, hasta en la voz.

—Hay que tener esperanza, Franky. Hay que rezar. Puede que ella esté... seguro que está bien.

La tía Vicky era la hermana mayor de mi madre, le llevaba tres o cuatro años. Era una mujer alta, con aspecto inusualmente fuerte, que se mantenía en una excelente condición física corriendo y practicando senderismo y acampada. En su familia, la tía Vicky era criticada —y admirada— por no haberse casado, por ser independiente, *ser muy suya*. Ahora estaba nerviosa y emocionada. Impresionaba verla tan ojerosa y demacrada. El pelo, que era de

un rojo desvaído, más gris que el de mi madre, lo llevaba peinado hacia atrás, fuera de la cara, y eso le daba un aspecto desprotegido, un poco rudo y gastado, castigado por los elementos. Papá no quería que viera a la tía Vicky –no se llevaban muy bien– pero, a la vez, parecía admirarla hasta cierto punto. Él solía decir que de las hermanas Connor, Krista era la guapa y Vicky la que tenía cerebro. Su intención era que esto pareciera un cumplido, supongo, pero en realidad sonaba a que tanto a Krista como a Vicky les faltaba algo fundamental.

Ahora la tía Vicky tenía los ojos rojos e hinchados, como Samantha, y la voz quejumbrosa. ¡No me gustó nada verla así!

Me hablaba con un tono casi de súplica:

—Franky, ¿estás bien? ¿Cómo estás tú y Samantha?

Yo me encogí de hombros. Odiaba que cada vez que me veía un adulto me preguntara eso.

Y, de todas formas, no iba a decirle la verdad, que había tenido un problema estomacal de lo más asqueroso y repulsivo, que la regla se me había adelantado once días este mes y los calambres casi hacían que me desmayara, que no podía dormir más de una hora seguida, que tenía sueños psicóticos, y que estaba confusa y rabiosa. De ninguna manera iba a decirle a nadie, ni siquiera a la tía Vicky, aunque yo sabía que me quería, lo que pasaba en mi interior.

Mi madre se fugó. Nos abandonó.

¿Por qué nos iba a importar ella a nosotros ahora?

La tía Vicky me sujetó por los hombros y me miró a los ojos inquisitivamente.

—Dime cualquier cosa que sepas sobre tu madre, Franky, por favor. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con ella? ¿Fue ese domingo que fui yo y Samantha y tú ya os habíais ido? Y... ¡no sé, cualquier cosa! Dime lo que sea.

Es horrible cuando un adulto te suplica. Te sientes fatal cuando no le puedes dar lo que te pide y lo odias por hacerle eso.

Papá me había prevenido. Me dijo que mi tía me iba a hacer preguntas «indiscretas», «hostiles». Como la policía. Papá me había advertido de que debía tener mucho cuidado con lo que le dijera a la tía Vicky, porque ella estaba «de parte de tu madre» y era «nuestra enemiga». Él pensaba que mi tía se había opuesto a que su hermana menor se casara con él y que todo lo que decía sobre Reid Pierson estaba basado en prejuicios. Odiaba los deportes, decía papá, así que lo odiaba a él.

La tía Vicky me preguntó sobre aquel domingo. Cuándo fue papá a Skagit Harbor para llevarnos a Samantha y a mí a casa. Si mientras él y mamá estaban juntos en la cabaña llegué a oír... algo.

Rápidamente negué con la cabeza.

Pero la tía Vicky no me creyó.

—Franky, mírame. Mírame a los ojos. Ya sé lo que le has contado a la policía, pero... por favor, ¿me lo vas a decir?

Cerré los ojos y sacudí la cabeza. Sentí cómo me golpeaba la coleta en la espalda.

De repente, la tía Vicky se emocionó y me dijo.

—Ay, Franky. Tengo miedo... de que tu padre la haya... la haya...

Dejó de hablar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue a lo que fuera, no se atrevía a decirlo.

Golpeado. Maltratado. Amenazado.

Me eché hacia atrás, también conmovida repentinamente. Me invadió una llamarada de rabia y pánico.

—Tía Vicky, no sé dónde está mamá.

—Franky, espera...

—¡Déjame en paz!

Salí corriendo de la habitación. Me tapé los oídos con las manos para no oír a la tía Vicky llamándome.

Cuando estaba en octavo y me seleccionaron para el equipo de natación, papá se enorgulleció tanto de mí que me dejó ir con la tía Vicky en uno de sus viajes al suroeste de Estados Unidos. Solo cinco días, pero fue una experiencia de senderismo y turismo realmente espectacular. Uno de los sitios que recuerdo era un jardín tropical anejo a un museo de historia natural en Alburquerque, Nuevo México. Me encantó: árboles y enredaderas gigantes; flores de la jungla bellísimas; una enorme cantidad de mariposas, muchas tan grandes como mi mano extendida, con unos colores tan brillantes como si las hubieran pintado, y comportándose como si estuvieran domesticadas. Por todas partes había aves que graznaban. Era un ambiente de bosque tropical con tanta humedad en el aire que sentías que se te iba cubriendo la piel de agua. Mis aves favoritas fueron las cacatúas blancas y los papagayos del Amazonas, con sus hermosas plumas verde brillante rematadas en rojo carmesí y sus asombrosos ojos extraordinariamente despiertos. Allí estaba Daisy, que graznó: «¡Hola, niña bonita!» cuando la tía Vicky y yo nos la quedamos mirando. Yo le iba a acariciar la cabeza, pero la tía Vicky me sujetó la mano a tiempo. En la percha de Daisy había una advertencia en clave de humor: *Ojo que muerdo. Luego me odio a mí misma por haberlo hecho, pero morder, muerdo. Así que ya estáis advertidos!*

Lo más extraño que había en el jardín eran las gigantescas polillas Atlas.

Eran unas polillas hermosas y enormes que habrías tomado por mariposas, eran casi del tamaño de un murciélagos. Estaban arracimadas en los troncos de los árboles

y en las enredaderas. Algunas casi no se veían de lo bien que emulaban el color de los árboles. Eran de un color marrón brumoso, con las alas salpicadas de manchas. La tía Vicky dijo que había programado nuestra visita para coincidir con su temporada de apareamiento, que ocurría solo una vez cada cinco años. Sí se podía ver a las polillas apareándose, más o menos: una gran polilla manchada puesta sobre otra un poco más pequeña, sin moverse. Por lo menos no se movieron mientras las mirábamos.

Lo que tiene de especial esta variedad de polilla, dijo la tía Vicky, es que pasan cinco años dentro del capullo y solo de tres a cinco días «vivas» en forma de polilla. ¡Nacen con sistema reproductor pero sin sistema digestivo! Cuando salen del capullo, tienen solo unos pocos días para aparearse antes de deteriorarse y morir.

—Pero surge una nueva generación para continuar el ciclo.

Lo dijo como si eso fuera una buena noticia.

Me reí e hice como que temblaba.

—Me alegro de no ser una polilla Atlas.

—Sí, Franky, pero para las polillas, de tres a cinco días es la vida entera. Ellas sentirán que es suficiente.

—Vaya, tía Vicky! Ya estás con tus cosas.

—La naturaleza tiene caminos misteriosos, Franky. Aunque, de alguna manera, todo tiene sentido.

Sabía que ella había estudiado biología y ecología. Sin embargo, me puse testaruda y le dije:

—A lo mejor la naturaleza no tiene ningún sentido. A lo mejor es que las personas como tú quieren que lo tenga.

Tres años después, pensé en aquella conversación. Así como entonces la tía Vicky decía que las cosas tienen sentido y acaban básicamente bien, ahora, trece días después de la desaparición de Krista Connor y Mero Okawa, ella creía que las cosas también acabarían bien para ellos.

La investigación: 27 de agosto - 9 de septiembre

—Echo de menos a Conejo. *Quiero que vuelva Conejo.* Samantha hablaba con tristeza pero a la vez con apatía. Sabía que lo que ella deseaba no importaba nada.

Después de tantos días de búsqueda en el condado de Skagit por parte de la policía, del personal de salvamento y de los voluntarios, Krista Connor y Mero Okawa seguían sin aparecer. Y lo mismo pasaba con el perro de Krista Connor, Conejo.

En las noticias de la tele, normalmente no se mencionaba a Conejo. A nadie le importaba Conejo, excepto a Samantha y a mí. Yo deseaba que estuviera vivo, lo deseaba muchísimo. A veces cerraba los ojos para poder oír sus uñas golpeteando contra el parquet y sus ladridos agudos y jadeantes. *¡Eh! ¡Hola! ¡Aquí estoy yo!*

No le dije a Samantha algo que había averiguado cuando me conecté a una de las páginas web dedicadas al caso: que la sangre encontrada en la colcha de Krista Connor había sido identificada como «no humana».

No era la sangre de Krista Connor ni la sangre de Mero Okawa; era la sangre de Conejo. Yo lo sabía.

Habría ladrado, habría intentado morder, proteger a su ama. Un perrito valiente y peleón que cualquier chico crecido o cualquier hombre podría matar si lo pateaba fuerte una y otra vez.

En nuestra familia nunca hablábamos de la investigación policial.

Por «nuestra familia» quiero decir nuestra familia reducida: papá, Todd, Samantha y yo.

Nunca hablábamos de Krista Connor directamente. Normalmente era *ella*. Una persona desaparecida, como un objeto perdido. Casi nunca aludíamos a Mero Okawa; era fácil olvidarse de Mero Okawa, pero cuando se hablaba de él era simplemente «Okawa».

Solo papá y el Sr. Sheehan pronunciaban ese nombre, «Okawa». Siempre con cara de desdén y asco. Como si tuvieran un mal sabor de boca.

Si leías los periódicos o veías la tele, era evidente que los individuos desaparecidos eran «una pareja». Como habían desaparecido juntos y el todoterreno de Mero Okawa estuvo aparcado delante de la cabaña de Krista Connor toda la noche, se daba por sentado que eran amantes o algo así. Sus amigos y vecinos en Skagit Harbor lo negaban con vehemencia, pero nadie los tomaba en serio. Había un deseo colectivo de creer que la mujer desaparecida, separada de su marido famoso, había estado teniendo encuentros clandestinos con un galerista local y que sus relaciones, relaciones adúleras en el caso de la mujer, probablemente eran la causa de su desaparición. La creencia generalizada era que el marido famoso había tenido algo que ver con la desaparición, pero para otros la pareja se había fugado. En el *Seattle Star*, un periódico sensacionalista, un «amigo íntimo» sin identificar de Mero Okawa,

testificaba que Okawa era un «hombre irascible con antecedentes de violencia doméstica». En *Seattle After Hours*, un programa de entrevistas que se emitía a altas horas de la noche en la televisión por cable, se discutió con toda seriedad sobre la posibilidad de que Krista Connor hubiera sido «raptada» por Mero Okawa.

La pareja desaparecida había sido vista en Las Vegas, en Palm Springs y en la bahía de Kailua, Hawái.

El Sr. Sheehan admitió ante los periodistas que su cliente y Krista Connor habían hablado de una «separación amistosa», pero no de divorcio.

Ni Reid Pierson ni su mujer, Krista Connor, eran partidarios del divorcio, insistió el Sr. Sheehan. Puede haber habido otro hombre (... sobre el cual mi cliente no sabe nada), pero, de hecho, los Pierson estaban a punto de reconciliarse cuando Krista Connor desapareció.

Cuando leí esto, en la Web, sentí un golpe de esperanza. ¿Mamá vuelve a casa? ¿De verdad?

El Monstruo tenía un enorme deseo de creérselo.

—¿Qué es lo que quería tu tía Vicky, Franky?

La voz de papá era amistosa y relajada. Pero yo noté la tensión en su mandíbula. Últimamente no salía en la tele. Todavía estaba empleado por la cadena pero sus labores de comentarista habían sido «suspendidas temporalmente» (según el *Seattle Times*). Así que estaba inquieto y muy pendiente de sus hijas.

Le dije:

—Pues... solo quería hablar, papá. Nada.

—Sembrando la semilla del descontento, ¿eh? Igual que toda esa familia.

Me mordí el labio. No sabía qué decir. El corazón taciturno del Monstruo latía con fuerza.

—Me imagino que la tía Vicky preguntaba por mí, ¿no? Difundiendo sospechas sobre mí. Como si yo no estuviera hecho polvo con esto, demolido por la tristeza tanto como ella, más que ella, en realidad. ¡Yo soy el marido, por el amor de Dios!

Papá se frotaba los ojos con enfado. Ahora siempre tenía dolor de cabeza por la sinusitis, decía, y la medicación no le hacía nada.

—¿Le dijiste eso? ¿A la hermana mayor metomentodo?

Insegura, le respondí:

—A la tía Vicky no le pasa nada, papá. Simplemente está preocupada por... su hermana.

—Pues ya puede, ya. Anda que desaparecer de esa manera. Con su amante, el «nativo». Ahora dicen que el tal Okawa es un chalado, que está enredado con muchachos, cosas sadomasoquistas, ese tipo de cosas que se ven en Internet. Tu ingenua madre fue engañada.

Papá sacudió la cabeza con pesar.

¡Yo nunca había oído aquello! El Monstruo me inspiró una sensación desafiante, instándome a resistir.

Papá continuó:

—Los Connor son la típica familia con problemas. Son desconfiados, paranoicos. Han «roto sus relaciones» conmigo, según ha informado al público su abogado. Qué bonito, ¿eh?

No estaba segura de lo que quería decir, pero sabía que era mejor no preguntar.

—La próxima vez que tu tía Vicky entre en esta casa, quiero estar presente. Quiero que Mike Sheehan esté presente. No quiero que esa mujer enferma, que odia a los hombres, envenene la mente de mi hija como envenenó la de su hermana. Todos los Connor han estado dando falsos testimonios sobre mí a la policía. Nunca los perdonaré. Y tú tampoco.

Papá tenía un aspecto tan enfermo, tan triste, que quise abrazarlo. Pero tenía miedo de tocarle.

—Vale, papá.

—Todd está de mi parte. Todd es mi chico desde siempre. Todd sabe de qué va esto. Ella rompió el corazón de ese chico fingiendo que era su madre cuando, en realidad, no era apta ni para ser una madrastra. Y tú, cielo, y Sam-Sam. Todos estás de parte de papá, ¿verdad? Cuando la encuentren, vivita y coleando, la policía la va a detener. ¿Y sabes lo que voy a hacer? ¡La voy a demandar! Por arrastrar a su familia por el barro, por intentar destruirnos. Por tratar de arruinar el trabajo de Reid Pierson. Y vosotros, chicos, testificaréis a mi favor, ¿verdad que sí?

No era una pregunta, era una orden.

—Franky, mi chica mayor. Tú estás en el equipo de papá, ¿verdad?

—Sí, papá.

—Se podría poner feo. Más feo. Cuando *ella* vuelva.

Papá hablaba con tal convicción, con una expresión de seriedad en la cara que nunca adoptaba en la tele, que pensé que seguramente decía la verdad.

Cuando ella vuelva.

22

El Programa de Don Spence: 10 de septiembre

Su voz era emotiva y sincera.

—¿Sabes lo que creo? Es como la emoción que siente la multitud cuando un hombre, un deportista estrella, sufre una lesión y lo sacan del campo. Te aman, pero a la vez les encanta bajarte, bajarte, bajarte, hasta su propio nivel.

No era Reid Pierson el que decía estas palabras llenas de sentimiento, sino un entrevistador de melena juvenil, Don Spence, en *El Programa de Don Spence*, un espacio de la televisión local muy popular.

—Bueno, Don, supongo... no es que esté en desacuerdo contigo... —papá respondía con una leve sonrisa y el entrecejo fruncido, como intentando ser meticuloso en sus jucios—, pero creo que es algo totalmente inconsciente, ¿sabes? No se dan cuenta.

—No es algo consciente, pero es real.

—Puf... eso te lo puedo asegurar yo: sí que es real.

Papá se rió, sacudiendo la cabeza con gravedad.

Don Spence estaba entrevistando a Reid Pierson, competidor y colega desde hacía muchos años. A veces era imprevisible, incluso cruel hacia los invitados del programa, pero normalmente era amable, amistoso, gracioso y equilibrado. Eran rivales, ya que trabajaban en cadenas distintas, pero aun así afirmó:

—En la actualidad no hay mejor comentarista deportivo que Reid Pierson —esto lo dijo tras dar la bienvenida a su invitado y estrecharle efusivamente la mano—. No digo esto por hacerte la pelota, ya sabes que Don Spence no hace la pelota a nadie. Lo digo porque es la verdad.

—Don, gracias. Realmente te lo agradezco.

Papá hablaba con humildad, y hubo un momento en que parecía que parpadeaba para retener las lágrimas.

¡Qué guapo era papá! Casi parecía un hombre joven. Su postura era perfecta, con la cabeza bien alta. Las ojeras, que casi parecían moratones, se habían desvanecido. La expresión de sufrimiento que habíamos visto en su cara durante semanas, se había desvanecido. Su porte era grave, porque a fin de cuentas estaba en *El Programa de Don Spence* para hablar sobre la desaparición de su mujer bajo circunstancias muy sospechosas, pero a la vez era capaz de sonreír en los momentos apropiados.

Todd, Samantha y yo estábamos viendo la entrevista en nuestra casa de Yarrow Heights. (Ya habíamos vuelto a casa, ahora que los buitres de los medios de comunicación, como los llamaba papá, estaban menos activos.) Todd había puesto el programa a grabar, como solía hacer con todos los programas de noticias y de entrevistas desde el 27 de agosto, con la intención de formar un «archivo» para papá. Todavía le quedaban dos semanas para empezar el curso en la universidad y para entonces, el caso de las personas desaparecidas ya estaría resuelto. Entonces podríamos retomar nuestras vidas normales. Eso es lo que pensaba Todd.

Yo también lo creía. Había vuelto al instituto después del primer día, que fue tan duro, y me había propuesto continuar. Estaba aplicando la lógica del Monstruo: *Un día tras otro, una hora tras otra. ¡Tú puedes!*

Don Spence disparaba las preguntas a Reid Pierson de forma franca, cándida, y Reid Pierson las contestaba con una voz franca, cándida.

—¿Sabes dónde puede estar tu mujer, Reid?

—No, Don. No lo sé.

—¿Tuviste algo que ver con su desaparición, Reid?

—No, Don. Nada en absoluto.

—No estás en contacto con ella, ¿o sí?

—Ojalá estuviera en contacto con ella. Pero no.

—¿Conoces a Mero Okawa?

—No.

—¿Nunca lo has visto?

—Nunca le he puesto los ojos encima.

—¿Tiene algo de cierto, Reid, el rumor de que tu mujer, Krista, te ha pedido el divorcio?

—De ninguna manera, Don, de *ninguna* manera.

Papá parecía conmovido al responder esta última pregunta.

Después de una pausa para publicidad, *El Programa de Don Spence* volvió con un reportaje pregrabado. Eso nos pilló por sorpresa. ¡Eran primeros planos de nuestros padres! Papá y mamá eran más jóvenes, sonreían de felicidad, estaban muy atractivos. Sentí un nudo en la garganta. No estaba preparada para aquello. Había fotos de Reid y Krista Pierson con su familia: el alto y bien parecido Todd («el hijo de veinte años de Reid Pierson, de su primer matrimonio») y las hijas de los Pierson («Francesca, que en la actualidad tiene quince años, y Samantha, de diez»).

Samantha lloriqueaba:

—Quiero que vuelva mamá. ¿Por qué no vuelve mamá? Papá ha dicho que está escondida.

Todd le dijo bruscamente:

—Calla, Samantha. Estoy intentando oír esto.

Después siguieron «momentos significativos en la carrera del popular deportista». Luego breves entrevistas con personas famosas que querían expresar su confianza en Reid Pierson: el presidente de los Halcones Marinos, varios periodistas deportivos, el ex alcalde de Seattle, Brock Hawley, que era amigo de papá desde hacía años, y el empresario y filántropo de Seattle Bud Blount. Blount decía con vehemencia:

—Lo que está sucediendo, este juicio paralelo de los medios de comunicación, me pone de muy mal humor. «Inocente hasta que se demuestre su culpabilidad»: forma parte del estilo de vida americano. Cualquiera que conozca a Reid Pierson sabe que es un marido y un padre bueno y cariñoso, un tipo legal y decente. Lo que yo pienso, francamente, es que esto no es más que una pelea familiar, una discusión de pareja, un asunto personal y privado que se ha escapado de las manos...

Luego aparecieron en pantalla una serie de planos de vídeo y fotos de Reid Pierson cuando tenía unos veinticinco años, con una mujer joven muy rubia, muy guapa: «Bonnie Lynn Byers, de Los Ángeles, la primera esposa de Reid Pierson». Salieron fotos de Bonnie Lynn Byers cuando era modelo de pasarela y tomas de vídeo de la joven pareja bailando en su boda; había fotos de los Pierson en el baile de año nuevo que el alcalde dio en 1983 y, con ropa deportiva deslumbrante, en la cubierta del yate de un amigo en 1984. La voz en off de Don Spence decía con aire dramático sobre algunos planos de veleros navegando:

—La primera esposa de Pierson murió repentinamente en junio de 1985 en lo que se calificaron como circunstancias misteriosas, un accidente de navegación en Puget Sound del que Reid Pierson fue el único testigo.

Un *collage* de fotos mostraba primeros planos de Reid Pierson ocultando su rostro a los fotógrafos con gesto desolado; la voz de Don Spence seguía:

—El forense del condado declaró que la muerte fue accidental, aunque hubo presiones por parte del fiscal de Seattle para que se hiciera una investigación más minuciosa. Finalmente, tan controvertido asunto fue cerrado con una confirmación del veredicto original, muerte accidental. Menos de dos años después, Reid Pierson contrajo matrimonio en segundas nupcias.

Cuando Bonnie Lynn Byers apareció en pantalla, Todd reaccionó con dolor. Murmuró algo que sonó como «Dios mío». Una lata de cerveza que tenía en la mano derecha se le cayó de los dedos a la moqueta sin que se diera cuenta. Samantha y yo miramos con miedo a nuestro hermano mayor, deseando que no se volviera contra nosotras, pero su cara estaba rígida y sin expresión. Tenía los ojos vidriosos, casi completamente cerrados.

Cuando *El Programa de Don Spence* hizo una pausa para otra secuencia de anuncios ruidosos, Todd se puso de pie trabajosamente y salió de la habitación dando tumbos.

Samantha susurró:

—¿Esa era la mamá de Todd? Era muy guapa.

Yo pensé que debía seguir a Todd. Ver a su madre en la televisión así, sin previo aviso, había sido un choque incluso para mí, y no podía ni imaginarme lo duro que había tenido que ser para Todd. Pero el Monstruo sabía que no debía ir. *Déjalo en paz. Él no quiere estar contigo.*

Francamente, le tenía miedo a mi hermano. Desde la desaparición de mamá y desde que la llamó «puta», la personalidad de Todd era muy voluble, imprevisible. Tanto en la casa del Sr. Sheehan como luego en nuestra casa, Todd pasaba horas en los aparatos de gimnasia y levantaba pesas sin cesar. A veces se quedaba dormido en la cama, sin darse cuenta de que ya llevaba horas allí. Otras veces, se ponía a gritar sin razón aparente, o a llorar sin consuelo. Yo intentaba calmárselo, pero él solo se enfadaba más. Al final, se iba a su habitación y se quedaba allí sentado, sin moverse ni hablar, hasta que se quedaba dormido.

tando pesas. Solía presumir de poder levantar en una máquina de pesas su propio peso, 95 kilos.

El Programa de Don Spence se reanudó con Don Spence y su invitado Reid Pierson en directo desde el estudio, como al principio. Se notaba que los dos habían estado charlando y hasta riéndose durante la emisión de la parte grabada. Obviamente, papá no tenía idea de lo que se había emitido y habían visto cientos de miles de espectadores. Don Spence, por su parte, no le dio a su «amigo y rival» ni una sola indicación de que acababa de darle una puñalada por la espalda. Concluyó la entrevista con un comentario entusiasta respecto a que Bud Blount tenía toda la razón, el sistema americano de justicia se basa en que cada persona es «*innocente a menos que se demuestre su culpabilidad*».

A papá se le permitió decir unas últimas palabras, mirando a la cámara.

—Solo deseo transmitir una súplica a cualquiera —¡cualquiera!— que pueda tener información vital sobre mi mujer, Krista Pierson, que lleva desaparecida desde el 27 de agosto: ¡por favor, ayudadnos! Ofrecemos una recompensa de 50.000 dólares a cualquiera que nos proporcione información que sirva para que Krista vuelva. Y, Krista —la voz de papá empezó a ponerse temblorosa y los ojos se le llenaron de lágrimas—, si estás viendo esto, por favor, cariño, por favor, quiero saber algo de ti. Por favor, vuelve a casa. Te quiero, cariño. Todos te queremos y te echamos de menos. Krista, *por favor*.

Samantha lloraba a gritos ya, así que tuve que abrazarla. En la pantalla, la cámara se alejaba y mostraba a Don Spence y a Reid Pierson sentados amistosamente, hablando fuera de micrófono, mientras la sintonía del programa sonaba a todo volumen.

23

¡Acuérdate de Don Gallo!

... Iba en bici por un sitio que casi me resultaba familiar, llevaba prisa, estaba ansiosa y el corazón me latía con fuerza. ¿Dónde estaba ese lugar? Había colinas y olor de agua. No podía ver con mucha claridad. Había casas, creo, pero muy espaciadas entre sí y de color poco definido. ¿Mamá? ¿Mami? Intentaba ser el Monstruo de Ojos Verdes, pero tenía miedo y el Monstruo nunca lo tiene. Parecía que yo sabía que si llegaba al sitio a donde me dirigía, estaría a salvo, pero había un problema con la bicicleta. Era de Mero Okawa y tenía el manillar demasiado alto y las ruedas extrañamente asimétricas, de modo que no podía mantener el equilibrio y me caía constantemente. ¿Mamá? ¿Dónde estás? Mi voz no era la mía, sino una voz mucho más joven.

Había una casa verde claro flotando junto al camino, con grandes manzanos de amplias ramas en el jardín delantero. Yo sabía que era una casa importante, pero no podía recordar por qué. De repente vi el río; sabía que

debía de ser el Río Skagit. Intentaba pedalear por el camino de Deer Point para llegar a la cabaña de mamá, pero el camino era empinado y por mucho que lo intentara no lograba mover los pedales, aunque yo era el Monstruo de Ojos Verdes y sabía lo que quería y no tenía miedo.

¡Mami! Ayúdame.

Un gallo empezó a cantar. Lo reconocí: ¡Don Gallo! Estaba en lo alto del viejo granero. Me froté los ojos y casi lo pude ver. No sé por qué, se confundía con un papagayo de brillantes plumas verdes, pero en realidad era Don Gallo y me conocía. Por eso cantaba, para darme ánimos.

Pero el canto estaba conmigo en la habitación y me estaba despertando. Abrí los ojos, confundida.

Era Samantha llorando en sueños. Se había venido a mi habitación y estaba acurrucada como un gatito encima de las mantas, cerca de mis pies. Como si hubiera temido despertarme si se metía en la cama conmigo.

24

El escondite secreto: 11 de septiembre

A la mañana siguiente, tomé el autobús Greyhound de las 9.35 de Seattle a Skagit Harbor.

Supongo que mi conducta se podría considerar temeraria. Tomé la decisión rápidamente. Fue impulsiva, inspirada por el Monstruo, pero yo sabía que era lo correcto después de aquel sueño en el que Don Gallo me llamaba.

Sin coche es muy difícil moverse. Lo que hice fue tomar un autobús urbano desde Yarrow Heights hasta el centro de Seattle, al otro lado del puente colgante. Ni siquiera estaba segura de dónde estaba la estación de Greyhound, pues nunca había estado allí. He tomado muchos *ferries*, pero no muchos autobuses. ¡El autobús tardaba una eternidad! Estaba nerviosa y supongo que un poco paranoica pensando que alguien podría reconocerme después de haber visto fugazmente la imagen de Francesca Pierson en *El Programa de Don Spence*, la noche anterior.

Luego, en la estación de Greyhound, que estaba llena de ese tipo de personajes que no sueles ver en los aero-

puertos, me empecé a preocupar, no solo de que alguien me reconociera, sino de que me reconociera y llamara a mi padre o a la policía. *¿A dónde va, jovencita? ¿Por qué no está en el instituto?* Me escondí en el servicio de mujeres hasta la hora de salida de mi autobús. Me solté la coleta y me las arreglé para recogerme el pelo alrededor de la cabeza y encajarme una de las gorras de béisbol de la Universidad de Washington que Todd ya no usaba. Con mis pantalones caqui, que no estaban precisamente nuevos, mi piel pecosa de un pálido enfermizo y la cara sin maquillar, podía pasar por un chaval flacucho si no te fijabas mucho.

Había llamado a Twyla antes de salir de casa para decirle que no la vería en clase ese día. Twyla captó inmediatamente algo de tensión y excitación en mi voz.

—¿Qué ocurre, Franky? —me preguntó.

Y yo le dije:

—No estoy segura todavía, Twyla. Te llamo mañana.

Quería contarle más, pero no encontraba las palabras para hacerlo.

Le dije que avisara a los profesores de que me quedaba en casa porque estaba algo resfriada y que ella me diría si había deberes. Desde el 27 de agosto, Twyla y su madre se habían portado muy bien conmigo y me llamaban para preguntarme si había algo que pudieran hacer para ayudarme, aunque normalmente no había nada.

A veces me habría gustado chillarles, *¡Dejadme en paz!* Pero sabía que eso no lo podía hacer.

Compré un billete de ida y vuelta para Skagit Harbor. No tenía ni idea de cuándo iba a volver. Simplemente no quería pensar en eso.

Cuando los pasajeros ya subían al autobús de Bellingham, justo antes de las 9.35, me puse en la cola, prácticamente ocultando la cara. No hacía más que pensar, *¿Qué pasará*

si papá se entera? ¿Qué pasará si papá me encuentra? Creo que me venían a la cabeza todo tipo de locuras. Cuando ya habían subido todos, se cerró la puerta del autobús y empezamos a movernos penosamente por el tráfico de media mañana en el centro de Seattle, me sentí tan aliviada que me habría echado a llorar.

Tenía los dos asientos para mí sola, y me quedé con la cabeza apoyada contra la ventana. Era medio cierto que estaba resfriada: tenía una sensación de estar enferma por todo el cuerpo, como miedo. Un escondite especial, me había dicho ella. Cerré los ojos, con esperanza.

—¡Skagit Harbor!

Yo fui la única que bajó allí. No había estación de autobuses en Skagit Harbor, solo una cafetería-pastelería donde se vendían los billetes. Me resultó extraño y me produjo soledad estar de vuelta, sola, en aquel pueblo del que me había enamorado. Era como si algo no encajara. Me sentía inquieta después de estar tanto tiempo sentada en el autobús. Mis piernas querían correr, pero yo no quería llamar la atención. Ahora que había pasado el puente del 1 de septiembre, había menos gente en las calles. Debería que nadie me reconociera.

Vi carteles del Festival de las Artes de Skagit Harbor, que había sido el fin de semana anterior. Me pregunté si habría tenido éxito, sin la participación de Mero Okawa y Krista Connor.

No estaba preparada para ver la estrecha fachada blanca de la Galería Orca con un cartel de CERRADO en la puerta. En el escaparate había lienzos coloristas, objetos de cerámica, una serigrafía brillante de flores silvestres y espaldillas, con unas pequeñas iniciales en una esquina, *k.c.*

Rápidamente dejé la calle principal y caminé cuesta

arriba, alejándome del río. La mañana había empezado fresca y brumosa, como de costumbre, pero ahora se estaba despejando y el sol asomaba, pálido y luminoso, detrás de unas nubes tenues. Hasta allí llegaba el olor del río Skagit pero también olía a hojas húmedas. Me sentía cada vez más sola. No hacía más que pensar, mamá *me está esperando, pero, ¿dónde está?* Era difícil sacudirme de encima la sensación de que estaba allí de verdad, y de que yo escucharía su voz dentro de unos minutos. Ya no podía recordar por qué me había enfadado tanto con ella. En aquel momento me parecía increíble.

Pero no me esperaba allí, ya lo sabía. Nadie me esperaba.

Nadie en todo el mundo sabía dónde estaba.

Era una libertad digna del Monstruo... Intenté pensar que era algo bueno.

Entonces, al cruzar la calle Tercera, vi una casa conocida: la casa verde claro de mi sueño. Era donde vivían Garrett y su familia.

Garrett Hillard. ¿Hilliard? No había oído bien el apellido.

Me pregunté si se acordaría de mí. La pelirroja pecosa que había conocido un mes antes de la desaparición de su madre. Antes del escándalo, la investigación criminal en el camino de Deer Point, la policía.

Nunca intenté hablar con Garrett para darle una explicación o una disculpa, para darle alguna razón de que Samantha y yo no estuviéramos allí, en la casa de mi madre, cuando él vino para llevarnos a navegar en velero.

En aquella otra dimensión, donde aún no había sucedido esto, vino Garrett y nos llevó a navegar. Allí éramos amigos.

De repente ya estaba subiendo por el camino de Deer Point, en las afueras del pueblo. Era como en el sueño de

la bicicleta; me faltaba el aliento, mi corazón latía con fuerza. En realidad no quería estar allí. Tenía miedo, ansiedad. Pero el Monstruo me agujoneaba: *¡Venga! No puedes volver atrás.* Vi las pequeñas casas de madera pintadas de colores llamativos, azul, amarillo tostado, lavanda. Y allí estaba la cabaña de mamá, pintada de rojo oscuro. Ella estaba muy orgullosa de la cabaña y del viejo saúco que se levantaba a su lado. Me detuve en el camino y me quedé mirándola. Parecía tan extraño: los girasoles amarillos todavía decoraban las contraventanas y el borde del tejado. No se habría adivinado que algo había sucedido allí si no fuera por la cinta amarilla de plástico que rodeaba la casa y el árbol y que repetía una y otra vez, en letras negras: SHERIFF DEL CONDADO DE SKAGIT, NO PASAR / SHERIFF DEL CONDADO DE SKAGIT, NO PASAR.

La investigación policial no había descubierto mucho de utilidad, más allá del hecho obvio de que la pareja desaparecida había abandonado la finca rápidamente.

Yo no tenía ningún interés en pasar por debajo de la cinta amarilla y asomarme por las ventanas de la cabaña. No tenía ningún deseo de mirar en ese interior oscuro. *Porque no está ahí. No hay nadie ahí.* Lo que hice fue cruzar por el prado lleno de flores silvestres hacia la parte trasera de la parcela. Me preocupó una vez más que alguien se fijara en mí. Desde aquel 27 de agosto, los residentes del camino de Deer Point estarían pendientes de los forasteros y de cualquier comportamiento extraño.

Oí ladrar a un perro cerca de allí. Quise pensar que era Conejo.

Pero no, Conejo ya no estaba. Yo lo sabía.

¡Don Gallo! Allí estaba, con aire vanidoso, en la cúspide del viejo granero. Sonréí al verlo. Estaba más deteriorado de lo que recordaba, y algo tumbado, pero era hermoso e impresionante. Los gallos son aves muy pre-

sumidas y bellas. Me puse a escuchar y oí, o me pareció oír, gallos de verdad cantando desde una granja del camino de Deer Point. Mamá nos había llevado a aquella granja que tiene un puesto de verduras y frutas junto al camino. Recordé haber escuchado a esos gallos temprano por la mañana, al despertar en la galería, y haberlos confundido con Don Gallo.

Junto a una de las esquinas del granero, en medio de altas hierbas, estaba la gran roca color arena con forma de calabaza mutante algo podrida. Y parcialmente oculta por la roca, difícil de detectar a menos que supieras lo que estabas buscando, estaba la cueva que mamá había identificado como una madriguera de marmota. *Un escondite especial, había dicho. Alguien podría dejar un mensaje secreto para alguien más en esta madriguera. A nadie se le ocurriría buscar ahí.* Me puse de rodillas sobre una maraña de plantas de dondiego de día y metí la mano en la madriguera para buscar a tientas. Apoyé la mejilla contra la roca y desesperadamente intenté encontrar... ¿qué? Mis dedos notaron algo. ¿Papel? ¿Plástico? Lo saqué, emocionada. Una bolsa de plástico, impermeable, que contenía un diario con cubiertas de tela color lavanda, atado con una cinta morada. Cuando abrí la bolsa, el aroma dulce y a la vez penetrante de las flores secas de mi madre se apoderó de mí.

25

«En Prosa me encerraron»

*En Prosa me encerraron
igual que cuando Niña
fui puesta en el Armario,
pues «quieta» me querían.*

*¡Quieta! Si se hubieran asomado
y visto mi Cerebro dando vueltas,
más les aprovechara un Pájaro encerrar
por Traición en el Corral.*

*Él solo ha de desear
y fácil cual Estrella
ver la Cautividad
y reír. Ya no la tengo.*

Emily Dickinson, 1863

¡Aquel poema! Mi madre lo había copiado en tinta morada al principio de su diario. Su letra era hermosa, artística.

Las páginas del diario eran de un papel color crema con una textura fina que daba la sensación, cuando pasabas el dedo por encima, de grano. Tenía unas ochenta páginas, pero mi madre solo había usado como la cuarta parte. El resto estaba en blanco.

Leí el poema de Emily Dickinson una y otra vez. Era un poema que nunca había visto antes. «En Prosa me encerraron». Sentí que entendía lo que quería decir la autora, aunque nunca habría sido capaz de explicarlo.

Estaba emocionada y temblaba. Tenía miedo de lo que iba a encontrarme en el diario. Pero a la vez estaba feliz. ¡Lo sabía! Mi sueño me había guiado, el Monstruo me había guiado. Sentí a mamá cerca de mí. Cualquier cosa que sucediera ahora sería lo que tenía que pasar.

Entre la segunda y la tercera página del diario había sido insertada una hoja de papel. En esta, la escritura de mi madre se notaba apresurada.

Francesca, querida

Si estás leyendo esto, puede significar que me ha pasado algo.

Espero que no. Espero estar equivocada. Sé valiente, cariño.

Os quiero a ti y a Samantha MUCHÍSIMO.

Tu madre

La primera sección se titulaba **SANTA BÁRBARA / 19 DE ABRIL**.

;Las olas! Las olas del Pacífico rompiendo contra la arena, el viento y los gritos de las gaviotas.

Acaba de ponerse el Sol. Que Dios me ayude, he venido aquí a esconderme. He sido forzada a tomar esta decisión. Ahora ya no tengo otra opción.

* * *

Durante meses, años, he sabido que este matrimonio estaba acabado. Tenía miedo de admitirlo. Pero ahora, esta tarde, lo sé.

Me ha dicho tranquilamente, TE MATARÉ. ANTES QUE DEJAR QUE TÚ Y LAS CHICAS OS VÁIS. No era una amenaza, sino un juramento. No estaba enfadado sino tranquilo. Esa nueva y terrible tranquilidad. Cuando ha entrado de golpe en mi habitación del hotel, he pensado que me iba a golpear, a estrangular, pero solo me ha sacudido por los hombros, para hacerme escuchar. Al verme en la feria de arte y artesanía con los demás, extraños para él pero amigos míos, lo ha entendido por primera vez. Cuando ha visto que yo tengo una vida aparte de él y que soy feliz aquí.

SI TE NIEGAS A SER MI MUJER, NO ME DEJAS MÁS ALTERNATIVA, Y SI INTENTAS QUITARME A LAS CHICAS, LAS MATARÉ A ELLAS TAMBIÉN. Esa terrible tranquilidad en R. es algo que nunca había visto antes.

Su voz temblaba al decir, QUIZÁ LO MEJOR SERÍA QUE MURIÉRAMOS TODOS, KRISTA. TODD NO,

PERO SÍ NOSOTROS CUATRO. A VECES, COMO AHORA, PIENSO QUE SERÍA LO MEJOR.

La siguiente sección era YARROW HEIGHTS / MAYO.

Mi debilidad es que quiero a R., incluso ahora. Pero no puedo vivir con él.

Sus fuertes dedos. Los siento en mis sueños.

Nadie entendería que R. no está loco. R. está totalmente cuerdo. Vicki no entiende / me dice que vaya a un abogado/psicólogo/consejero matrimonial. No le puedo decir que tengo que solucionar esto sola, recurrir a un extraño sería una «trición» / provocaría la ira de R.

Porque Seattle es una ciudad muy pequeña, dice R. Correrían rumores sobre el matrimonio de los Pierson. No puede soportar que haya una muestra pública de fracaso. ¿LA MUJER DE REID PIERSON? ¿LA SEGUNDA MUJER? ¿SE VA DE SEATTLE?

* * *

Bonnie Lynn Biyers. Un misterio.
La primera mujer de mi marido. No llegué a conocerla.

Era muy joven cuando murió: 26 años.

Nunca habla de ella, excepto para decir que fue «descuidada»... su muerte fue «un accidente causado por el descuido».

Anoche estuve sentada con Francesca y Samantha viendo al comentarista deportivo Reid Pierson en televisión. Las chicas lo adoran. Están orgullosísimas de su papá famoso. Tengo que proteger esa imagen de él que tienen en sus mentes. Tengo que encontrar una forma de salvarme yo / salvarlas a ellas. Mi mente revolotea a veces como una mariposa atrapada en una jaula. El cielo está más allá, pero no puedo llegar hasta él. Mis alas batén/baten/baten contra el alambre, estoy desesperada por encontrar una salida.

El público, dice, está esperando a que Reid Pierson fracase. Lo adoraban como estrella del deporte, lo adoraban cuando se lesionó y tuvo que retirarse prematuramente. R. teme/ama/tiene pavor al público. Su personalidad televisiva. Su sonrisa televisiva, su maquillaje. Su postizo. Reid Pierson no va a fracasar, me lo ha advertido.

* * *

No debo causar conflictos a las niñas. Solo conseguiría que me temieran/rechazaran/despreciaran. R. ha puesto a Todd en mi contra estas últimas semanas. Desde que falté a la «celebración» familiar. Antes, Todd me quería... era un niño muy

solitario y melancólico, después de perder a su madre. Ahora, si lo toco me aparta. Si trato de hablar con él, se marcha. Anoche me dijo, Mira, no eres mi madre, eres mi madrastra, ¿vale?

Estas últimas semanas, las chicas han empezado a darse cuenta de la tensión que hay en nuestra familia. He notado que Francesca me mira fijamente. Sus hermosos ojos verdes. Se parece mucho a mí cuando tenía su edad. Temo por ella por lo sensible que es. «Franky». Se queda mirándome con alarma/rechazo. Parece saber lo que ocultan los pañuelos que llevo. Mis mangas largas. Quizá ha llegado a oír la voz enfadada de R. Sé que ella me culpa a mí. En su lugar, yo probablemente reaccionaría así. Quiere ciegamente a su padre, igual que Samantha y Todd.

* * *

(A veces me siento como el pobrecito Conejo, temblando de miedo cuando R. irrumpie en la habitación.)

Hoy, cuando llevaba a Francesca a casa desde Forrester, he intentado hablar con ella. Le he preguntado sobre la natación/saltos y ha arremetido contra mí, con tal amargura que me he quedado de una pieza. Dice que odia el nombre «Francesca».

R. ha dicho «quizá» a lo de Skagit Harbor. Nuestra última noche antes de que se fuera al Este

para cinco días estuvo más comprensivo/romántico. Así que tengo esperanzas.

La última sección, la más larga, era **SKAGIT HARBOR / VERANO**. Aquí, la letra de mamá era errática, a veces hermosa y clara pero en otras ocasiones casi ilegible, como si hubiera escrito muy deprisa o en la oscuridad. No pude forzarme a leer cada página, cada párrafo. Sencillamente no pude.

El camino de Deer Point, Skagit Harbor. ¡Trabajo/trabajo/trabajo! ¡Limpiar/fregar/lavar/pintar! Me encanta.

* * *

R. me llama/espera que le llame. Por mí, encantada. Por teléfono, muchas veces somos amigos. Creo que R. puede sentirse generoso/perdonar cuando me deja estar en Skagit Harbor «varios días cada vez» (son sus palabras).

Pero: echo de menos a Francesca y a Samantha. Muchísimo. No quiere dejarme que las traiga aquí. (Todavía no). Cuando llamo a casa, Francesca nunca parece estar. Tiene el móvil apagado. Vicky dice que tampoco ha logrado hablar con ella.

Cuando vuelvo a Yarrow Heights, ya no es lo mismo. Es como si las chicas no confiaran en mí.

Incluso Samantha. Yo lo sé: tienen miedo de que su padre nos deje. Hay muchos divorcios/familias que se rompen entre sus compañeros de clase. Yo le he prometido a R. que nunca buscaré divorcio/separación/orden de alejamiento. Si me concede esta libertad, puedo seguir siendo su mujer. Eso espero.

Despierto temprano por la mañana. En este lugar donde puedo respirar. TAN FELIZ.

(¿Es egoísmo? R. dice que sí).

(Desear respirar, no sofocarme? ¡Sí!)

* * *

Hay gente muy interesante/amable/generosa aquí, en Skagit Harbor. Y hay una galería donde quieren exponer algunas obras mías: La Orca.

Trabajando en serigrafías. Lento/constante. R. no me llama tan seguido (ya sé que tiene algún «/lo» en Seattle. Por mí está bien. Pero no me atrevo a darle a entender que lo sé. Le/les deseo lo mejor).

Buenas noticias: las chicas van a venir a quedarse conmigo mientras R. está de viaje en un rodaje. R. me ha hecho muy feliz. Le podría volver a querer. Se ha reido de mí, dice que no hace falta gran cosa para hacerme feliz, qué diferente soy de otras mujeres.

Me ha besado/tomado mi cara entre sus dedos fuertes. TÚ SABES QUE ME QUIERES, KRISTA. YO SOY EL PRIMER HOMBRE QUE HAS QUERIDO, TÚ ME LO DIJISTE. Y VOY A SER EL ÚLTIMO.

* * *

¡Las chicas están aquí! Casi no tengo ni un momento para escribir este diario.

Trabajar toda la mañana es una delicia. Las chicas me ayudan con las serigrafías. Por fin, parece que Francesca está relajada con su madre. Me preocupaba que R. la abofeteara/sacudiera como a veces cuando era pequeña/la personalidad «rebelde» de Francesca / pero a los quince años es mucho más madura. Es un alivio que ya no esté enfadada conmigo. (Incluso la he llamado «Franky» varias veces ¡y no se ha dado cuenta!) Samantha está feliz. Y, por supuesto, Conejo está en el séptimo cielo con sus personas favoritas dándole de comer/acariciándolo/haciéndole caso y sin temor de gritos repentinos/patadas.

La cara que han puesto las chicas al ver la obra de su madre en la Galería Orca. Por supuesto, he intentado que no se me notara, pero casi se me salen las lágrimas. ¿Será posible que, a una escala modesta, puedan estar orgullosas de su madre también? No parece que les moleste que firme mi obra K.C.

* * *

Unos maravillosos/ocupados días/noches. Mero tomó un montón de Polaroids de nosotras en la galería y en otros sitios. Qué felices nos vemos, sí, y qué guapas. Francesca con su cara angulosa proporcionada/turbadores ojos verdes. Samantha con mirada suave/cara con forma de corazón. Por supuesto que quiero a R. Soy consciente de que R. es el padre de estas crías.

Mero, mi mejor amigo en Skagit Harbor. En el mundo entero. Me hizo una confidencia: quedó muy afectado por la conducta de un amante hace algunos años. Mero estuvo deprimido durante un año entero. Llegó a «contemplar» el suicidio pero nunca llegó a hacer nada. Después de un periodo de «hibernación», retomó su vida. Ahora vive para su trabajo/amigos/familia. «Para la vida misma. Es lo único que hay».

La fuerte unión entre Mero y yo. Un hombre gay/una mujer heterosexual. Extraña y maravillosa, una conexión emocional tan intensa. En muchos aspectos estoy más cerca de Mero que de mi propia hermana Vicky (qué está harta de mí porque no dejo a R.). Cuando parece que Vicky no me entiende, Mero sí, de forma instintiva. No le he hablado sobre mi matrimonio, pero sé que, si lo hiciera, Mero entendería inmediatamente. Por qué me enamoré de R. a los veintidós años, por qué sigo queriéndole casi a los cuarenta, aunque le tenga miedo y no pueda vivir con él.

R. se enfadaría mucho si supiera de mi amistad con Mero. Odia a los gays-«maricones». Sobre todo los deportistas gays, le sacan de sus casillas. ¿Qué pensaría si supiera que las chicas han conocido a Mero?

En las tres últimas páginas del diario, la escritura de mamá reflejaba prisa, pánico. Casi no pude forzarme a seguir leyendo.

* * *

Domingo, 27 de julio. Todo ha cambiado.

R. ha venido, se ha llevado a Francesca y Samantha a casa. Ahora estoy sola, enferma/aturdida. Cuando he llamado a la casa de Yarrow Heights, la asistenta ha contestado diciendo «¿Quién es, por favor? ¿Quién es, por favor?» Es nueva, la ha contratado R. No me conoce, suena molesta conmigo/nerviosa por tener que informar al Sr. Pierson sobre mis llamadas...

Ha sucedido muy rápidamente. Ha aparecido sin previo aviso. Hasta el coche que conduce es nuevo. Yo estaba fuera con las chicas, se nos ha acercado a toda prisa gritando / me ha arrebatado unas tijeras de podar.

Hemos entrado en la cabaña para hablar. Las chicas han esperado fuera, aterrorizadas. Cómo me

habría gustado protegerlas de esa faceta de su padre... le he suplicado, he tratado de razonar con él. Él repetía una y otra vez que tenía «nuevas pruebas» en mi contra. Dice que le he traicionado, he roto nuestro acuerdo sobre las chicas. Estoy confundida, no entiendo nada.

Por lo que logro entender, puede que haya contratado un detective para espiarme. Y ese detective se ha inventado un «amante». Para hacer que su cliente esté más furioso/decidido a ir a por mí. Me parece que es eso. Él ha dicho que le he «hecho ir demasiado lejos», le he «humillado». Cuando he protestado, me ha agarrado del brazo y ha empezado a sacudirme como si quisiera romperme el cuello. Ha apretado los dedos alrededor de mi cuello hasta que me he empezado a ahogar y se me doblaban las rodillas. Entonces me ha soltado... Se ha reido, ha dicho que no es tan tonto como para estrangularme, me quedarían las marcas de sus dedos. Hay otras maneras, ha dicho. Volverá en otro momento. TIRARÉ TU CUERPO DESDE EL PUENTE DEL DESFILADERO DECEPTION. ES UNA CAÍDA MUY GRANDE... NADIE TE ENCONTRARÁ JAMÁS.

Luego se ha ido, con las chicas. Me aterra pensar en Francesca y Samantha en el coche con ese hombre. Lo fácil que sería que se saliera de la carretera y tuviera un «accidente» mortal. Ahora ya sé que esto no tiene arreglo.

Conejo y yo estamos acurrucados juntos en la cabaña, con la puerta cerrada con llave/las contra-

ventanas cerradas. Aunque sé que R. se ha ido. Estoy pensando en el desfiladero Deception, en la isla de Whidbey, a unos setenta kilómetros al oeste de Skagit Harbor. Un verano fuimos allí y nos quedamos en la casa de verano de unos amigos de R. en la bahía de Skagit. TIRARÉ TU CUERPO. UNA CAÍDA MUY GRANDE. NADIE TE ENCONTRARÁ.

He estado llamando a casa. Ahora está puesto el contestador. A ver si por la mañana...

26

«Ahora ya sabes...»

Ahora ya sabes lo que debes hacer.

Ahora vas a tener que recordar lo que querías creer que era un sueño.

Era la voz del Monstruo.

Era mi propia voz.

Llamé a la tía Vicky con el móvil desde Skagit Harbor. Yo estaba esperando el autobús de las 14.45 en dirección a Seattle. Estaba demasiado inquieta como para quedarme sentada en el banco delante del Café Skagit Harbor, donde el autobús recogía a los viajeros. Había leído y releído el diario de mi madre y la nota garabateada. *Si estás leyendo esto, puede significar que me ha pasado algo.*

Cuando contestó la tía Vicky, inmediatamente me preguntó dónde estaba. Se lo dije, y ella me contestó:

—¡Skagit Harbor! Ay, cariño, ¿por qué?

Le dije que había venido a recoger algo que mi madre había dejado para mí.

—Franky, ¿qué? ¿Que has ido a recoger qué?

Un diario, le dije. Estaba intentando hablar tranquilamente. La excitación y ansiedad de mi tía no era lo que yo necesitaba oír de un adulto.

Desde el momento en que leí el diario de mi madre, supongo que entendí que estaba muerta. Ya lo sabía, pero no lo llegaba a asimilar. Mientras había estado leyendo el diario de su puño y letra, era como si ella me estuviera hablando y estuviera viva.

La tía Vicky quería saber más sobre el diario, qué era lo que decía, y yo le dije que podría leerlo, se lo daría para que lo leyera tan pronto como la viera.

Y, le dije, pensaba que la policía también querría leerlo.

—¿La policía? Ay, cariño.

Durante un largo rato la tía Vicky no habló. Las dos sabíamos lo que esto significaba, sin necesidad de decirlo.

Recordé lo deseosa que estaba mi tía de creer que mi madre estaba viva y que volvería con nosotros. Lo angustiada que estaba, lo ansiosa por creer. Todos habíamos querido creer.

Hasta en mi padre había parecido genuino ese «deseo de creer».

La tía Vicky me volvió a preguntar dónde estaba exactamente, y yo le dije que delante del Café Skagit Harbor, esperando el autobús de las tres menos cuarto que me llevaría a Seattle, a la estación de Greyhound del centro, como a las cuatro. Ella me dijo que me recogería allí.

Entonces añadió, vacilante:

—Franky, deberías saber que tu padre te está buscando. Pero no tiene ni idea de dónde estás.

Sentí un frío que se masticaba. De repente tuve mucho miedo.

La tía Vicky me explicó:

—Algún empleado de Forrester ha llamado a tu casa

y vuestra asistenta ha llamado a tu padre, y él se ha disgustado mucho al saber que no estabas en el instituto. Parece que pensaba que estabas conmigo, o que yo sabía dónde andabas. Le he asegurado que no tenía ni idea y que pensaba que él se lo estaba tomando demasiado a pecho; me he imaginado que estarías con tus amigas, en un centro comercial o en el cine y que volverías a casa a la hora habitual. Él ha empezado a gritarme. Hasta se me ha pasado por la cabeza llamar a la policía... parecía estar amenazándome. Antes de colgar, me ha hecho prometer que le llamaría si tenía cualquier información sobre ti.

—¡No, tía Vicky! No puedes hacer eso.

—Ya lo sé, Franky, claro que no. No lo voy a hacer.

No podía ver bien, mis ojos parpadeaban constantemente para evitar las lágrimas. Cada coche que pasaba por la calle principal, donde había un límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora, me hacía levantar la vista pensando que podría ser mi padre. Cuando aparecía un coche gris o plateado, se me encogía el corazón.

Si me encuentra. Si encuentra este diario. Si lee este diario. Si piensa que yo podría dar a conocer este diario a alguien. Si piensa que se lo podría enseñar a la policía...

—¿Franky? ¿Estás ahí?

—Sí, tía Vicky. Pero tengo mucho miedo.

—A lo mejor deberías esperar dentro del café, ¿no? Pero él no sospecha que estás en Skagit Harbor, cariño. No se le ocurriría.

¿Por qué no? A mí sí se me ocurriría si estuviera en su lugar

Esto lo pensé con la perspicacia del Monstruo. Pero no se lo dije a mi tía, que ya estaba bastante asustada.

Ella me dijo, aparentando tranquilidad:

—Franky, faltan diez minutos para que llegue el autobús. Hay mucha gente a tu alrededor, ¿verdad? Si yo pen-

sara que corres peligro, iría en mi coche a recogerte enseguida. Pero tardaría mucho más, cariño. Por favor, ¿quieres esperar dentro del café?

¡Esconderme de mi propio padre! Así de desesperadas se habían puesto las cosas.

Pero sí, entré en el café. No volví a salir hasta que el autobús con destino a Seattle se detuvo junto a la acera, resoplando y siseando.

* * *

En la estación de Seattle, mientras el autobús iba entrando, vi a la tía Vicky esperándome. Tenía la cara tensa, ansiosa. Apenas me bajé del autobús, corrió hacia mí y me abrazó.

—¡Oh, Franky! Tu pelo.

Pensaba que me lo había cortado.

Nos reímos juntas, sintiéndonos medio aturdidas. Casi estábamos llorando, como si lleváramos años sin vernos.

El diario estaba en mi mochila, bien guardado. En el autobús lo había estado leyendo una y otra vez. Me había aprendido de memoria el poema de Emily Dickinson. Las manos me olían al mismo aroma suave y penetrante. El Monstruo hizo que se me ocurriera que yo también escribiría en este hermoso diario con cubiertas color lavanda. Rellenaría las páginas que mi madre no tuvo tiempo de escribir.

«En Prosa me encerraron». Pero la prosa también puede ser libertad.

La tía Vicky y yo atravesamos la bulliciosa terminal moviéndonos rápidamente. Yo ya estaba a salvo, pensé (¿o no? Allí había policías de uniforme, vigilando). De todas formas, no podía evitar mirar a mi alrededor, pensan-

do que él podría estar en alguna parte, oculto entre los extraños, observándome.

Desde la desaparición de mi madre, la tía Vicky había alquilado un pequeño apartamento en Seattle, pero no juzgaba conveniente que yo fuese allí en aquel momento. Mi padre había seguido llamándola, me dijo. Hasta Todd había llamado.

—Parece que piensan que esta mañana has venido a quedarte conmigo en vez de ir a clase. Los dos están muy suspicaces y muy irracionales. Todd me ha dicho, «Estás presionando a mi hermana para testificar contra papá, ¿verdad? Ándate con cuidado, tía Vicky». Después de la primera llamada de tu padre, he dejado el apartamento. Me he llevado algunas cosas para pasar la noche fuera y he alquilado una habitación en un hotel, cerca de la comisaría.

Me quedé sin respiración al oír estos comentarios. La tía Vicky hablaba con una enorme tranquilidad. Franky tampoco iba a volver a la casa de Yarrow Heights, al parecer. Franky también había *cruzado a la otra orilla*.

27

La entrevista: 12 de septiembre

¿Que cuándo y dónde vi a mi madre, Krista Connor, por última vez?

El 27 de julio, en Skagit Harbor. En su cabaña del camino de Deer Point. A primera hora de la tarde.

Sí. Mi hermana Samantha y yo pasábamos unos días con mi madre mientras mi padre estaba de viaje.

Sí. Volvió antes de lo previsto. Vino en coche hasta Skagit Harbor para llevarnos a casa a Samantha y a mí.

No. No llamó antes. No avisó a mi madre. Se plantó allí sin más. Estaba enfadado.

Sí. Muy enfadado.

No. No muy diferente de otras veces... creo.

No. No nos tocó ni a Samantha ni a mí. No estaba enfadado con nosotras.

Sí. Entraron en la cabaña. Estuvieron allí durante lo que me pareció un rato muy largo. Unos veinte minutos.

Nosotras nos quedamos fuera, esperando.

Sí, teníamos miedo.

De que mi padre hiciera daño a mi madre, de eso es de lo que teníamos miedo.

Sí, claro. Podía oír la voz de él en la cabaña. Quizá también la oí a ella. Creo que estaba llorando.

Cuando salieron, mi padre llevaba nuestras bolsas. Porque nos íbamos inmediatamente.

Sí. Directamente a Yarrow Heights. A nuestra casa.

En ese momento no, pero más tarde dijo: *Vuestra madre está enamorada de otro hombre. Nunca podremos perdonarla.*

* * *

Sí. Sí conocí a Mero Okawa. Es un amigo de mamá de Skagit Harbor.

Mero es una persona estupenda. Espero... que esté bien.

Aunque creo que no está bien.

No, mi madre y Mero Okawa, definitivamente, no eran amantes. Eso es lo que ha dicho mi padre.

Eran amigos. Quiero decir, son amigos.

Si están vivos, son amigos.

Sí, creo que sí. Gay. Pero yo no les cuelgo etiquetas a las personas.

Porque no quiero que la gente estúpida me cuelgue etiquetas a mí. Eso es pereza mental, además de ser una crueldad.

Sí. Creo que los llegué a oír, a veces.

Nunca delante de nosotras. Normalmente en su dormitorio, con la puerta cerrada.

Mi padre se enfada con facilidad. Yo antes pensaba que

mi madre le provocaba, pero esa es una forma equivocada de pensar, culpar a mi madre por ser maltratada.

Llevaba pañuelos al cuello, mangas largas para tapar las marcas. Pero yo sabía de qué se trataba.

Porque yo tenía miedo, creo. Era más fácil odiarla.

No. Mamá nunca habló de eso.

Nunca dijo nada para criticarlo a él. Ella sabía que Samantha y yo le queríamos mucho.

Quiero decir, le queremos. Todavía le quiero.

Es mi padre, y es Reid Pierson.

Por eso.

¿Que por qué? Mamá tenía miedo, creo. Miedo de que él le hiciera más daño, y de que nos hiciera daño a Samantha y a mí. Eso es lo que dice en su diario, y yo creo que es así.

Si usted ha leído su diario, ya lo sabe.

Sí, creo que sucedió tal como lo cuenta.

* * *

¡No! Estoy bien, no estoy llorando. Quiero que sigamos.

Sí, es verdad. A veces. Era «disciplina».

No recuerdo muy bien. Lo tengo un poco borrado, como una pesadilla o algo que has visto en la tele hace mucho tiempo y se te mezcla con la vida real.

Azotes, bofetadas, puñetazos, sacudidas fuertes. Papá me agarraba por los hombros y me sacudía, me sacudía, me sacudía como si quisiera romperme el cuello.

¡No, no! Yo creía que era culpa mía. Me lo merecía.
Todavía sigo creyéndolo, supongo.
Es difícil cambiar lo que sientes. Lo que piensas es
mucho más fácil.

¿Que por qué? Porque papá nos quería. Nos quiere.
Él decía que no nos habría castigado si no nos quisiera.
Todavía es así. Lo puedo entender. Pero es una forma
de pensar enferma, y equivocada.

Sí, creo que lo diría, sí. Si tengo que decirlo bajo juramento...

Sí, mi padre sí que me «maltrataba». Y a mi hermana Samantha.

(Probablemente ella no hablará de eso. Tiene miedo.
Y ahora que mamá no está, tiene que querer a papá. Yo
me siento igual. Pero tengo que superar ese sentimiento.
Ya no puedo seguir protegiéndolo.)

Cuando leí el diario de mamá. Entonces lo supe.
Bueno, creo que siempre lo he sabido. Pero no quería
admitirlo.

Él dijo que tendríamos que escoger entre ellos dos. Así
que escojo a mamá.

No la puedo salvar, ya lo sé. Lo acepto... no va a volver.

Samantha todavía no lo sabe. La tía Vicky y yo se lo
tendremos que contar pronto.

Ya lo sé, yo podría estar equivocada. A lo mejor mamá
y Mero Okawa todavía están vivos en alguna parte. Como
dicen los periódicos. Es como creer en el cielo... te quita
algo de dolor.

¿La última vez que hablé con mi madre? El 25 de agosto.

Llamó desde Skagit Harbor. Sonaba disgustada. Me dijo
que nos quería a Samantha y a mí. Yo le dije que, si nos
quería, que volviera a casa, pero ella dijo que no podía,
y que no podía explicármelo. Entonces me enfadé mucho
con ella. Me puso furiosa. Papá nos había dicho que nos
estaba haciendo chantaje emocional, y en esa época yo
me lo creí. Papá nos había contado que tenía un amante,
que nos había traicionado, y también me creí eso.

Le dije que odiaba mi nombre, «Francesca».

Le dije que la odiaba.

Sí, esa fue la última vez que hablé con mi madre, Krista
Connor.

No. No oí a mi padre salir de nuestra casa la noche
del 26 de agosto.

Pero sí lo oí cuando volvió. A las 4.38 horas.

No había podido dormir muy bien. Quizá estaba pen-
sando en lo que le había dicho a mi madre. O en lo que
ella me había dicho a mí.

Que nos echaba de menos a Samantha y a mí. Estaba
llorando y ahora sé que tenía miedo de lo que le pudiera
pasar. Estaba muy asustada, y yo no le hice caso. Le col-
gué el teléfono.

Estaba pensando en eso y no podía dormir.

Samantha había venido a mi habitación alrededor de la media noche. Estaba acurrucada en mi cama, de cara a la pared, con las mantas sobre la cara. Samantha duerme muy profundamente a veces, como los bebés.

Yo me levanto de la cama muchas veces, casi cada noche. Ya nunca duermo toda la noche. A veces –es extraño– pienso que se me ha olvidado cómo dormir. Algun mecanismo en el cerebro no funciona; se puede «olvidar» cómo dormir, ¿no? Me quedo acostada y me vienen los pensamientos a montones, muy rápidamente y muy vivos, como trozos de cristal roto; ni son agradables ni se parecen a los sueños. Así que no puedo abandonarme. Tengo miedo.

En realidad no estaba en la cama. Estaba con la luz apagada tonteando con mi ordenador. Había intentado leer pero no me podía concentrar. Para navegar por la Web no hace falta concentrarse. Casi no necesitas tener cerebro. La Web es tu cerebro. No tienes tiempo para estar inquieta o aburrida, ni siquiera asustada, solo haces clic y ya no estás ahí.

Oí un ruido fuera. El viento se había calmado, no llegaba mucho sonido desde el lago. Me quedé escuchando y oí algo que sonaba como el motor de un coche, pero no podía ver nada desde mi habitación porque no da a la entrada de coches. Así que salí al pasillo y me puse a mirar desde una de las puertas correderas de cristal. Vi el coche de papá con las luces apagadas. Recuerdo haber pensado: *Qué raro, lleva las luces apagadas*. Porque nunca ves un coche que vaya sin luces por la noche. Y este coche se movía muy lentamente, entraba en el garaje por su propio peso. Es que nuestra entrada de coches va cuesta abajo, en dirección al lago, y puedes dejar ir el coche en punto muerto, sin motor. Eso no es algo que haría papá normalmente, entrar al garaje en punto muerto. Y no bajó la puerta del garaje después de entrar.

Hace un ruido como de un trueno lejano. Hace *pum!* cuando golpea el suelo de hormigón y se oye por toda la casa.

Otra cosa extraña: en vez de entrar en la casa directamente por la cocina, que es lo que siempre hacen papá y mamá, papá salió del garaje y cruzó el jardín para entrar por una puerta que no se usa nunca, en el extremo opuesto de la casa.

Nuestra casa es una casa «posmoderna» muy rara. Tiene dos plantas, pero como el terreno está en pendiente, algunas partes de la planta de arriba están a la altura del suelo. Casi todas las habitaciones tienen una puerta que da al exterior, pero solo se utilizan dos o tres puertas... no llevarías encima una llave para cada puerta a menos que hubiera una razón. Así que pensé que era muy raro que papá entrara en la casa por esa puerta, que da a la sala de calderas, porque tendría que haber buscado la llave, no la llevaría con él normalmente.

El caso es que papá entró por esa puerta que está en la parte más alejada de la casa. Luego hay que ir por un pasillo, pasas el gimnasio, la piscina interior, subes unos escalones y cruzas el salón, bajas unos escalones, recorres otro pasillo y ya estás en la planta inferior, en el pasillo que da a los dormitorios; el dormitorio de mis padres está en el extremo del pasillo, es una habitación grande con su propia terraza que da al lago.

Yo lo vi. Pude sentir sus pisadas. De hecho casi le dije, ¡Hola, papá! Es que si me hubiera visto levantada tan tarde de me habría reñido un poco, pero a la vez le habría impresionado.

Porque las cosas «extremas» le impresionan. El esfuerzo físico, el aguante. Las agallas, que dice él. Odia la debilidad tanto como odia el fracaso.

Cuando me volví a meter en la cama eran las 4.50 horas. Mi mente estaba tan despierta que no pude evitar ver la hora.

Vale. Ya me siento mejor.

Que sí, que estoy mejor. Lo único que quiero es acabar con esto, por favor.

No. No vi a papá en el momento de tomar sus tabletas de codeína.

Nos dijo que un médico se las había recetado para que durmiera por lo menos doce horas seguidas. Dijo que tenía una sinusitis que le causaba dolores de cabeza.

Sí, tenía los ojos rojos, creo. Parecía tener la cara congestionada... moqueaba y se sonaba la nariz. Tenía dificultad para andar, para mantener el equilibrio. Samantha y yo hicimos de enfermeras, y le ayudamos a caminar...

No. Nunca antes. No que yo recuerde.

Sí. El Sr. Sheehan nos aleccionó. Nos dijo lo que teníamos que decir cuando nos preguntaran sobre la medicación de papá, lo potente que era y que él había dormido toda la noche del 26 de agosto.

Sí. Todd, Samantha, la asistenta y yo. Todos íbamos a jurar que papá había tomado una dosis tan alta de medicamentos que no podía haber salido de casa.

Y papá también. Él también iba a jurarlo.

Eso es lo que le dijo a la policía, ¿no?

¿Podemos parar unos minutos? Me siento... no me siento muy bien.

Sí, lo que dije el 1 de septiembre no fue correcto.

No sé si estaba mintiendo. No sé si me daba cuenta de que estaba protegiendo a mi padre. En nuestra familia te-

níamos la sensación de que todo el mundo estaba contra nosotros. Pensábamos que mamá lo había hecho adrede, que se escondía en alguna parte. El Sr. Sheehan nos explicó lo que debíamos decir cuando nos interrogaran. A Samantha y a mí nos hizo repetirle lo que íbamos a contar. Yo estaba muy cansada... quería que terminara todo ya. Iba a decir que papá se había acostado como a las nueve y que había dormido toda la noche, doce horas seguidas. Todd iba a jurar que eso era cierto y también que había visto a papá tomarse las pastillas de codeína. Ya sé que eso es lo que ha testificado ante ustedes. No quiero decir que mi hermano haya mentido bajo juramento. No sé lo que Todd tiene en la cabeza.

¿Mi tía les dijo eso? Ojalá... no lo hubiera dicho.
No quiero hablar de eso. Lo siento.

Como he dicho, no sé lo que mi hermano tiene en la cabeza.

Sí. Porque lo dijo él.
Porque es mi padre, y él lo dijo.
Sí le creí. Siempre le he creído.
Incluso cuando yo sabía que las cosas eran de otra manera... a veces.

No. Papá no me amenazó. Él me quiere.
Sí que le creí, pero a la vez sabía que no era cierto.
Quería creer que no había visto lo que vi aquella noche.
Porque podría haber sido un sueño. Yo quería creer que había sido un sueño.

Porque papá tomó mis manos en las suyas y me juró que no había hecho daño a mamá, que no tenía idea de lo que le había sucedido a mamá. ¡Lo juró!

Te lo juro, cielo. Te quiero. Tú lo sabes, Franky, ¿verdad?

Por eso dije que sí.

Lo que pasa es que ahora ya conozco la verdad, y no puedo mentir por él. No puedo protegerle.

Quiero a papá, pero mamá es quien me necesita. Así es como lo veo. Lo correcto es decir la verdad, sin importar a quién ayude o perjudique, por eso ahora estoy diciendo la verdad.

Yo, Francesca Pierson, lo juro ante este tribunal y lo juro ante Dios.

III

EN LAS MONTAÑAS SANGRE DE CRISTO, NUEVO MÉXICO: DICIEMBRE

La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Es un ideal del Monstruo de Ojos Verdes, pero nunca funcionaría en la vida real. Aunque en este diario, que llamo el Diario Lavanda, es mi ideal.

En las primeras veintitrés páginas, el Diario Lavanda está escrito con la letra de Krista Connor. El resto va a ser del Monstruo.

A veces escribir duele. A veces lo odio; las palabras no me llegan. Entonces paso una noche horrible, con sueños sobre el puente sobre el desfiladero Deception... y la larga caída hasta el agua abajo.

Otros días es tan fácil como hablar con alguien en quien confías.

Con un rotulador morado, he estado escribiendo en el Diario Lavanda todo lo que recuerdo. No solo mi testimonio, sino todo lo demás. Lo que le sucedió a mi madre, Krista Connor, y, como consecuencia, a nuestra familia. Hago hincapié en los hechos. Intento no incluir muchos sentimientos. Porque los sentimientos son como las llamas, se encienden de golpe, pueden causar un daño terrible, pero no duran. Los hechos permanecen.

Estos son los hechos que he anotado en el Diario Lavanda:

Estamos viviendo en el valle Moreno de las montañas Sangre de Cristo, al este de la pequeña ciudad de Taos y del río Grande, en el noroeste de Nuevo México. (¡Me encanta!) No es exactamente nuestra casa permanente, aunque la tía Vicky quiere que lo sea, si las cosas van bien en su nuevo trabajo.

Un juez del Tribunal Familiar de Seattle concedió a la tía Vicky la tutela de Samantha y la mía. Nuestro padre, Reid Pierson, fue condenado a una pena de entre cincuenta años de prisión y cadena perpetua sin posibilidad de libertad provisional, así que no impugnó la tutela. Tampoco lo hizo nadie de la familia Pierson.

—Tenemos que irnos del noroeste para el invierno.

La tía Vicky nos dijo esto a Samantha y a mí, incluso antes de que se dictara la sentencia. Una semana después, ya había dejado su empleo en Portland y había volado a Taos, Nuevo México, a una entrevista para un trabajo nuevo, la dirección ejecutiva de la Fundación del Instituto de Taos.

—Un empleo buenísimo —dice la tía Vicky—, patrocinar a artistas, músicos, arqueólogos...

Si a la tía Vicky le da algo de pena haber dejado Portland y a sus parientes y amigos de allí, no se le nota.

Vivimos en una zona de colinas muy poco poblada, como a 25 kilómetros de Taos, en una casa de estilo español con acabados de estuco y adobe y tejas anaranjadas, un patio interior con una buganvilla de flores escarlatas y vistas a las montañas Sangre de Cristo y el imponente cielo que no se parece nada al cielo de casa. A veces me paro a mirarlo y me pregunto dónde estoy. En el Diario Lavanda intento expresar lo que siento, pero suena débil,

tonto. *El suroeste es un sueño hermoso que no depende del soñador para existir.*

Después de que la tía Vicky leyera el diario de mi madre y se lo entregara a la policía, enviaron un equipo de investigación al desfiladero Deception, en la Isla Whidbey. Tras una búsqueda de tres días, aparecieron los cuerpos.

Como dijeron los medios de comunicación, «en avanzado estado de descomposición y muy maltratados».

Como dijeron los medios de comunicación, «la identificación se efectuó por medio de los registros dentales».

Como dijeron los medios de comunicación, se determinó que tanto Krista Connor como Mero Okawa murieron «tras recibir varios disparos a corta distancia con un arma del calibre 38».

Los anillos que habían sido retirados de los dedos de Krista Connor fueron encontrados posteriormente, e identificados por parientes, en una caja de seguridad alquilada en un banco de Seattle por Reid Pierson.

El cuerpo de Conejo nunca apareció. Solo las manchas de sangre, presumiblemente suyas, en la colcha de mi madre.

Incluso cuando se declaró culpable del asesinato de Krista Connor y Mero Okawa, Reid Pierson siguió negando haber hecho daño a aquel «perrito amistoso».

Al principio, tras su detención y admisión a trámite de su caso por parte del tribunal, Reid Pierson se declaraba inocente de los cargos de secuestro y asesinato. Después, al acumularse las pruebas en su contra, su abogado, el Sr. Sheehan, presentó una declaración de «inocente,

por trastorno mental transitorio»; cuando esta defensa se desmoronó, porque no se pudo contratar a ningún psiquiatra que la avalara, el Sr. Sheehan intentó pactar que se le declarara culpable de secuestro y homicidio involuntario, lo que fue rechazado por la acusación. (Reid Pierson dijo que Krista Connor y Mero Okawa le agredieron primero, y que él tuvo que defenderse y los mató; no pudo explicar por qué los obligó a punta de pistola a entrar en el todoterreno de Okawa y forzó a Okawa a conducir hasta la isla Whidbey, antes de matarlos y tirar los cuerpos desde el puente.) Después de varias semanas de negociaciones en el tribunal del condado de Skagit, el acusado decidió declararse culpable a cambio de evitar una posible sentencia de muerte.

«¡Chivata! ¡Te has chivado de tu propio padre! Más te vale que te mantengas lejos de mí, putita».

Ahora, Todd me odia. Nunca volverá a hablarme.

Todd ha dejado la universidad. Pensamos que vive en algún lugar de Seattle.

Mi hermano Todd está convencido (se puede constatar en el sitio web sobre Reid Pierson que ha hecho Todd) de que nuestro padre sufrió un trastorno temporal por la conducta de nuestra madre y que, por tanto, ni es culpable de haberla matado a ella y a su «amante»; ni debería estar encarcelado en una prisión de máxima seguridad en Okanogan, cerca de la frontera con Canadá.

Todd cree que el diario de Krista Connor es una «falsificación», que todo lo que ella escribió allí son «mentiras para incriminar a mi padre» y que ella y su hermana Vicky conspiraron para «envenenarme» y así ponerme en

su contra. Todd cree que yo he traicionado a nuestro padre y me ha amenazado. La última vez que nos vimos, delante de funcionarios del tribunal, se abalanzó contra mí, me agarró la muñeca y me sacudió, gritándome, hasta que los guardas lo apartaron.

La cara de mi hermano, distorsionada por la ira y el odio hacia mí... nunca la olvidaré.

No me odies. Yo te quiero.

Quiero quererte...

Tú eres mi hermano, Todd. De nuestra familia, solo me quedáis tú y Samantha.

Cuando Todd me atacó, fingí bastante bien que no tenía miedo. Tuve los reflejos rápidos del Monstruo para defenderme y hasta logré encajarle una patada (en la espinilla). Pero después me quedé temblando y me eché a llorar. La tía Vicky y otros miembros de la familia Connor estaban allí para abrazarme y consolarme. Yo no hacía más que preguntar:

—¿Soy una chivata? ¿Por testificar en contra de papá?

La tía Vicky me dijo, muy seria:

—No. Tú has dicho la verdad. Creo que has sido tremadamente valiente. Y ahora ya se ha acabado.

En el Diario Lavanda escribo, *Y ahora ya se ha acabado.*

El Monstruo me dice que es cierto. Tengo que creérmelo. Tengo que intentar creérmelo.

Samantha está en sexto en la Escuela de Primaria del Este de Taos. Yo estoy en el penúltimo curso en el Insti-

tuto del Este de Taos. Es un centro bastante grande, tiene casi mil estudiantes, pero la gente de Nuevo México resulta tan amable que no es como sería llegar a Forrester a medio curso sin conocer a nadie.

—¡Hola, Franky!

Muchas personas, que casi ni conozco, siempre me saludan y sonríen y todos hacen que me sienta bienvenida, aunque también me siento como si yo no fuera completamente real. La forma de encarar una situación nueva y confusa, como aconseja la tía Vicky, es día a día, hora a hora, y eso parece que funciona. A veces pienso si la gente me *conoce* aquí, pero no voy a preguntárselo.

Me había propuesto no meterme en ningún club o equipo, mantenerme al margen, concentrarme en los estudios y la escritura, pero el olor de la piscina del instituto, el temblor del agua azul, los azulejos relucientes debajo, me hicieron cambiar de opinión enseguida. Así que ahora estoy en el equipo femenino de natación y salto del Instituto del Este de Taos. De hecho, soy prácticamente la nadadora más rápida, aunque no la mejor en saltos. Las otras chicas me respetan; creo que vamos a ser amigas. Cuando me hicieron la prueba para entrar en el equipo, pude oír que una chica le decía a otra:

—¡Vaya, qué buena es!

Claro que echo de menos a mis amigas de Seattle. Pero siguen siendo mis amigas. Twyla y yo nos escribimos mucho por *e-mail* y hablamos por teléfono, y ella va a venir a visitarme en algún momento del invierno. La primera cosa que me dijo Twyla después de que sentenciaron a mi padre fue que había hecho lo correcto. Estoy segura de que lo piensa así de verdad, porque también me dijo que

no sabía si ella, en mi lugar, habría tenido el valor para hacerlo.

* * *

La tía Vicky se describe a sí misma como una «antigua fanática» de la equitación, y en Nuevo México ha vuelto a montar y ha inscrito a Samantha en clases de equitación. Tras su primera lección, Samantha está enamorada. Nunca he visto a mi soñadora hermanita tan *decidida*.

Yo corro, hago senderismo, y a veces voy de acampada con mis amigas nuevas del instituto. Normalmente hacemos caminatas hacia las montañas; aquí hay muchos cañones, mesas, rocas estriadas, colinas, torrenteras secas, rocas enormes, árboles enanos y cactus, y las montañas están siempre cerca. A veces vamos en coche al parque Chaco y caminamos entre las ruinas de los poblados construidos hace miles de años por una tribu india que se extinguío hace mucho, los anasazi. Allí siempre sopla el viento, y las luces y las sombras cambian rápidamente y sientes como si pasaran junto a ti los espíritus. Hay varios pueblos de estos, tan tranquilos y llenos de paz que sabes que son lugares sagrados. Soy feliz aquí, me digo a mí misma.

Pero a veces echo muchísimo de menos a mamá. Cuando pienso en la última conversación que tuve con ella me dan ganas de tumbarme sobre las rocas y la tierra y no volver a levantarme jamás.

Antes de mudarnos a Taos, la tía Vicky nos llevó en su coche a Skagit Harbor para sacar las cosas de la cabaña de mi madre. La tía Vicky era copropietaria, pero quería venderla.

—Nadie de la familia va a querer estar allí.

Alquilamos un remolque para llevarnos algunos muebles, las cosas personales de mamá y su obra artística. Otras cosas se las dimos a los vecinos y amigos que vinieron a ayudarnos.

Fue un momento triste. Melanie no hacía más que abrazarnos a Samantha y a mí, acariciarnos y enjugarse las lágrimas. Hasta Princesa me empujaba la pierna gitoteando. Vimos que la Galería Orca estaba en venta.

Un chico alto y con muy buena pinta, de unos 17 años, con pelo liso de color arena, se me acercó y me dijo:

—¿Te acuerdas de mí, Franky? Garrett Hilliard.

¡Garrett! Debí de poner cara de sorpresa porque Garrett no tenía el aspecto que yo recordaba; y por la forma en que me miraba, me pareció que a lo mejor él tampoco me habría reconocido a mí en otras circunstancias.

Cómo logramos superar los tres o cuatro minutos siguientes es algo que no sé.

Garrett dijo que sentía mucho lo de mi madre, que le caía muy bien... Entonces se quedó en blanco, no se le ocurría nada más que decir. Yo tartamudeaba:

—De verdad me encantó mi estancia en Skagit Harbor, es un sitio genial, fue el verano más feliz de mi vida...

Palabras tan increíblemente tontas y fuera de lugar que a mí misma me costaba creer lo que estaba oyendo. El Monstruo me dio un codazo en las costillas: *Tranquilízate. Toma aire y aguanta la respiración*. Garrett estaba diciendo:

—Ese día que os tenía que llevar a tí y a tu hermana en el velero, cuando vine se había hecho un poco tarde. Vi el coche de tu madre delante de la casa pero no me pareció que hubiera nadie. Llamé a la puerta, dije quién era, estuve mirando alrededor de la casa un rato, y entonces pensé que me había confundido de hora, o que vosotras habíais cambiado de opinión y os habíais marchado

a otro sitio, así que me fui y me olvidé del asunto. Quiero decir, no es que me haya *olvidado*, pero... no volví a insistir. Y luego, después...

Yo le dije:

—Garrett, lo siento mucho. Ese día fue cuando mi papá vino y nos llevó... a casa con él.

La cara se me petrificó, me aterraba echarme a llorar. Garrett parecía muy afectado y se frotaba la boca constantemente. ¡Sentí lástima por él y por mí!

De alguna manera, a pesar de aquella conversación tan envarada, Garrett y yo nos caímos muy bien, aunque nos llevó un rato. Él nos ayudó a meter las cosas en el remolque. Los Hilliard nos invitaron a la tía Vicki, a Samantha y a mí a cenar en su casa antes de salir hacia Seattle. Garrett y yo nos dimos las direcciones de *e-mail* y seguimos en contacto. A veces todos los días. Los Hilliard tienen planes para ir a esquiar al valle de Taos durante las vacaciones de invierno, en vez de ir, como siempre, a Aspen, así que Garrett y yo nos vamos a ver.

La última vez que vi a mi padre, fue bajo vigilancia policial. Desde entonces, desde que empezó su confinamiento en la Prisión Estatal de Okanogan, no hemos tenido ningún contacto.

Lo que recuerdo de aquel encuentro es como una pesadilla.

Me impresionó mucho ver a papá: no solo por el hecho de ver a Reid Pierson vestido con un feo mono gris oscuro que le quedaba estrecho de hombros, sino que además algo le había pasado a su abundante cabellera castaña: estaba casi calvo!

Debí de quedarme con la boca abierta. Fue una de las grandes sorpresas de mi vida. Ahora que lo pienso, creo

que mi candidez tiene algo de cómico. *Me fue menos difícil creer que mi padre era un asesino que darme cuenta de que durante años había ocultado su calvicie con un peluquín.*

A los lados y en la parte posterior de la cabeza, lo que le quedaba de pelo era una pelusa gris metálico y en la parte superior apenas tenía media docena de cabelllos grises. Al ver mi expresión, papá se tocó la frente con la punta de los dedos y dijo entre asqueado y abochornado:

—La estrategia de esos hijos de puta es humillar a los prisioneros. Si tuviera un ojo de cristal, me lo quitarían.

Me acordé de la referencia desconcertante en el diario de mamá a un «postizo». Ahora tenía sentido.

La famosa cabellera de Reid Pierson había desaparecido, y su cara había perdido su fuerza y entusiasmo juveniles. Se veía cansado y resentido. Como si el partido ya hubiera acabado y él hubiera perdido. Y como si todo le importara un comino.

La tía Vicky no quería que viera a papá solas, pero yo le dije que no pasaba nada. Aparte de dos guardias que estaban en otra parte de la habitación, estábamos a solas en una zona para visitas, sin ventanas, alumbrada por luces fluorescentes, papá a un lado de un panel de alambre y yo en el otro, sentados en sillas de plástico duro. Durante los pocos minutos que estuvimos juntos, habló de forma inconexa, perdiendo el hilo de sus palabras, mirando el reloj de la pared una y otra vez. (Me pregunté si su próxima visita era alguien más importante que su hija de 15 años, e incluso entonces fui lo bastante infantil como para sentirme dolida.)

Yo dije, tartamudeando:

—P...papá, s... siento mucho haber... tenido que...

Papá dijo con ironía:

—Sí, ya. Lo entiendo, Francesca.

—... porque yo, en realidad...

En realidad te quiero mucho. No puedo creer que haya pasado esto.

Quería decirle a mi padre que sentía mucho, no el hecho de haber dicho la verdad a la policía, sino el hecho de que la verdad que tenía que decir fuera esa y no otra; pero la diferencia era demasiado sutil, no podía ni empezar a expresarla, y de todas formas a papá no le interesaba escucharla. Me interrumpió para decirme, con una sonrisa que podía ser sincera o sarcástica:

—Francesca, no te odio. Ni siquiera te desprecio. Te perdonó.

Se inclinó hacia adelante, sonriendo todavía más, presionando la frente contra el panel de alambre, y dijo en voz baja pero con un tono de enfado que atrajo la atención de los guardias:

—Lo único que sé es que mi mujer y la bruja de su hermana conspiraron para envenenarte contra mí. Envenenaron la mente de una niña en contra de su propio padre, joder. Una niña que se suponía que era lista, como su padre, pero que resulta que no es tan lista, es arcilla en manos de gente astuta, así que va a tener que vivir con eso en su mente, ¿entiendes? Yo me lavo las manos, no eres hija mía. Puedes decirle a tu queridísima tía Vicky que le va a llegar su turno: mi hijo no es de arcilla, como mis hijas.

La visita había acabado. Alguien me condujo afuera, mientras yo parpadeaba, aturdida. Estaba demasiado confusa como para llorar. A la tía Vicky, que me esperaba fuera, le aseguré que la visita no me había afectado. Pero sentí como si mi padre me hubiera agarrado de los hombros y me hubiera sacudido hasta que algo se rompiera en mi cuello.

¡SUSCRÍBETE HOY MISMO! ¡FORO DE REID PIERSON!
¡SEPA CÓMO PUEDE UNIR SUS FUERZAS A LAS
DEL FONDO PARA LA DEFENSA DE REID PIERSON!

La visité solo una vez. He de admitir que la web llena de colorido que ha hecho Todd, con el apoyo económico de papá, es impresionante.

En ella, puedes hacer un recorrido por la trayectoria «meteórica» de Reid Pierson como atleta y comentarista de televisión a través de más de veinte años de fotografías, recortes de periódico y testimonios de deportistas y otros famosos. También te puedes suscribir al foro de Reid Pierson, compuesto sobre todo por admiradores de Reid Pierson. Estos fans leales creen que Reid Pierson fue víctima de un proceso fraudulento por parte de las autoridades o que, si en realidad hubiera cometido los delitos que confesó, hubo «circunstancias atenuantes» como demencia transitoria o defensa propia. Hay mujeres que lo «adoran» y hombres que lo «admiran» incondicionalmente. Para estas personas, Reid Pierson siempre será un héroe. Le envían donativos para los gastos de una apelación, cartas de amor y propuestas de matrimonio.

Hasta ahora, Reid Pierson no ha aceptado ninguna propuesta de matrimonio.

Una novedad: el fiscal del distrito de Seattle ha reabierto la investigación sobre la muerte «accidental» de Bonnie Lynn Byers en 1985.

Yo he consignado en el Diario Lavanda las últimas palabras que me dijo papá: *Puedes decirle a tu queridísima*

tía Vicky que le va a llegar su turno: mi hijo no es de arcilla, como mis hijas.

Pero no se lo he dicho a la tía Vicky todavía. No sé, ¿debo decírselo?

En la casa estilo rancho español en el valle Moreno, en las montañas Sangre de Cristo, donde Krista Connor nunca estuvo, sus pinturas, sus serigrafías, sus tejidos y su cerámica se encuentran en todas las habitaciones. En el salón con vistas a las montañas desde sus grandes ventanas orientadas al norte, hay una serie de fotos enmarcadas de Krista Connor en una mesa debajo de una lámpara con pantalla de flecos. También están las fotos Polaroid que tomó Mero Okawa y en las que aparecemos Mamá, Samantha y yo: las tres sonrímos felices, Mamá nos abraza por la cintura a Samantha y a mí y apoya la barbilla sobre mi hombro.

Te crees que algunas cosas van a seguir así para siempre.

A veces entro en la habitación y veo a Samantha mirando fijamente esas fotos, como hipnotizada y casi me da miedo despertarla. A veces yo también me quedo mirándolas hasta que pierdo la noción del tiempo. Cuando vuelvo en mí, me asusta darme cuenta de que, aunque han pasado varios minutos de mi vida, en la vida de mamá no ha trascurrido el tiempo.

Antes de irnos de Seattle, la tía Vicky me dio el anillo de plata de mamá con forma de paloma. Lo llevo puesto en el dedo anular de la mano derecha. Fue uno de los anillos descubiertos en la caja de seguridad de mi padre. La tía Vicky pensaba que íbamos a tener que llevarlo a un joyero para adaptármelo, pero resultó que me quedaba perfectamente.

Esta tarde he ido a correr sola. Mi ruta habitual desde nuestra casa es por una torrentera que serpentea hacia una carretera comarcal. El aire estaba claro, fresco, seco. Al correr, he intentado no pensar en nada más que en lo que me rodeaba, lo que veían mis ojos. En esta zona todo se ve muy definido: no hay bruma arrastrada por el viento, ni llovizna, ni cielos nublados, ni largos periodos de lluvia que hacen que la gente sea introspectiva, ensimismada, melancólica. Aquí los haces de luz solar recorren los aflo-ramientos rocosos estriados y la suave arena amontonada en dunas. Cerca de la carretera he oído un gemido y un ruido como de algo que se movía rápidamente por los arbustos. Era un perro joven, prácticamente un cachorro, pequeño y flacucho, cubierto de cardenchas. Me he detenido a acariciarlo, y él ha empezado a lamerme las manos con entusiasmo mientras golpeaba el suelo con la cola. Tenía cara de collie, delgada como la de un zorro, y cuerpo de labrador, aunque más robusto. No llevaba collar ni ninguna placa.

—¡Pobre perro! ¡Pobre cachorrito!

Me he puesto en cuclillas junto a él, sin saber qué hacer. El cachorro se mostraba loco de afecto, estaba claro que tenía miedo y se encontraba muy hambriento. Si yo seguía corriendo, intentaría seguirme, y no estaba en condiciones de correr deprisa. Y no lo podía dejar allí.

O sea, ¿cómo iba a poder dejarlo?

He decidido preguntar en algunas casas de la zona, aunque estaba bastante segura, por su estado, de que sus dueños lo habían abandonado junto a la carretera.

Al final, me lo he traído a casa.

Todavía no hemos decidido qué nombre le vamos a poner.

Índice

I.	<i>Cruzar a la otra orilla</i>	7
II.	<i>Desaparecida</i>	135
III.	<i>En las montañas Sangre de Cristo, Nuevo México: diciembre</i>	217



Joyce Carol Oates

Joyce siempre quiso ser escritora. Cuenta la propia autora que el primer recuerdo que tiene de ella misma es de cuando, siendo todavía una niña que no sabía ni leer ni escribir, rellenaba folios y folios de garabatos que pretendían ser letras que contaban historias. Sin embargo, también desde muy pequeña, tuvo que compaginar su pasión por la escritura con el duro trabajo de ayudar a sus padres en las tareas propias de la granja en la que vivían. De joven, en el colegio, Joyce comenzó a devorar la obra de Faulkner y Hemingway, dos de los autores estadounidenses más importantes de todos los tiempos. Tal y como reconoce la autora, si bien no entendía muy bien el contenido de sus novelas, el estilo de estos dos escritores ha dejado una huella muy profunda en su manera de escribir. Joyce se siente cómoda en todos los géneros literarios; ha publicado poesía, relatos cortos, obras de teatro, relatos de misterio y novelas. Después de leer, escribir y dar clases, la afición preferida de Joyce es correr y disfrutar de la naturaleza junto a su marido.

JOYCE CAROL OATES nació en 1938 en Lockport, Nueva York. Se licenció en Lengua y Literatura inglesa por la Universidad de Wisconsin y obtuvo su doctorado en la de Rice. Ha combinado su carrera de escritora profesional con la de profesora universitaria. La crítica la considera una de las autoras norteamericanas más importantes.